

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Diciembre del 2000

19

II Epoca

MAX WEBER: SOCIOLOGIA Y POLITICA

Las dos caras de la
administración burocrática
en la obra de Max Weber
César Colino y Eloísa del Pino

Weber en la interpretación
del populismo en América
Latina
Nicanor Jácome

La humanidad de Max Weber
Enzo Rutigliano

Max Weber y la sociología como
crítica valorativa
Julio Echeverría

Max Weber: modernidad,
racionalización y política
Rafael Romero

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Director:

Julio Echeverría

Comité Asesor:

Hans Ulrich Bünger

Leonardo Espinoza

Joaquín Hernández

Nicanor Jácome

César Montúfar

Alejandro Moreano

Rafael Quintero

Carlos Tutivén

Consejo Editorial:

César Alborno

Milton Benítez

Alfredo Castillo

Pablo Celi

Manuel Chiriboga

Mauricio García

Daniel Granda

Gonzalo Muñoz

Alicia Ponce

Napolcón Saltos

Mario Unda

Silvia Vega

Marco Velasco

Fundada en 1976
por Rafael Quintero

Las ideas vertidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente a los criterios de esta Revista. La Revista Ciencias Sociales no se compromete a devolver los artículos no solicitados.

Para correspondencia dirigirse a:
Escuela de Sociología y Ciencias Políticas
Universidad Central del Ecuador
Ciudadela Universitaria
Teléfono (5932) 558847
Fax (5932) 565822
Correo electrónico: jechever@uio.satnet.net

Esta Revista se publica con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS

Impreso en:

 EDITORIAL
UNIVERSITARIA

2001

ÍNDICE

Editorial	5
La humanidad de Max Weber, Enzo Rutigliano	7
Max Weber y la sociología como crítica valorativa, Julio Echeverría	21
Las dos caras de la administración burocrática en la obra de Max Weber, César Colino y Eloísa del Pino	49
Max Weber: modernidad, racionalización y política, Rafael Romero	93
Weber en la interpretación del populismo en América Latina, Nicanor Jácome	111
La comicidad del desastre Una conversación entre el Premio Nobel de literatura Guenter Grass y el sociólogo francés Pierre Bourdieu	129

Reseña Libros

Y la madrugada los sorprendió en el poder, de Javier Ponce (Felipe Burbano de Lara)	141
Grupos juveniles, cuerpo, música sociabilidad y género, de Mauro Cervino, Cinthia Chiriboga y Carlos Tutiven (Mauro Cervino)	144
La Junta de Beneficencia de Guayaquil: lo privado-local en el Estado ecuatoriano, de Patricia de la Torre (Diego Araujo Sánchez)	146

EDITORIAL

En esta ocasión la Revista Ciencias Sociales presenta un número monográfico dedicado a la figura de Max Weber, considerado uno de los padres de la sociología científica. A pesar de que esta afirmación pueda sonar tautológica, la realidad del desarrollo y de las aplicaciones de la sociología parecerían sugerir que es necesaria esta especificación; muchas veces la sociología se confunde y se compromete en medio de la 'publicística social', se vuelve tribuna para la defensa de valores sociales o de 'posicionamientos' de actores sociales específicos; en el peor de los casos se reduce a ser solamente 'sociografía'. El presentar la obra del sociólogo Max Weber quiere ser un llamado a la rigurosidad del tratamiento científico en las ciencias sociales, un llamado de atención para que ésta retome su papel de alerta y guía en la complejidad del mundo social, y rehúse convertirse en ofertadora de respuestas fáciles a las urgencias de las coyunturas sociales y políticas.

Una discusión detenida de la obra de Max Weber permitiría superar visiones reductivas que aún predominan en el horizonte teórico de la sociología latinoamericana, y potenciar la capacidad analítica en la interpretación de las complejas condiciones por las que atraviesa actualmente la realidad latinoamericana y ecuatoriana en particular. En la primera dirección, es necesario superar las interpretaciones reductivas que de este autor nos presentara tanto esa visión apologética del capitalismo que constituyó la 'sociología americana de los años 50 y 60', así como la visión opuesta de matriz marxista. Ambas visiones, desde distintos 'intereses cognoscitivos', construyeron una imagen reductiva de la obra de Max Weber; la pintaron como la del teórico de la 'racionalidad capitalista de occidente', inspirador de una visión de la ciencia como 'sistema absoluto y acabado', sustentada en una 'acrítica operación de neutralidad valorativa' frente a la política y en general a la vida social; por último, la imagen del 'optimista defensor e inspirador de la democracia liberal y burguesa'. Una inmersión en la obra de Weber permite superar este tipo de reduccionismo teórico; una amplia bibliografía nos permite ahora

escapar de esas caracterizaciones y descubrir una imagen mucho más compleja y contradictoria, a menudo tensa y ambivalente frente a la definición del 'destino histórico de occidente', de sus instituciones políticas, de sus valores.

Los trabajos que presentamos en este número se orientan en medio de este esfuerzo por liberar al pensamiento de Weber, y al pensamiento de la ciencia social en general, de este tipo de ataduras ideológicas y mentales. Se trata de cinco intervenciones puntuales y 'absolutamente relativas' en sus pretensiones veritativas, y se presentan como indicaciones de lectura, como sugerencias problemáticas para enfrentar problemas; recorren algunos de los temas centrales de la obra weberiana, desde la discusión sobre las condiciones políticas e intelectuales de su época y la influencia de éstas sobre su pensamiento, a la definición de su metodología de análisis; desde la definición de las estructuras institucionales del mundo moderno, a la caracterización más amplia acerca del futuro de la sociedad moderna; se cierra con una revisión de la utilización clásica que la sociología latinoamericana ha hecho de la obra weberiana.

Para concluir presentamos la traducción de un sugerente debate - entrevista entre el pensador alemán Gunter Grass y el sociólogo francés Pierre Bourdieu, quienes enfrentan sociología y literatura a partir de la crisis de la ilustración.

Julio Echeverría
Director

La humanidad de Max Weber

Enzo Rutigliano*

Sumario

'La filosofía de un hombre es su biografía', resalta Rutigliano, al presentarnos una aguda visión de la obra de Max Weber, iluminada por los datos de su biografía personal. Seguramente como en ningún otro autor, en Weber esta relación es fundante, porque su vida está trazada de intensas relaciones personales con lo más destacado de la intelectualidad alemana de fines del siglo XIX y de comienzos del XX. Una interesante y complicada operación que nos entrega la figura humana de Max Weber, y que ilumina desde esa perspectiva al conjunto de su obra extensa y magistral.

Max Weber introduce la tragedia en la sociología. Y la tragedia está en esto, que de la *cultura* –entendida aquí como aquello que el hombre ha producido en la historia movido por sus valores– nosotros podemos conocer solamente “una parte finita de la infinidad sin sentido del devenir del mundo, a la cual se le atribuye sentido y significado desde el punto de vista del hombre” y continúa, “Nosotros somos seres culturales dotados de la capacidad y de la voluntad de asumir conscientemente posiciones frente al mundo y de darle un sentido”.¹

Lejos por tanto de aquellos autores que depositan su fe en la posibilidad de conocer objetivamente la realidad social y física a través de leyes que era suficiente descubrirlas en la naturaleza o en la historia. Con

* Profesor de la Università degli Studi di Trento (Italia).

1. Weber, M. *Il Metodo delle Scienze Storico sociali*, Einaudi, Torino, p. 96.

Weber asume como punto de partida la incognoscibilidad objetiva de la realidad social, si no es solamente la de “una parte finita” y de todas formas, a partir de un interés cognoscitivo subjetivo, opinable: “todo conocimiento de la realidad cultural es siempre (...) un conocimiento desde particulares puntos de vista”.²

Estamos, entonces, en otro mundo.

Pero, ¿qué mundo es éste, cuáles sus puntos de referencia, cuáles sus certezas?

Weber está en el centro de una constelación de autores que ven en Kant un punto de referencia lejano. Nietzsche inspirador radical y los neo-kantianos Dilthey, Windelband y Rickert. Una constelación que ofrece a Weber un punto de referencia filosófico (Kant y después Nietzsche) y una instrumentación metodológica (los neo-kantianos) que le permiten construir una sociología distinta a la del positivismo, a la del funcionalismo y a la del materialismo histórico.

La siguiente cita de Nietzsche nos enseña inmediatamente este mundo: “Quien no entienda en qué medida la historia es brutal y sin sentido, tampoco podrá entender el impulso para dar sentido a la historia”.³ Parece una paráfrasis de la cita precedente de Weber. Obviamente es lo contrario.

La historia, por lo tanto, no tiene un desarrollo necesario hacia un fin: antihistoricismo (Marx) y antipositivismo (Comte, Spencer). Por lo tanto, somos nosotros quienes damos sentido a la historia y para reconstruir “una parte finita” de la cultura debemos referirnos al sentido que los hombres han dado a sus acciones.

Detengámonos, por ahora, en este punto; veremos enseguida cómo Weber, partiendo de estos presupuestos, desarrolla luego su propia metodología. El método de las ciencias histórico sociales. Como él dice.

Veamos ahora quién era Weber. Y nos sirva como viático una cita de la biografía escrita por su mujer, Marianne: “la filosofía de un hombre es su biografía”.

2. Ibid., p. 97.

3. Nietzsche, F. *Sull'Utilità e il Danno della Storia per la Vita*, Adelphi, Milano, cf. Cap. VII.

Max Weber nace el 21 de abril de 1864 en Erfurt, en Turingia, en una familia de la alta burguesía. Una familia del tipo de aquella descrita por Thomas Mann en su novela *Los Buddenbrook*. Una familia de personas cultas pero provenientes del comercio y de la industria. Su padre, jurista, se establece en Berlín en 1869 proveniente de la Westfalia. Aquí termina ocupando puestos de relieve en el consejo municipal y se convierte en diputado en el consejo de Prusia y después en el Reichstag. En suma, desempeña un rol importante en la política nacional como representante del partido liberal de derecha que es expresión de los intereses de la burguesía industrial moderna frente al partido que representa los intereses de los terratenientes, de los *junkers* prusianos. En este clima se formó Weber y permaneció políticamente fiel a él cuando entró a la política —si bien con escaso éxito— como veremos.

La madre, Helene Fallenstein, mujer de gran cultura, que tuvo un rol importante en la formación del hijo, le transmitió a éste el interés por la religión y por los problemas sociales. Tuvo una influencia notable en él que le duró toda la vida, hasta su muerte ocurrida en 1919.

Como se puede imaginar en casa de los Weber se podía tener constantemente la percepción de los problemas del país, por así decirlo, de primera mano. La casa era frecuentada no solamente por la flor y nata de la política liberal avanzada en oposición al giro autoritario de Bismarck en 1878 y, después, al poder personal del Kaiser Guillermo II, sino también por muchos intelectuales amigos de la madre. Dilthey, Mommsen, Sybel, Treitschke y también jóvenes que luego se volverían famosos.

En este clima se dio la formación de Max Weber, primero como estudiante y después como estudioso y profesor universitario. Al comienzo sin brillar particularmente: estudiante de liceo en la educación media, consigue el diploma, el *Abitur* a los 18 años y se inscribe en la facultad de leyes en Heidelberg ocupándose también de teología y economía, de historia y de filosofía. Además, participa en la vida de las corporaciones estudiantiles como era costumbre de los universitarios de entonces: desde conferencias a discusiones, a duelos.

Después de un año de estudios, Weber decide hacer el servicio militar. Es enviado a Strasburgo primero como soldado simple, luego como oficial. Rango del cual siempre estuvo orgulloso al punto, parece, de frecuentar las lecciones durante la Primera Guerra Mundial en uniforme. Y esto no obstante desaprobaba los métodos de la guerra naval submarina alemana durante la Primera Guerra Mundial.

En 1884, terminado el servicio militar, retoma sus estudios en las universidades de Berlín y de Gottingen.

El 1889 obtiene la *Juristische Promotion* con una tesis sobre las sociedades comerciales del medioevo y en 1892 su habilitación con un estudio sobre la historia agraria romana muy apreciada por el histórico Mommsen. En ese tiempo se había convertido en miembro del *Verein für Sozialpolitik*, el círculo fundado por Gustav Schmoller interesado en el estudio y en la resolución de las cuestiones sociales planteadas por los problemas de la transición industrial en la Alemania de su tiempo. Y es el *Verein* el que, en 1890, le pide un estudio sobre los campesinos de la Prusia oriental que podemos decir es la primera investigación sociológica de Weber donde aparece por primera vez su tendencia a dar relieve a los factores culturales en la determinación de los comportamientos prácticos.

Es en estos años que toma parte activa en la fundación de la Asociación Alemana de Sociología en cuyo primer Congreso, en 1910, tomará posición netamente contra la ideología racista que surge bajo la forma de ciencia eugenética en Europa y no solamente en Alemania. Con mayor precisión, Weber enfrenta la posición de Ploetz sobre *los conceptos de raza y sociedad* subrayando la imposibilidad de asumir como científicos los conceptos de *raza* o también de *sociedad* en cuanto esencias, esto es, realidades que existen efectiva y realmente pero solo como conceptos mayéuticos. Pero, probablemente, su intervención más significativa en este concepto es aquella que lo lleva a polemizar con Sombart y a expresar –por primera vez con claridad– su relación metodológica con el materialismo histórico de Marx. En primer lugar, Weber toma posición pública contra los malentendidos y las deformaciones del marxismo. Solo que, para él, el materialismo histórico es aceptable en cuanto doctrina típica-ideal. Válida solamente si se la asume como punto de vista del cual partir para la investigación renunciando explícitamente a su valor de verdad absoluta.

Pero será justamente por cuestiones metodológicas, que, el año sucesivo, en 1912, abandonará el directorio de la asociación. En ese entonces, en 1893, conoce y contrae matrimonio con Marianne Schnitger, mujer que tendrá un papel importante en su vida y que se convertirá en la autora de su monumental biografía,⁴ hasta hoy insuperada si bien controvertida. No solo eso, después de la muerte de Weber será también la

4. Weber, Marianne, *Max Weber. Una biografía*, Il Mulino, Bologna 1995.

ordenadora (también en esto impugnada) de la obra incompleta, el tratado de sociología general, *Economía y Sociedad*.

En este punto la fama de Weber se ha consolidado y es invitado a la cátedra de Economía Política en Friburg no obstante la oposición del poder político prusiano, en la figura del ministro Althoff que intentará oponerse a su nominación. Weber empieza a enseñar en 1894 con una conferencia sobre *el estado nacional y la política económica*.

Es este un periodo muy activo incluso desde el punto de vista de su vida política. En efecto, participa en la fundación de la *National-Soziale Verein*.

Las posiciones políticas de Weber en este periodo, como también luego, están por ubicarse a favor de un desarrollo burgués capitalista contra la clase de los grandes terratenientes. A favor, en suma, de la creación de una nueva y moderna clase dirigente democrática a la cual confiar la guía de la nueva Alemania industrial. A esta creación se opone la clase de los junkers que expresan no solo el retraso en el ámbito agrario sino que influyen directamente a la atrasada y autoritaria burocracia central. Causas que frenan –objetiva y subjetivamente– la creación de una clase dirigente expresión de un capitalismo eficiente y avanzado al cual –según Weber– se debe confiar la política de potencia alemana.

En realidad, la relación de Weber con la política activa siempre ha sido de atracción/repulsión y, finalmente, de desilusión al no lograr una posición política en la escena alemana que reflejase plenamente sus ideas. Desde el punto de vista científico, Weber ha realizado en este periodo grandes pasos hacia la elaboración de su pensamiento como nosotros hoy lo conocemos.

Después de dos años en Friburg, en el 1896, fue llamado a Heidelberg, a la cátedra que había sido de uno de sus maestros, Knies, heredero, junto a Roscher y a Hildebrand, de la escuela histórica de la economía que, al final del 800, había impulsado críticas radicales a los análisis elaborados por la economía clásica y basados en la ficción de la existencia ahistórica del homo oeconomicus. A esta abstracción ellos oponían un estudio de la economía que tuviese en cuenta las conexiones con las otras ciencias del hombre. En suma, la nueva ciencia económica tendía a explicar la economía como parte integrante del espíritu de un pueblo. Aquí había conocido a Ernst Troeltsch que enseñaba teología. La amistad y la colaboración con él fue para Weber importante: los estudios

sobre el protestantismo, la sociología de las sectas y otros conceptos de la sociología de la religión tomaron forma en las conversaciones entre los dos estudiosos.

En este año publica su estudio sobre *Las causas sociales de la decadencia de la sociedad antigua*.

Es a este punto que se abate sobre nuestro autor una depresión terrible que lo obligará a abandonar los estudios y la enseñanza universitaria que será retomada, si bien no de manera intensa, de allí a cinco años, en 1902 y, el año sucesivo, abandonada definitivamente dada la imposibilidad de dedicarse con toda la atención que lo caracterizaba en esa actividad. Al momento de abandonar por primera vez la Universidad, Weber recibió de sus estudiantes un pergamino con la siguiente dedicatoria:

*“¡Veneradísimo señor profesor y maestro! Buena fortuna para el viaje. Nosotros –no solo quienes firmamos sino todos aquellos que usted ha influenciado de por vida– le auguramos un pronto y feliz retorno por el orgullo y la promoción de la ciencia y por la felicidad sincera de sus reconocidos estudiantes”.*⁵

Los años de la depresión de Weber fueron terribles: sentado junto a la ventana fijaba la mirada en el vacío por horas, incapaz de reaccionar a cualquier estímulo.

Poco a poco salió de la situación, reencontrando interés en la vida y en el viajar, sobretodo pasando largos periodos en Italia. Había aprendido el italiano en la época de sus estudios sobre la historia agraria romana y la vida en Italia parece lograr sedar el ansia y la angustia que no le daban tregua. Roma, Nápoles, Pompeya, Paestum, Florencia, los lugares que distraen a Weber del presente sumergiéndole en un pasado que conoce y ama y que tiene poder taumátúrgico sobre su ansiedad. En el teatro griego de Taormina Weber lee pasajes de Homero y reconoce el “mar color del vino”.

En 1902, decíamos, Weber parece haber salido de la oscuridad de la depresión. Retoma parcialmente la enseñanza y empieza a ocuparse de la sociología. Es de 1903 la fundación de una de las más importantes revistas europeas de ciencias sociales. Revista que Weber funda junto a Werner Sombart, el *Archivo para la Ciencia Social y la Política Social*.

5. Citado en Marianne Weber, op. cit., p. 323.

En esta revista Weber publicará de ahora en adelante la mayor parte de sus escritos de sociología de la religión; comenzando por *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, elaborado y meditado también después del viaje a los Estados Unidos que hizo en 1904. Sobre la importancia y la fortuna de esta obra juvenil de Weber deberían decirse algunas cosas.

Antes que nada, la desproporción entre los estudios, las interpretaciones y las polémicas que ésta produjo desde su apareamiento —y que no dejaron nunca de ser la parte mayor de la atención dedicada a Weber— y la real dimensión de su valor respecto a *Economía y sociedad*, su obra publicada póstuma en 1921 editada por su mujer y que debería ser el compendio de sociología al cual Weber dedicó gran parte de sus últimas energías. *La ética protestante*, todavía hoy, es su obra más famosa, más leída, más utilizada, pero que ciertamente no puede representar —y no representa en efecto— toda su obra. O también respecto a la obra que va bajo el título de *Sociología de la religión*, también ésta publicada póstuma en dos grandes volúmenes.

¿Porqué entonces todo este interés, todas estas polémicas, estas interpretaciones? Dejando a un lado la interpretación de parte y deliberadamente instrumental en clave antimarxista de Parsons seguramente tiene fundamento la impresión de que es justamente la sombra de Marx la que confiere tanta importancia a esta obra juvenil de nuestro autor.

Ya sea que se tome en serio lo que Weber dice a propósito, esto es, que no quiere contraponerse a Marx sino solo ofrecer otro punto de vista, otro interés cognoscitivo, en la interpretación del nacimiento del capitalismo, ya sea que se asuma *La Ética* como *la otra* interpretación alternativa a la Marx y como la obra que desmiente el materialismo histórico, en todo caso, decíamos, es Marx el que confiere a este trabajo la razón de su enorme éxito. Se debe de todas maneras reconocer que la obra de Weber fue conocida y avivada justamente por las polémicas que logró desencadenar. Y no nos referimos a Parsons, sino que mucho antes de él existieron otros dos distanciamientos polémicos y dolorosos, el de Luckacs y el de Marcuse. Y sin estos dos distanciamientos polémicos, probablemente no hubiera existido tampoco la utilización de Parsons. En suma, sin *La ética protestante*, probablemente Weber sería ahora un clásico “muerto”.⁶

6. Véase el ensayo iluminante a este propósito W. Hennis, “La problemática de Max Weber” en H. Treiver, *Para leer Max Weber*, Cedam, Pádova 1993.

El viaje a los Estados Unidos es muy importante para Weber. Además de darse cuenta lo determinante que fue en el nuevo mundo la religión en los comportamientos económicos, los Estados Unidos producen en él una profunda impresión. Tanto porque descubre todavía el apareamiento del espíritu de las sectas protestantes –sobre todo en los *college*– por ejemplo el cuáquero, en Filadelfia, en cuya biblioteca encuentra materiales para su estudio sobre el espíritu del capitalismo, tanto porque el gigantismo de las ciudades americanas –sobre todo New York y Chicago– le ofrecen una nueva dimensión del desarrollo capitalista.

Las cartas a la madre de este periodo, además la biografía de Marianne, dan la medida de cuánto este viaje fue importante para la visión que Weber tendrá en el futuro del capitalismo. *La ética* aparece en el *Archiv* en 1904-5 y, enseguida después, *Las sectas protestantes y el espíritu del capitalismo*, que aparece en la “*Christliche Welt*” en 1906.

Es un periodo de trabajo intenso y fértil; aparecen en efecto los primeros estudios metodológicos: *La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social* (1904) y los *Estudios críticos en torno a la lógica de las ciencias de la cultura* (1906), ambos en el *Archive*.

Durante este periodo y hasta la explosión de la Primera Guerra Mundial, se va formando junto a Weber un círculo de intelectuales entre los más interesantes de su tiempo, de diversa orientación política.

Es la sala de casa Weber el centro de los encuentros. Friedrich Gundolf, Karl Jaspers, Werner Sombart, Roberto Michels, George Simmel, Ernst Bloch y George Luckács. Estos últimos dos destinados a convertirse, de allí en poco tiempo, en los más autorizados representantes del llamado marxismo occidental.

Este círculo intelectual opera como *pendant* de aquel igualmente famoso de Stefan George y Ludwig Klages, dirigido a intereses estéticos e incluso místicos hacia los cuales nutría sospecha y desconfianza, si bien, años atrás, interesado en ellos. Numerosas son las intervenciones de Weber –en este periodo– en el ámbito del *Verein für Sozial Politik*. Frecuentación que nunca abandonó.

Todavía un escrito metodológico, esta vez aparecido en “*Logos*”: *Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva*. Estos escritos, todos de argumento metodológico, serán recogidos juntos y publicados con el

título *El método de las ciencias histórico-sociales*. En 1922 en Tübingen al cuidado de J. Winckelmann y traducidos al italiano al cuidado de Pietro Rossi y publicados por Einadi en 1958.

Es también en este periodo que inician las críticas –y las respuestas de Weber– a las tesis mantenidas en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

En tanto, la guerra estaba por estallar. El suicidio de Europa estaba por comenzar.

Al estallido de la guerra Weber pide ser enrolado. Su posición filoimperialista y de todas maneras leal a su país no le impide la crítica fuerte a la política de Guillermo II y de su gobierno e, íntimamente, prever la catástrofe para Alemania. Teme la entrada en la guerra de los Estados Unidos, cuyo enorme potencial industrial sabe que puede ser transformado en potencial bélico. Sabe que sería el fin para Alemania y critica la guerra submarina alemana que, hundiendo naves de pasajeros y mercantiles americanas dirigidas a Europa, provoca la indignación de la opinión pública de ese país empujándolo hacia la intervención. Numerosos son sus escritos de actualidad, dirigidos al gran público, que aparecen en los periódicos. Sobre todo, en la “Frankfurter Zeitung”; esto por toda la duración de la guerra, si bien empeñado en dirigir un grupo de hospitales militares en calidad de oficial enrolado. Y, también, sin interrumpir sus estudios de sociología de la religión. Son de este periodo los ensayos sobre *La ética económica de las religiones mundiales* además del trabajo de recolección de los escritos que deberían constituir la base para *Economía y sociedad*. Y, todavía, un escrito metodológico publicado en “Logos”, *El significado de la avaloración en las ciencias económicas y sociales* de 1917.

Hacia el final de la guerra se convierte en profesor ordinario de Economía Política en Viena. Es en esta ocasión que imparte las famosas conferencias sobre el socialismo a los oficiales austriacos. A propósito de estas conferencias, es necesario decir cuál fue la posición de Weber. Empresa no fácil porque cambiante según las circunstancias e intrínsecamente contradictoria. Para entenderla intentaremos encerrarla en un abanico de posiciones cuyas fronteras son delimitadas por algunas frases del mismo Weber. Dirigida a los socialistas: “¿En qué pueden convertirse *en realidad* vuestras esperanzas?” Y, en un congreso del Partido Democrático en Berlín, su partido: “Estamos cercanos a los socialistas independientes, tanto que casi no se distinguen las diferencias”. Y a

quien le preguntaba, en esa sede, porqué entonces no adhería a ese partido, Weber respondía: “A esa iglesia yo no voy”.

Pensamos que en estas frases se encierra la complejidad de la relación que Weber tuvo con el socialismo; muchas veces estuvo a punto de adherir a él. Allí veía la aspiración a una convivencia humana sobre nuevas bases, la voluntad de dar dignidad y justicia al trabajo obrero pero, también al mismo tiempo, se asustaba del carácter de “iglesia”, esto es dogmático e ideológico, que el socialismo tenía entonces, como a continuación el comunismo habría evidenciado. Contra las “iglesias” siempre Weber tuvo palabras de fuego y hasta el final. Por ejemplo, las últimas frases de su última conferencia *La ciencia como profesión*.

La relación con el socialismo, con los partidos socialistas y con el naciente comunismo es, sin embargo, una cosa distinta de la que Weber tuvo con el marxismo. Relación que, si bien variada y contradictoriamente interpretada, fue sin embargo central. Weber siempre se confrontó con Marx. Incluso, parece que en los últimos años, en Munich, él confió a un estudiante, regresando a casa a pie, después de haber participado en una discusión con Oswald Spengler, que: “La honestidad de un intelectual, y sobre todo de un filósofo de nuestros días se puede medir en el modo con el cual se coloca frente a Nietzsche y a Marx. Quien no admite que no habría podido desarrollar partes importantes de su mismo trabajo sin tener en cuenta a estos dos pensadores, se engaña a sí mismo y a los otros. El mundo en el cual nosotros espiritualmente vivimos en un mundo profundamente marcado por Marx y por Nietzsche”.⁷

En todo caso, las conferencias a los oficiales austríacos hacen parte de su empeño y de su lucha política durante la guerra y la inmediata posguerra. Lucha por una democracia guiada, presidencial, y por un Estado federalista. Pero, incluso más, su preocupación es por la reconstrucción del capitalismo sobre bases nuevas, por su reestructuración en la dirección de lo que ha visto en América y que le ha impresionado fuertemente.

En suma, la esperanza de Weber es reconstruir el capitalismo alemán sobre bases “puritanas”.

7. Baungarten, E. *Max Weber, Werk und Person*, Tübingen, 1964.

Entre tanto, hace parte de la dirección del Partido Democrático, pequeña formación de centro que, de todas formas, abandonará rápidamente porque no comparte el programa de socialización de la economía.

En la posguerra encontramos en el centro de sus intereses la lucha y el empeño en varios comités por una “paz justa” para Alemania. Después de Versailles, Weber nutrió fuertes resentimientos hacia la obtusidad de los aliados, compartiendo este resentimiento también con economistas como Keynes que preveían reacciones revanchistas de Alemania puesta contra las cuerdas y con la economía destruida por las ingentes deudas de guerra.

Empeñado en la comisión encargada de redactar la constitución de la República de Weimar, Weber actuó con lealtad pero también con coherencia hacia sus propios principios luchando porque en la constitución fueran introducidas posibilidades de *leadership* con la elección directa del presidente de la república.

En tanto, en 1919, Weber está de nuevo en Alemania, donde, en Munich, se le ha ofrecido la cátedra de economía que fue de Lujo Brentano. Weber está muy orgulloso y también entusiasta de volver a enseñar. Algo que, sin embargo, le cansa mucho. Apenas llega a Munich explota la revolución de los consejos de Kurt Eisner. Se trata de la cola del intento revolucionario espartaquista que estalló en Alemania algunos meses antes y que terminó en un baño de sangre en el cual encontraron la muerte también Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, sus líderes inspiradores.

La posición y el comportamiento de Weber frente a estos acontecimientos es ejemplar para intentar comprender al personaje. Él, se sabe, dijo de sí mismo: “Soy un burgués con consciencia de clase”. Educado en los valores de la burguesía y en cuyos valores siempre pensó inspirarse. Pero, ¿en qué burguesía? En una burguesía ideal, heroica, proba y puritana que Weber nunca encontró en la realidad de su tiempo. Y fue justamente teniendo presentes los valores de la burguesía ideal que, constantemente, criticó a la burguesía real. Tanto antes como durante, e inmediatamente después de la guerra. Y, en esta crítica consecuente y coherente, a menudo se encontró en asonancia con el socialismo y con sus valores, de los cuales sufrió a veces la fascinación. Dan fe estos fragmentos escritos después de la muerte de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, los líderes de la revolución que él combatió hasta el cansancio: “La dictadura de la calle ha encontrado un final que yo no le he

augurado. Liebknecht era sin duda un hombre honesto. Ha convocado la calle a la lucha. La calle lo ha matado. También los consejos de obreros y de soldados eran honestos. A la burguesía no le está concedida olvidar cuánto ésta debe a su trabajo recto y honesto. Pero (...) en el momento una socialización radical es imposible”.⁸

Es como si la revolución revelara —como nunca antes había sucedido— la ambivalencia de Weber que todavía más aparecerá en Munich durante la revolución bávara, también ella destinada a terminar en sangrienta represión entre abril y mayo de 1919.

Weber, obviamente, se opone a la revolución y, sin embargo, cuando empezarán los procesos contra los jefes sobrevivientes de la represión correrá a atestiguar a favor de Otto Neurath, comisario de la socialización y sobre todo a favor de uno de los jefes de la revuelta, el joven dramaturgo y poeta Ernst Toller, jefe durante los meses de la revuelta de la armada roja bávara.

Toller estuvo entre los estudiantes que, durante el invierno de 1917-18 frecuentaron la casa de Weber discutiendo los problemas de la guerra y del pacifismo. Toller y su grupo propusieron que Weber se ponga a su cabeza adhiriendo a un manifiesto confuso que quiere un mundo gobernado por el Eros, la paz inmediata y la eliminación de la pobreza.

En suma, Weber fue muy afectado por la ausencia de sentido de realidad de estos jóvenes y, sin embargo, quedó fascinado. En el proceso, Weber dirá de él: “Dios ha hecho un político en un acceso de cólera”. Y Toller añadirá: “No Dios, sino también las lecciones del profesor Weber”.

Para Weber —y su frase lo dice claramente— Toller encarna el tipo ideal de la *ética de la convicción*, el tipo del profeta, del santo. Pero, en política, Weber propugnó con fuerza la *ética de la responsabilidad*. La política que apunta a obtener un resultado pero teniendo presente el valor de este resultado. Y es en relación a este valor que escoge los medios para alcanzar el objetivo. En suma, los medios, a veces, comprometen el fin.

Pero Toller, con su frase, ha tocado un punto neurálgico del pensamiento y de la moral de Weber que, en este periodo y en estos frangenti ha alcanzado actualidad trágica: la responsabilidad del profesor universita-

8. Citado en Marianne Weber, op. cit., p. 731.

rio frente a los alumnos. La facilidad con la cual puede desviar y extravíar a la juventud propagando sus propias convicciones políticas legitimadas en la cátedra.

Weber ha tratado este problema con detenida dignidad en una de sus últimas conferencias: *La política como profesión* sustentada en el invierno de 1918 en la universidad de Munich junto a la otra, igualmente célebre, *La ciencia como profesión*, el testamento metodológico de Weber.

Pero, también, su herencia espiritual.

En ambas conferencias Weber se niega —como siempre lo ha hecho— al rol de líder y salvador.

“No tiene nuevas salvaciones que anunciar como ellos ardientemente desean y hasta cuando Alemania esté en juego y millares mueran cada día, no se preocupa siquiera de un nuevo orden del mundo si quieren un hueso duro de roer”. El está feliz de ser maestro, en el campo político como el científico. “En esto creo conocer mi oficio”. Quien sin embargo quiere aprender de él, debe antes reconocer que la honestidad intelectual es simple virtud de la ciencia, que esa es una vocación practicada profesionalmente, al servicio de la introspección y del conocimiento de conexiones efectivas y no el don adivinos y profetas que dispensa salvaciones y revelaciones. En verdad no está allí el profeta que muchos de la nueva generación reclaman. Y es nuestro destino vivir en una época sin profetas y privada de Dios: *Una voz llama de Seir in Edom: ¡Centinela! ¿Cuánto durará todavía la noche? Y el centinela responde: Llegará la mañana, pero todavía es de noche. Si queréis preguntar regresad otra vez.*⁹

Sin embargo, en Munich, Weber reencuentra, si bien en la situación revolucionaria y dramáticamente vivida, la serenidad que solamente la enseñanza universitaria logra darle, el contacto con jóvenes inteligentes y entusiastas como Toller. Pero también, por un breve periodo, logra ocuparse de la sistematización del material preparatorio de *Economía y sociedad* que no tendrá tiempo de completar porque la muerte está en espera.

9. Marianne Weber, op. cit., p. 688.

Inesperada y sin previo aviso alguno, sino son los fastidios de una influenza mal curada por unos diez días. Descubierta luego una pulmonía ya profundamente radicada. Weber delira. Ve en su propia cabecera a un estudiante que con él debía discutir la tesis justo en esos días. En el delirio de la fiebre discute con él y le hace las loas como si estuviera frente a la comisión de grado.

Muere el 14 de junio de 1920.

Marianne Weber reporta sus últimas palabras pronunciadas "...no os preocupéis, tanto no sirve de nada".

Bibliografía

Baumgarten, E.

1964 *Max Weber, Werk und Person*, Tübingen, 1964.

Hennis, W.

1993 "La problemática de Max Weber" en H. Treiver, *Para leer Max Weber*, Cedam, Pádova.

Nietzsche, F.

s.f. *Sull'Utilità e il Danno della Storia per la Vita*, Adelphi, Milano.

Weber, M.

s.f. *Il Metodo delle Scienze Storico sociali*, Einaudi, Torino,

Weber, Marianne

1995 *Max Weber. Una biografia*, Il Mulino, Bologna.

Max Weber y la sociología como crítica valorativa

Julio Echeverría*

En vano buscará alguna otra verdad que sustituya a la ciencia en aquello que solo ella puede cumplir: conceptos y juicios que no son la realidad empírica, ni la copian, pero que permiten ordenarla conceptualmente de manera válida.
Max Weber (1904)

Sumario

La metodología sociológica weberiana -nos dice el autor- se sustenta sobre una operación de crítica o desmontaje de las valoraciones, en especial cuando éstas pretenden asumir la representación del sentido colectivo. Por ello, se podría caracterizar a la sociología weberiana como la más grande operación de crítica de las ideologías, en cuanto es destructora de los mitos sociales, que se presentan por lo general por detrás de los juicios valorativos.

El punto de partida de Weber es radical, no existe posibilidad de interactuar socialmente si no es a través de una operación de valoración de la realidad, el conocimiento por tanto difícilmente puede escapar de esta compulsión social, éste es parte de la realidad social y contribuye en la tarea de la construcción de sentido; pero lo hace desde el campo de la crítica valorativa. Frente a la sociedad desquiciada por la valoración, envuelta en una lógica de irrefrenable competencia simbólica, la sociología apunta a detener y poner bajo control el 'instinto de representación' (Nietzsche) que recorre y condiciona las interacciones sociales.

* Profesor de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador

La sociología weberiana responde generando orden conceptual en la realidad empírica amenazada por la devastación que resulta de la pugna valorativa.

Tanto la sociología como el científico social deben conducirse en medio de un campo minado por la heterogénea valoración del mundo. También el sociólogo, en cuanto actor social, participa del proceso de valoración del mundo, pero su intervención se diferencia de la de cualquier actor social en la medida en que introduce un arbitrio crítico reflexivo en el tratamiento de los valores. Su forma de intervención no está en la elaboración y difusión valorativa, tarea que es propia de la política, o de las construcciones de sentido espontáneas que articulan la reproducción social. La intervención en el proceso de valoración es, por así decirlo, negativa; por un lado, interviene en la misma selección del campo de investigación, en la construcción del objeto de estudio, en la estimación de la relevancia cognitiva que pueda tener un determinado cuadro de relaciones intersubjetivas; por otro, construye un aparato crítico de desmontaje o desconstrucción de las elaboraciones valorativas espontáneas o construidas con fines políticos, el cual permite sopesar y dimensionar el verdadero alcance de cada proyección valorativa, su efectiva posibilidad de realización y los costos que desde la perspectiva del valor tendría su misma afirmación.

La 'politicidad weberiana'

Esta particular forma de entender la intervención del científico social le ubica a Weber en el dilema entre ciencia y política; la política es emisión de juicios de valor, es realización de ideales y afirmación de esos ideales; la ciencia marcha a contrapelo, pone el piso de sustentación para la política al definir las condiciones de posibilidad para la afirmación de esos valores e ideales. La tarea de la ciencia es la crítica a los juicios de valor o crítica científica de los ideales, como Weber la denomina; la política es fundamentalmente emisión de juicios de valor, tiene que ver con la realización de ideales; la ciencia es otra cosa, es la que mide si la formulación de esos ideales es adecuada desde la misma perspectiva de valor desde la cual estos son formulados; mide la consistencia interna de la formulación de los valores, y las consecuencias que podría traer consigo su misma puesta en acto, o su realización.

Weber plantea un problema de legitimidad en este dilema entre ciencia y política; sin embargo, su opción a favor de la intervención de la ciencia,

no excluye a la política. Si la política mueve y trae sus energías de la formulación de valores, de la construcción de ideales que se convierten en grandes orientaciones o referentes de acción en la lucha política, la adhesión a esos valores o referentes pasará, cada vez más, por una operación parecida a la que realiza la ciencia; esto es, la adhesión estará supeditada al análisis de las reales posibilidades de afirmación valorativa; la ciencia interactúa con la política al advertir sobre la posibilidad de realización de sus promesas, o al inducir a una modificación de los ideales y de los valores en función de su efectiva posibilidad de realización.¹

Es lo que podríamos denominar como proceso generalizado de racionalización del mundo. La crítica valorativa que es inicialmente prerrogativa del científico pasa a ser referente de acción para los actores sociales; la relativización o neutralización valorativa se convierte en operación que realizan los actores sociales en sus interacciones concretas. Este vuelco hacia el realismo político se corresponde claramente con los fenómenos de secularización y de desencantamiento respecto de las grandes construcciones ideales, fenómeno que pone sobre un plano de radical contingencia a toda intervención política.

Contingencia de toda intervención política sobre la base del desmontaje de toda pretensión ideológica de legitimación. Para que la operación de la ciencia pueda ser efectiva, esto es para que pueda, sobre la base de la crítica a las construcciones valorativas descubrir/constituir la dimensión colectiva de valor (a través del desnudamiento de las envolturas ideológicas que tratan de pasar por interés colectivo la afirmación de intereses parciales o individuales), la sociología debe excluir de su intervención todo juicio de valor; operación que permitirá transparentar las posibilidades valorativas que están en juego. Si el sociólogo introduce su di-

1. "A la consideración científica es asequible ante todo, incondicionalmente, la cuestión de si los medios son apropiados para los fines dados. En cuanto podemos (dentro de los límites de nuestro saber en cada caso) establecer válidamente *cuáles* medios son apropiados o ineptos para un fin propuesto, podemos también, siguiendo este camino, ponderar las chances de alcanzar un fin determinado en general con determinados medios disponibles, y, a partir de ello, criticar indirectamente la propuesta de los fines mismos, sobre la base de la situación histórica correspondiente, como prácticamente provista de sentido, o, por el contrario, como sin sentido de acuerdo con las circunstancias dadas. Podemos, también, *si* la posibilidad de alcanzar un fin propuesto aparece como dada, comprobar las consecuencias que tendría la aplicación del medio requerido, *además* del eventual logro del fin que se busca, a causa de la interdependencia de todo acaecer." Cf. M. Weber "La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social", en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973, p.42.

mención valorativa para analizar las valoraciones de los otros, entra en el juego de la competencia simbólica, lo cual atenta contra la capacidad técnica del desentrañamiento del valor, y debilita la legitimidad que el científico requiere para intervenir en el campo de la política y de la interacción social.

La operación metodológica utiliza un arbitrio instrumental que es el distanciamiento del observador de los juicios valorativos, lo cual debería asumirse como exclusión de la capacidad de valoración o de emisión de juicios valorativos que podrían entorpecer o desviar la adecuada cognición de la realidad valorativa que se pretende estudiar; esta operación permite realizar el paso subsiguiente en la construcción conceptual, que consiste justamente en la crítica de los valores.²

Esta operación de crítica valorativa es la única que puede permitir la modificación de los valores de referencia para la acción social, modificación que la realizan los mismos actores sociales y políticos, los cuales podrán replantear o redireccionar el sentido de su intervención gracias al desmontaje valorativo que ha sido realizado.

Ahora bien, extraer una decisión de aquella ponderación no constituye ya una tarea posible para la ciencia; es propia del hombre que quiere: este sopesa los valores en cuestión, y elige entre ellos, de acuerdo con su propia conciencia y su cosmovisión personal. La ciencia puede proporcionarle la conciencia de que toda acción, y también, naturalmente, según las circunstancias, la in-acción, implica, en cuanto a sus consecuencias, una toma de posición en favor de determinados valores, y de este modo, por regla general en contra de otros –cosa que se desconoce hoy con particular facilidad–. Pero practicar la selección es asunto suyo.³

No se trata de una operación de despolitización de la ciencia social y del sociólogo (de una supuesta apoliticidad o neutralidad y por esa vía de su compromiso con la estabilidad y la permanencia del *status quo*), al contrario, la sociología weberiana reivindica para sí el terreno de la 'Gran Política', el de la afirmación del interés colectivo sobre los intereses

2. Es importante recalcar que se trata de la neutralización de los juicios valorativos del observador o del científico, y no de su anulación. Justamente porque Weber está consciente de que la realidad social es fundamentalmente una realidad subjetiva, sabe que la exclusión de los juicios de valor es ante todo una operación metodológica, por lo tanto convencional o artificial, extremadamente expuesta a la contingencia de toda operación convencional, pero crucial en cuanto es la única que permite la elaboración conceptual.

3. Cf. *ibid*, pp. 42-43

discretos y parciales, y para ello acude a una operación de transparentación de los distintos valores en pugna.

La ciencia social se legitima cuando demuestra que ha sabido excluir los juicios valorativos de sus procesos de elaboración de conocimientos. Sin embargo, es imposible una total exclusión de los juicios valorativos. El campo de subjetividad compromete al conjunto de actores y el científico no puede abstraerse completamente de esa presión. Es esta dimensión problemática la que es trabajada intensamente por la elaboración weberiana. Justamente aquello que podría comprometer la objetividad de su procedimiento, se convierte en el punto de arranque del proceso cognoscitivo. Max Weber establece todo un campo de reflexión sobre este punto al cual lo denomina como el del *relacionamiento hacia los valores*, que en el caso de la ciencia debe ser de tipo crítico y reflexivo. Contrario a una lectura que suponga la exclusión absoluta de todo juicio valorativo en el proceso de conocimiento, la asunción de valor se convierte en la puerta de entrada del proceso de conocimiento, se transforma en 'operación selectiva' que permite orientar el conocimiento hacia el desentrañamiento de conexiones de sentido relevantes para la acción social y por tanto para su conocimiento. En la actividad selectiva del sociólogo se manifiesta su dimensión valorativa.⁴

La función del sociólogo es la de una especie de *medium* que permite la examinación colectiva del proceso social de construcción de sentido, allí radica el carácter de alta politicidad de su intervención. Pero, a pesar de esta proyección, la estrategia metodológica es consciente de sus limitaciones en lo referente a dar cuenta de las construcciones valorativas; su posibilidad de acceso es siempre relativa; "la investigación cumple una función de mediano alcance respecto de los grandes ideales, respecto de las cosmovisiones".⁵

Contrario a la imagen de la crítica como desvalorización de los juicios de valor, M. Weber entiende a los valores como la 'sustancia' de los procesos de interacción social, con ellos debe trabajar la ciencia social, y de ellos depende la afirmación de la política moderna.⁶ No existe

4. Es su conciencia problemática del mundo la que orienta la selección de aquello que es relevante como objeto de investigación; Weber ubica la formación de conceptos como una tarea de permanente selección que opera el sociólogo en la 'infinita multiplicidad del dato empírico', y en cuyo contexto, lo que cuenta es justamente su particular actitud y su relacionamiento problemático con el mundo.

5. Ibid, p. 46.

6. En muchos casos parecería que nos encontramos frente a una concepción de los valores como efectivos 'residuos místicos', como expresiones de una dimensión íntima e inviolable

política que no parta de la afirmación de valores y que no excluya por lo tanto la afirmación de otros valores; la voluntad de poder se afirma solamente a través de la pugna entre valores, y en este campo el procedimiento científico del relacionamiento crítico hacia los valores, permite potenciar la capacidad selectiva y por esa vía perfeccionar la política en cuanto ésta es también efectiva concreción de ideales y valores.

La estrategia conceptual

En la formulación weberiana nos encontramos frente a una asimilación por analogía de los procesos de formación de valores, con los procesos cognoscitivos de construcción de conceptos; ambos responden a una misma necesidad social, que es la de la producción de sentido colectivo; ambos proceden mediante acciones o prestaciones selectivas.

La construcción de elaboraciones valorativas constituye la estructura básica de toda interacción social. Cada individuo es portador de una propia capacidad de significar el mundo, y esta función se convierte en crucial y necesaria para orientar los procesos de reproducción social. Valorar el mundo y sus relaciones, se convierte en el horizonte de realización de todo actor social, éste tiende a plasmar sus propias proyecciones de realización al interior de lo que podríamos denominar una verdadera estrategia de sentido. Para cada actor su construcción de valor es poseedora de una propia verdad y es alrededor de esa lógica que cada quien elabora su campo de expectativas.

Esta función es constitutiva de todo actor social, por lo cual los aspectos que hacen referencia a la regulación y organización de la producción de valor colectivo se convierten en eje o estructura de regulación de la reproducción social. Esta función es asumida por las instituciones sociales las cuales orientan y promueven la producción de sentido, traduciéndolo en estructuras normativas que regulan y organizan la reproduc-

de la autonomía individual, dimensión a la cual no se puede acceder totalmente y que incluso es pretencioso tratar de hacerlo; la formulación weberiana parecería remitirnos desde otra perspectiva a aquella famosa proposición del *Tractatus* de Wittgenstein, "sobre aquello de lo que no se puede hablar es mejor callar"; poniendo en evidencia la proyección no de un tratamiento interno de los valores, sino más que nada de las relaciones efectivas de estos con la realidad social que está compuesta esencialmente de valores; como el Wittgenstein del *Tractatus* entendía su intervención bajo la imagen del esclarecimiento de las reglas lógicas del lenguaje, de igual forma Weber entiende su intervención como esclarecimiento de los valores, los cuales son vistos como constitutivos de las reglas y normas que regulan y organizan la vida social.

ción social; las instituciones establecen operaciones selectivas en los procesos de construcción de sentido, operan como el lenguaje –institución social por excelencia–, ofreciendo un campo selectivo básico sobre el cual posteriormente cada actor elaborará sus propias posibilidades selectivas en la construcción de sentido y de valor.

Weber está consciente que las sociedades atraviesan por procesos progresivos de racionalización que las conducen hacia dimensiones crecientes de desencanto, las mismas que podrían ahogar o comprometer las posibilidades de construcción de sentido. Es en este contexto que la ciencia asume su función como orientación cognitiva en el proceso de racionalización del mundo.

La construcción conceptual obedece por tanto a determinaciones que son intrínsecas a las interacciones concretas que se dan entre los actores sociales; no se trata de una operación que interviene externamente a las reales condiciones en que acontece la reproducción social; se trata más bien de una específica forma que asume la reproducción social en las sociedades modernas, y que tiene que ver con el despliegue de un tipo de racionalidad que se revuelve sobre los propios procesos espontáneos de reproducción social con un fin crítico cognoscitivo.

La estrategia conceptual parte, por tanto, emulando o calcando los mismos procedimientos de toda producción valorativa, pero en un determinado momento introduce una operación crítico racional, la cual tiene que ver con la tarea específica de la producción conceptual; operación que consiste en volver evidente y controlable la elaboración de valores, representaciones y simbolizaciones que realizan los actores sociales en sus concretas interacciones. Entre producción de valores y producción de conceptos se instaura una línea de complementariedad mutua.

Cuando Weber habla de la producción de valores hace referencia a un tipo de producción espontánea; se trata de la materia prima para la constitución de la socialidad. La socialidad no es sino articulación valorativa, combinación de representaciones que los hombres hacen sobre sí mismos y sobre su entorno con fines específicos de integración y de reproducción en ámbitos colectivos; esa es la socialidad y es eso lo que investiga la ciencia social; la producción espontánea de representaciones, los procesos de simbolización espontánea, las estructuras de valorización permanente que acompañan todo proceso de producción de sociedad y de reproducción social. La realidad para cada actor social no es sino una estrategia de valoración y de sentido; dar valor y significación

al entorno en el cual vive cada actor y a la forma de enfrentar ese entorno; no hay actor social que no elabore estas valoraciones.

Para Weber cada actor social vive una parte de esa realidad compuesta de valores y a esa parte otorga más valor que a otras. Una parte de esa realidad tiene particular relevancia para cada quien, no toda la realidad; en base a esta particular economía de significaciones los actores establecen elecciones espontáneas en las que se pone en juego la implementación de capacidades selectivas; la valoración comporta la utilización de una estrategia selectiva respecto de la realidad. Valorar algo significa quitar valor a otra cosa, seleccionar algo, significa excluir otras posibilidades. La vida social esta fundamentalmente hecha de actos selectivos. Podríamos afirmar: esta hecha de actos decisionales. Seleccionar de la multiplicidad de posibilidades un aspecto como relevante, es establecer una prestación decisional, la cual resulta de un balance entre lo que se descarta y lo que se acepta o afirma.

Similar procedimiento al que realizan los actores sociales en sus concretos procesos de interacción es el que realiza la ciencia; también en este caso estamos frente a una operación selectiva, solamente que aquí se trata de una operación deliberada y por lo tanto controlada metodológicamente.

El primer paso de la estrategia conceptual tiene que ver con la construcción del objeto de investigación, paso crucial que supone la elaboración de un punto de vista significativo; aspecto que hace referencia a la conformación del objeto de conocimiento, la delimitación del aspecto relevante de la realidad que quiere ser llevado a conceptos.

Al no existir una legalidad intrínseca a la realidad social, al no poseer ésta un sentido inmanente y al estar compuesta de una diversidad creciente de contextos de experiencia, la heterogeneidad valorativa se conforma como estructura portante de los procesos de reproducción social. La realidad empírica está compuesta de valores diferenciados cada cual portador de una igual prerrogativa de conformación de sentido; al estar conformada de esta manera, la realidad social no posee una propia objetividad; la objetividad, esto es la capacidad de dilucidar los intereses en pugna y constituir de entre esa pugna la afirmación de los valores colectivos o de los intereses colectivos, será tarea exclusiva del conocimiento.

La objetividad se convierte en una meta a alcanzar, en una necesidad a ser resuelta para que la sociedad no degenere en el enfrentamiento heterodestructivo de los valores. Desde este punto de vista, la perspectiva de la ciencia coincide con la perspectiva de la sociedad; ésta desarrolla un tipo de necesidad propia y particular, que es la necesidad cognoscitiva y que solamente la ciencia puede absolver: de la respuesta a este tipo de necesidad dependerá la misma subsistencia de la sociedad como agregación de sentido colectivo.

Si es así, la objetividad cognoscitiva radicaré en la capacidad de elaboración conceptual, en la red conceptual que se pueda establecer para captar las distintas proyecciones y agregaciones de valor que sean significativas; la posibilidad de alcanzar la objetividad del conocimiento científico reposará entonces en la precisión de la estrategia conceptual, ya que las posibles conexiones entre los fenómenos históricos no responden a ninguna legalidad intrínseca a ese desarrollo. “No las conexiones de hecho entre cosas –nos dirá Weber–, sino las conexiones conceptuales entre problemas están en la base de la labor de las nuevas ciencias”.⁷

Para Weber, hacer ciencia es construir conceptos a partir de puntos de vista que sean significativos. Los puntos de vista significativos son el punto de partida para la construcción de esta red conceptual objetiva; la conformación del objeto de conocimiento tendrá que ver con la delimitación del aspecto relevante de la realidad que quiere ser llevado a conceptos.

Ningún análisis científico ‘objetivo’ de la vida cultural... o de los ‘fenómenos sociales’ es independiente de puntos de vista especiales y ‘unilaterales’, de acuerdo con los cuales éstos –expresa o tácitamente, de manera consciente o inconsciente– son seleccionados, analizados y organizados como objeto de investigación. La razón de ello reside en la especificidad de la meta cognoscitiva de cualquier investigación de ciencias sociales que quiera ir más allá de una consideración puramente formal de las normas legales o convencionales de la convivencia social.⁸

Un segundo aspecto en el desarrollo de la estrategia conceptual tiene que ver con la complejidad de los actos selectivos, en especial en lo referente a la aprehensión o comprensión de aquello que es relevante en

7. Cf. M. Weber, *La objetividad cognoscitiva...* p. 57

8. Cf. *La objetividad* p. 61.

términos sociales y que puede por lo tanto constituir el objeto de investigación. La inexistencia de una lógica intrínseca a la realidad, deja en manos del procedimiento metodológico la posibilidad de imputar o definir aquello que es relevante, por lo tanto deposita en el procedimiento metodológico toda la capacidad selectiva. Este aspecto podría desviar hacia campos de arbitrariedad en la imputación selectiva, si se parte de una comprensión extremadamente subjetivista en el procedimiento metodológico. Si bien estamos frente a una operación subjetiva por excelencia, la posible arbitrariedad se corrige en el proceso, en cuanto la relevancia del material significativo seleccionado guarde relación con las características del campo empírico, que es aquel que valida o invalida la selección operada inicialmente de manera hipotética. Lo que está en juego son las dimensiones significativas de la acción, las cuales poseen un carácter de individualidad en el sentido de su unicidad e irrepetibilidad, pero alcanzan una dimensión de universalidad o generalidad en cuanto los fenómenos estudiados asumen o no una pertinencia colectiva.

La descripción de la complejidad del campo de conocimiento para la ciencia social no puede ser más radical; Weber describe la realidad social como la de un universo en permanente modificación, inserto en una dinámica de transformación incesante que obliga a la elaboración conceptual a conformarse en términos de una extremada contingencia y de una flexibilidad extrema: "... tan pronto como tratamos de reflexionar sobre la manera como se nos presenta inmediatamente, la vida nos ofrece una multiplicidad infinita de procesos que surgen y desaparecen, tanto 'dentro' como 'fuera' de nosotros mismos".⁹

La realidad es inaferrable, no solamente por la multiplicidad infinita de elementos causales que están interviniendo en los fenómenos, sino porque estos cambian en sus combinaciones posibles; la aproximación cognoscitiva es una aproximación individual y por ello, contingente y *finita*, al tiempo que es relativa en cuanto responde a la particularidad del punto de vista del investigador o científico. La actividad investigativa y la construcción de conceptos enfrenta esta complejidad, la aproximación metodológica tiene que ver con la manera en la cual ese caos valorativo impresiona la capacidad cognoscitiva, el interés cognoscitivo del investigador y del científico.

La relación que el investigador establece con la realidad social es de particular relevancia en cuanto a través de ella se juega el mismo proce-

9. Ibid, p. 61.

so de constitución del conocimiento y de su función constitutiva de la realidad social. Esta se conforma gracias al proceso cognoscitivo; antes de entrar en él, se trata de una agregación confusa de material empírico que está potencialmente, y sólo potencialmente, dispuesta a constituirse en sentido. De esta relación constitutiva surgen los siguientes pasos en la construcción de la estrategia conceptual: un determinado interés de conocimiento agrupa aspectos relevantes, selecciona del caos relaciones significativas, construye posibles agregaciones o constelaciones de sentido posible; pero esta constelación o agregación significativa en la que se agrupan estos factores se da gracias a la relevancia que asumen respecto de nuestra particular capacidad de otorgarles sentido.

Aparece ya en este planteamiento una inicial formulación de lo que después será la construcción de tipos ideales; éstos se presentan como mediaciones que relacionan la capacidad selectiva del investigador, del científico, y la constelación de hechos empíricos; una determinada conexión de hechos, eventos, o acontecimientos formulados simbólicamente, que cobran sentido en base a la intervención cognoscitiva y que se vuelven, gracias a ella, un fenómeno cultural históricamente significativo. El conocimiento no solamente que asume una dimensión fundante respecto de la realidad social, sino que se constituye en una necesidad que posee una propia lógica inmanente que la conduce a la búsqueda incesante de su satisfacción, la misma que se constituye como sentido. La realidad caótica genera en su interior una lógica que la conduce hacia el sentido, y este se constituye gracias al conocimiento, el cual responde a intereses selectivos que son los que se afirman; Weber dice: "La circunstancia de que ciertos elementos individuales de la realidad sean escogidos como objetos de análisis se funda solamente en referencia a que responden a un correspondiente interés."¹⁰

Las estrategias cognoscitivas, las estrategias conceptuales, son formas a través de las cuales las necesidades sociales tienden a ser satisfechas. La elaboración de conceptos se presenta como actos selectivos de naturaleza crítica, suponen operaciones de flexibilidad que van más allá de los actos selectivos espontáneos o de las valoraciones espontáneas que se producen en la realidad social. La conformación de conceptos es también una forma de valorar la realidad, pero se diferencia de la valoración espontánea propia de los actores sociales en cuanto está añadida allí una dimensión de crítica valorativa que hace que sea una valoración autoreflexiva, por lo tanto una valoración "científica", y es científica

10. Ibid, p.....

porque procede mediante aproximaciones y validaciones empíricas controladas metodológicamente.

Un tercer paso en la estrategia de formación de conceptos tiene que ver con los límites intrínsecos en la capacidad de aprehensión cognoscitiva, límites que refuerzan la tesis del perfeccionamiento de las prestaciones selectivas en el proceso metodológico. La realidad no puede ser pensada en su totalidad sino en una parte limitada o finita, porque la realidad es infinita, es una infinitud. "El fragmento de realidad pensado en aquellos conceptos" dice Weber, para hacer referencia a este tipo de limitación. "Únicamente una pequeña parte de la realidad individual considerada en cada caso, está coloreada por nuestro interés, condicionada por aquellas ideas de valor".¹¹

El mundo empírico se presenta como un mundo gris que recibe color solo por nuestra capacidad de valorar o dar sentido. Un mundo oscuro, infinito, que no se detiene, que ofrece una imagen de permanente alteración de formas, de confusión de sentidos, alimentado por una pugna entre una multiplicidad cada vez más creciente de intereses. El planteamiento evoca la formulación durkheimiana del incremento de densidad moral como ampliación de los puntos de vista subjetivos, como generalización y difusión ampliada de la capacidad de representación y de simbolización de la sociedad.

En una primera aproximación, todo se presenta gris, borroso; nada tiene un sentido inmediatamente percibible, todo es sin sentido, aunque cada valoración es una construcción legítima y bien sustentada por parte de cada actor social. Para el científico que se acerca a conocer, valen todos los puntos de vista, pero para el actor que está inmerso o condicionado por la compulsión de su reproducción, solamente su punto de vista tiene interés y valor, es legítimo; los otros puntos de vista pueden ser aceptables pero no son plenos como lo son para cada actor, allí está la complejidad y oscuridad de la realidad social.

La reducción conceptual de la complejidad social

Weber desarrolla, en base a esta elaboración, las perspectivas de científicidad que eran dominantes en el clima intelectual neokantiano de su época; en particular adopta y hace suya la perspectiva rickertiana del

11. Ibid, p. 75.

constructivismo metodológico por el cual el conocimiento se asemeja a la construcción de un filtro de procedimientos metodológicos por medio del cual la multiplicidad caótica de la realidad que ingresa por el un extremo, sale por el otro modificada, construida como una segunda realidad poseedora ésta sí de un sentido que organiza el caos inicial o de partida.¹²

El cambio o la modificación epistemológica es crucial, en especial respecto de las formulaciones del empirismo y del positivismo, en cuanto desde esta perspectiva el dato de la realidad es mudo y adquiere voz solamente en base a la capacidad selectiva del investigador y del científico; estamos frente a una lógica constructivista por medio de la cual los datos se presentan como una materia dispuesta a ser trabajada, a ser justamente construida. El papel del conocimiento cambia radicalmente, desde una posición pasiva de mero registro de la realidad, hacia una dimensión activa; la realidad se construye gracias a la intervención del concepto que la delimita y le da forma.

Weber rompe con la metafísica; el conocimiento no será un mero registro empírico de datos; no existen leyes del conocimiento que estén preconstituidas a la interacción entre quien conoce y lo que se deja conocer. Los conceptos son fragmentos de realidad que están siendo pensados gracias a operaciones selectivas;¹³ mediante estas operaciones selectivas de construcción de conceptos, la complejidad *infinita* de la realidad social se reduce, la operación selectiva permite captar las indicaciones de sentido que están presentes de manera confusa en la realidad.

12. A. Cavalli resalta con claridad la extrapolación que realiza Weber del planteamiento rickertiano; "De Rickert Weber deriva aquello que lo hace más kantiano: la idea de que la realidad es caótica (heterogenes Kontinuum) y que la referencia a los valores sirve para poner orden en ese caos. Algunas características de la realidad empírica se elevan de esta manera por encima de la acumulación indiferenciada de los hechos ya que están investidas unilateralmente de la luz que emana de nuestras ideas de valor. Solamente esta unilateralidad permite que la realidad adquiera un perfil, y se otorgue orden a las cosas. El orden es sin embargo puramente pensado, no está inscrito en la realidad empírica, sino que se construye con una operación que parte del sujeto cognoscente", cf. A. Cavalli. "La función de los tipos ideales y la relación entre conocimiento histórico y sociológico", en *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Einaudi, Torino, 1981. pp 34-35

13. Operaciones selectivas que responden a los particulares puntos de vista del investigador, Weber dice: "Sin ideas de valor del investigador no existiría el principio de selección de material, su labor estaría orientada por la dirección de su fe personal, por la refracción de los valores en el prisma de su alma. Esta interacción interpretativa y donadora de sentido que significa el trabajo científico". Ibid, p. 71.

El conocimiento no se reducirá a la aplicación de conceptos sino que tendrá que ver con la misma construcción de conceptos, esta se constituirá en la diferencia fundamental respecto de las aproximaciones metafísicas. Las ciencias sociales desechan las construcciones previas y construyen el concepto. El problema de fondo consistirá en permitir que la realidad se articule en concepto: el científico social es una especie de *medium* o instrumento que permite que la realidad se auto reconozca, se autoconozca y logre tener conciencia de sí.

Cuando en un proceso investigativo se define un marco teórico, no se hace referencia a un cuerpo sistemático de conocimientos que se utiliza para aplicar a la realidad y validar lo que dice la teoría: en lugar de esa teoría general, se construye una 'teoría de alcance medio' que se desprende de la realidad bajo la forma de un conjunto de hipótesis, las cuales cumplen una función de simulación y de proyección ideal. En base a esta operación, se ubican los elementos fundamentales para explicar el 'sentido de movimiento' de la realidad: es una construcción ideal-pura, que permite medir si la realidad estudiada se comporta de acuerdo al campo hipotético definido. Lo que hace de esta operación un proceso de conocimiento es la continua verificación que se establece entre la construcción típica ideal y la realidad tal como se desenvuelve efectivamente; esto permitirá modificar la realidad, o falsear y alterar la constelación de conceptos.

Dominar mentalmente la complejidad social, pues lo que hace la ciencia social no es sino eso y el conocimiento no será otra cosa que este dominio que se ejerce sobre la complejidad social.¹⁴

La estrategia conceptual define una perfecta lógica de racionalización de la realidad social. Este dominio mental es un instrumento práctico para controlar la realidad, pues la complejidad se reduce gracias a esta constelación conceptual; los conceptos, absorben esa complejidad; de esta manera, se produce un proceso de reducción de complejidad a través de la generación de una 'complejidad de otro tipo', de una complejidad conceptual. Se trata sin embargo de un proceso de reducción de complejidad siempre inacabado y contingente, ya que una reducción completa o total de complejidad es imposible; siempre permanece una parte no cognoscible de la realidad, una parte que aún es proyección y que ni siquiera surge aún como para ser llevada a conocimiento conceptual; la ciencia se queda corta frente a la infinitud de posibilidades que

14. Ibid p 76.

encierra la realidad social. Un proceso cognoscitivo como el descrito, permite, eso sí, que la extrema diversidad constitutiva de la realidad social se presente como un campo posible de articulación y no como un caos inconmensurable.

De esta manera, Weber completa la definición de su estrategia conceptual; los conceptos y la teoría son elementos de la realidad que han sido rescatados por alguien que valora, es decir, por una entidad humana que conoce; conocer es valorar solamente en esta acepción, es construir o ensayar un sentido posible para la realidad. El concepto trabaja sobre ese terreno que Durkheim ya definió como constitutivo de la realidad social y que está compuesto de una lógica permanente y espontánea de simbolización y representación; la construcción conceptual implica una transformación de la representación espontánea, es crítica de valores, y a través de esta crítica, es transformación de la representación espontánea.

Weber otorga, de este modo a la estrategia conceptual un doble estatuto; por un lado los conceptos asumen una importancia cardinal al constituirse como verdaderas 'tablas de salvación' en el caos ilimitado de la realidad, instancias portadoras de sentido para la sociedad vista como colectividad; por otro, los conceptos asumen una función instrumental de orientación para los actores sociales, los cuales se sirven de éstos para mejorar sus propias prestaciones reproductivas; en esta segunda acepción, los conceptos se presentan como instrumentos para resolver problemas y para reducir la complejidad del mundo.

El tipo ideal

La estrategia conceptual Weberiana arriba a un punto culminante al definir el concepto de tipo ideal; éste se convierte en el instrumento cognoscitivo por excelencia en el campo de las ciencias sociales, el único que puede permitir captar las dimensiones peculiares de la acción social, en el cuadro de los distintos condicionamientos históricos e institucionales. En el concepto de tipo ideal se vuelve concreta y palpable la función de simulación analógica que realiza el conocimiento respecto de la realidad social; su construcción como concepto, nos remite a la intelección por contraste del fenómeno de la construcción de representaciones sociales, las cuales se presentan como dimensiones valorativas. Weber elabora los tipos ideales de la misma manera como

procede el fenómeno de la construcción de representaciones y valoraciones.

La formación de los tipos ideales se presenta como reelaboración del proceso espontáneo de construcción de ideales o significaciones que hacen los hombres sobre la realidad. Los ideales dominan a los hombres, estos orientan sus actos gracias a las representaciones que realizan respecto de sí mismos y de su entorno. La ciencia social se orienta a la comprensión de las representaciones, las mismas que están por detrás de los actos que generan los fenómenos sociales. La idea de la crítica valorativa, como paso constitutivo en la elaboración de los tipos ideales, no es otra cosa que la desconstrucción y reconstrucción analítica de esos ideales.

La definición de los tipos ideales pasa por un esclarecimiento previo; Weber se mueve en dos registros que evidencian un doble nivel de abstracción, una 'doble utilidad': por un lado, el tipo ideal se presenta como un punto de referencia instrumental para el conocimiento; por otro, refleja un rasgo o carácter particularmente significativo del comportamiento subjetivo que se quiere aprehender. El tipo ideal es el mejor instrumento para orientar el conocimiento de las interacciones subjetivas y de las construcciones valorativas; por ello, supone la búsqueda de aquellas dimensiones de valor que mejor apuntan a la construcción de sentido o a la 'imputación de sentido' que persiguen las acciones sociales; y que se vuelven inteligibles y comprensibles gracias justamente a estos instrumentos conceptuales.

La relación causal entre la idea históricamente verificable que gobierna a los hombres y aquellos elementos de la realidad histórica a partir de los cuales es posible abstraer el tipo ideal correspondiente puede, como es natural, configurarse de maneras muy diversas. Sólo cabe establecer, en principio, que ambas cosas son fundamentalmente distintas. Ahora bien, en este punto se impone la segunda consideración: aquellas "ideas" mismas que gobiernan a los hombres de una época, esto es, que operan en ellos de manera difusa, solo pueden ser aprehendidas a su vez con precisión conceptual –en cuanto se trata de formaciones conceptuales algo complicadas– bajo la forma de un tipo ideal, porque ellas alientan en las cabezas de una multitud indeterminada y cambiante de individuos y experimentan en ellos las más variadas gradaciones de forma y contenido, claridad y sentido.¹⁵

15. Cf. M. Weber op cit. p. 85

Como ha sido destacado, Weber retoma de Jellinek la formulación del “tipo ideal”;¹⁶ la denominación de ‘tipo’, o la más elaborada de ‘tipología’, indica la selección de aquellos aspectos de regularidad o de repetibilidad que caracterizan a un fenómeno en su individualidad, entendida como su ‘carácter propio’ o su ‘originariedad’; mientras la noción de ‘ideal’ hace referencia tanto a su ‘no existencia en el ámbito de la realidad’, como a su ‘proyección utópica’, a la prefiguración de su realización efectiva como concreción de sus potencialidades. La construcción del tipo ideal apunta a absolver el requisito previo de la delimitación del objeto de conocimiento, como selección en el campo empírico de aquellos aspectos que revisten una regularidad u homogeneidad, para realizar luego con ellos, un tratamiento metodológico que permita su explicación o validación efectiva, en base a una precisa ‘imputación causal’. La proyección utópica que encierra la formulación ‘típica-ideal’ hace referencia a su posibilidad lógica de realización y no solamente a su proyección normativa; en ese sentido, el tipo ideal es un referente para ilustrar las efectivas condiciones empíricas de realización de los ideales que componen las acciones sociales; en qué medida se acercan al ‘esquema’ o ‘cuadro ideal’, en qué medida se alejan. El conocimiento será la resultante de esta ‘imputación causal’, que es aquella que define el grado de acercamiento o alejamiento de la realidad respecto de la construcción ‘típica ideal’¹⁷.

En cuanto ‘esquema’, ‘cuadro ideal’ o ‘construcción lógica’, el tipo ideal deberá elaborarse respetando los procedimientos formales de toda operación convencional, deberá tratarse de una formulación claramente inteligible, que demuestre una vinculación efectiva entre polaridades como son el ‘ser efectivo’ y el ‘deber ser’, el ‘entender’ y el ‘experimentar’. Si bien Max Weber nunca elaboró una definición sistemática del concepto de tipo ideal, encontramos en su célebre ensayo sobre *La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social*, del

16. Jellinek utiliza esta denominación en el *Allgemeine Staatslehre*. Al respecto Cavalli resalta la utilización puramente terminológica que Weber hace de dicha denominación: “Jellinek distingue entre tipos ideales y tipos empíricos, donde los primeros son objetos de fe y no de conocimiento, mientras los segundos se formulan de acuerdo a un procedimiento inductivo. La deuda de Weber respecto de Jellinek es entonces puramente terminológica”. Cf. A. Cavalli, op. cit, p.50.

17. Se trata entonces de una doble conformación en lo referente al carácter ‘ideal’ de la construcción tipológica; una elaboración normativa, en cuanto se trata de una articulación que se presenta en el campo empírico como referencia para la acción, constituyéndose por tanto de afirmaciones valorativas; y una conformación lógica en cuanto se presenta como construcción abstracta que proyecta su realización ideal ya no como aspiración sino como pura posibilidad lógica.

1904, seguramente su formulación más completa: “Constituye éste un cuadro conceptual que no *es* la realidad histórica, al menos no la “verdadera”, y que mucho menos está destinado a servir como esquema *bajo* el cual debiera subsumirse la realidad como *especimen*, sino que, en cambio, tiene el significado de un concepto *límite* puramente ideal, respecto del cual la realidad es *medida y comparada* a fin de esclarecer determinados elementos significativos de su contenido empírico”.¹⁸

Se trata entonces de una representación construida ex-profeso, que se articula lógicamente como un ‘conocimiento ideal’, el cual demuestra poseer una conformidad de carácter lógico-racional con una determinada situación empírica; esta construcción nos permite establecer la diferencia entre la acción ideal, ‘o cómo debería ocurrir’ de acuerdo a la prefiguración lógica, y la acción cómo ocurre ‘de hecho’. Se trata pues, de una simulación ideal, respecto de la cual la realidad efectiva se mide en su diferencia efectiva hacia ella. Esto significa que respecto de la realidad empírica el tipo ideal tiene una validez relativa en cuanto no es ‘la realidad objetiva’, sino su dimensión especular; lo que lo dota en cambio de un gran valor ‘eurístico’ para orientar la investigación siempre y cuando sea utilizado como concepto para medir y comparar la realidad respecto de él.¹⁹

Weber introduce otra distinción significativa, aquella que tiene que ver con el sentido intencional de los actos y de las construcciones ideales o valorativas; establece una distinción entre la acción real empírica la cual acontece en la ‘semi-inconciencia’ de su sentido intencional; las acciones en la vida cotidiana son por lo general ‘habitudinarias’ e ‘instintivas’, proceden con una espontaneidad no controlada conscientemente;

18. Cf. M. Weber *La objetividad cognoscitiva...* p. 82.

19. Weber se remite al concepto de cristianismo para evidenciar el carácter problemático de la construcción conceptual: “Aquellos elementos de la vida espiritual de los individuos de una época determinada de la Edad Media, por ejemplo, que podemos caracterizar como el “cristianismo” de esos individuos, si pudiésemos exponerlos en toda su plenitud, se convertirían naturalmente en un caos de conexiones de pensamientos y de sentimientos de toda índole, sumamente contradictorios y diferenciados hasta lo infinito, a pesar de que la Iglesia de la Edad Media pudo establecer, en un grado particularmente elevado, la unidad de la fe y de las costumbres”. El historiador o el investigador construyen de esa infinidad de datos o versiones discursivas un determinado orden u orientación que sigue siendo relativo a su particular punto de vista; otros ordenes argumentativos también son posibles; por ello, se deberá establecer una “nítida distinción entre la referencia lógico *comparativa* de la realidad a *tipos* ideales en sentido lógico, y el *juicio* valorativo acerca de la realidad a partir de *ideales*..”. Esta operación, “constituye un deber elemental del autocontrol científico y el único medio de evitar sorpresas”. Pp. 87-88.

frente a esta lógica de la acción, los tipos ideales proceden elaborando sus conceptos mediante la explicación de su posible sentido intencional, 'como si' la acción procediera de manera orientada conscientemente.²⁰

Establecidos los límites conceptuales del tipo ideal, la preocupación gira hacia los procesos de validación y de control metodológico; en primer lugar, para evitar que el tipo ideal pueda ser concebido como juicio de valor o pueda ser visto como tal: "Un 'tipo ideal', en nuestro sentido es, insistimos en esto, algo por entero diferente a cualquier juicio *valorativo*, y nada tiene que ver con una 'perfección' que no sea puramente *lógica*."²¹ De igual forma, el énfasis viene puesto en los procesos de validación empírica de los tipos ideales; esta nada tiene que ver con una supuesta correspondencia lineal con los hechos empíricos, los conceptos no calcan la realidad, la sociología no es sociografía; los tipos ideales cumplen una función de referentes que orientan el conocimiento de los procesos reales, por lo tanto, su eficacia consistirá en cumplir adecuadamente esta función de orientación para el conocimiento.²²

Causación adecuada y posibilidad objetiva

Se llega de esta manera al tema de la 'imputación causal', o de la determinación de las causas de los fenómenos histórico-sociales. Si no existe una correspondencia lineal entre las elaboraciones conceptuales y la realidad empírica, ¿de qué manera los conceptos típicos ideales pueden ser útiles para establecer dimensiones causales de los fenómenos socio-históricos? Si la causalidad es el recurso propio de la ciencia para la explicación y la comprensión de todo fenómeno, ¿cómo puede entenderse la causalidad en el caso de las ciencias histórico sociales? Si no existe una legalidad ínsita a los fenómenos sociales e históricos, si la

20. Este aspecto ha sido resaltado con claridad por F. Ferrarotti; "Es claro que para Weber la acción efectivamente consciente es un caso límite. Por ello es tarea de la sociología elaborar sus conceptos mediante la explicación y la clasificación del posible sentido intencional, como si la acción procediera de hecho en forma conscientemente orientada." Cf. F. Ferrarotti, "Max Weber: hacia la autonomía del juicio sociológico", *Quaderni dello Istituto Universitario di Scienze Sociali*, Trento, 1965, p. 89.

21. *Ibid.*, p. 88.

22. "...en efecto —dice Weber— no se puede decidir *a priori* si se trata de un puro juego conceptual, o de una elaboración conceptual científicamente fecunda; también aquí hay un solo criterio, y este es el de la eficacia para el conocimiento de concretos fenómenos culturales en sus conexiones, en sus condicionamientos causales y en su *significación*. No como fin, sino como *medio* está considerada aquí la formación de tipos ideales". Cf. *La objetividad...* p. 81.

misma realidad empírica no está condicionada por ningún sentido inmanente, si no existe ninguna legalidad que ordene el devenir del mundo, ¿qué espacio queda para la explicación causal?

La elaboración weberiana llega seguramente a su dimensión de mayor complejidad. ¿Cómo establecer elementos causales que expliquen el proceso histórico, que permitan su comprensión, en un contexto de virtual ausencia de sentido o de confusión valorativa? Si ese sentido existiera, la tarea de la ciencia consistiría en describirlo; al estar ausente, la tarea científica consiste en constituirlo; el conocimiento es constitutivo de sentido, para lo cual debe proceder a encontrar-conformar conexiones de sentido que en un primer lugar consigan introducir 'órdenes posibles' en un material empírico que no posee una articulación inmanente. Esta operación es un procedimiento selectivo en el cual entra en juego una particular proyección intencional de quien se apresta a conocer: "Solo determinados *aspectos* de los fenómenos individuales siempre infinitamente múltiples –es decir, aquellos a los cuales atribuimos *significación cultural general*– son por lo tanto dignos de ser conocidos y solo ellos son objeto de explicación causal".

Dada la heterogeneidad y complejidad del mundo social, es imposible dentro de la perspectiva de Weber comprender la existencia de una totalidad conceptual, de un sistema conceptual que abarque absolutamente todos los fenómenos; al no existir esta posibilidad es también imposible encontrar una causalidad última a los fenómenos sociales e históricos. Sin embargo, la ciencia social, como toda ciencia, se mueve en base a explicaciones causales; entonces, ¿cómo entender esta relación respecto de las causas explicativas de los fenómenos sociales? A través de la construcción de una constelación conceptual que se constituye como un campo hipotético provisional, que actúa como dimensión referencial, campo o dimensión que está construido para, a través de él, acceder a la explicación de la realidad y de los fenómenos sociales.

Si queremos hablar de causalidad en las ciencias sociales, debemos readecuar nuestro propio campo de comprensión sobre la causalidad. La causalidad es posible y necesaria, a condición de renunciar a la búsqueda de causas últimas generales, sino solamente a conexiones hipotéticas; las hipótesis que hemos construido se convierten en elementos causales explicativos de los fenómenos, a condición de que se ingrese en un proceso de prueba y validación que implica la necesaria confrontación entre la realidad escogida para ser estudiada y la constelación conceptual hipotética que hemos diseñado previamente. La correlación

causal hay que establecerla entre estas hipótesis iniciales, o este conjunto de conceptos y la realidad. Cuando nos interrogamos por las causas no nos estamos remitiendo a la búsqueda de leyes generales, sino de conexiones causales concretas y específicas.

Al ser un conjunto de hipótesis y conceptos creados ad-hoc para la comprensión de un fenómeno específico, estamos apartándonos de la modalidad tradicional con la que la ciencia natural concibe el tema de la causalidad, es decir, la búsqueda o elaboración de leyes universales, las cuales se presentan como cristalización de efectivas condiciones o atributos de la realidad. Desde la perspectiva de Weber, los conceptos y la teoría se convierten en medios o instrumentos a través de los cuales comprendemos la realidad. El conocimiento no hace parte de una función orgánica natural sino que se conforma como una estrategia compleja, artificial, de elaboración de ideas sobre el mundo.

Las hipótesis y conceptos están ahí para ser falseados, para servir de referentes y poder mirar cómo la realidad se desenvuelve, porque la realidad no posee en sí un sentido inmanente. Las leyes por tanto serán concebidas como artificios conceptuales que se convierten en referentes para dar cuenta de la especificidad de determinados fenómenos exclusivamente.

Weber introduce otra argumentación que desarma cualquier 'pretensión naturalista' en la búsqueda de las causas últimas. Los fenómenos sociales están determinados por una infinitud de causas cuya intelección está condicionada por limitaciones intrínsecas a toda aproximación cognoscitiva; siempre será limitada nuestra capacidad de inteligir las distintas posibilidades combinatorias que están en la base de los fenómenos sociales, por lo cual el "... regreso causal *exhaustivo* desde cualquier fenómeno concreto a su realidad *plena*, no solamente que es imposible en la practica sino sencillamente disparatado". La causación posible es *infinita* por lo cual "... sólo determinamos aquellas causas a las que son *imputables* a nivel individual los componentes esenciales del acontecimiento".²³

La operación selectiva es de las dimensiones causales de un fenómeno, pero es también del mismo fenómeno que se quiere estudiar, el cual tiene una significación particular desde la perspectiva de valor del observador y del científico; por lo cual la validación y la imputación cau-

23. Ibid, p. 68.

sal, tendrá que ver con la 'relevancia significativa' del fenómeno escogido y en ella de las dimensiones causales posibles, las cuales se presentan como hipótesis o como posibilidades de realización. La realización efectiva será presentada como 'imputación causal', la cual resultará de una adecuación fenoménica en la cual ha participado activamente la construcción del cuadro ideal típico. Si la realización efectiva no acontece, ello indicará que la selección hipotética causal no ha sido adecuadamente realizada, los elementos causales no han demostrado pertinencia efectiva, lo cual conducirá a modificar el cuadro hipotético y la misma construcción conceptual hasta el punto de lograr una adecuada congruencia entre el plano conceptual y el plano de la realidad empírica.

Weber advierte cómo, entre el cuadro conceptual construido convencionalmente y las ideas de valor que conforman la dimensión empírica, tiende a crearse una línea de confluencia; la realidad empírica busca el concepto como única posibilidad de sentido, y el concepto busca en la realidad empírica la validación de su proyección ideal. Es esta confluencia necesaria la que deberá mantenerse en su diferenciación, y la diferenciación controlada metodológicamente permitirá el progreso del conocimiento y el perfeccionamiento de la realidad como construcción de sentido.

Existe entonces una particular modalidad de causación propia de las ciencias histórico-sociales, la cual es perfectamente convencional y funcional a los intereses cognoscitivos y constitutivos de la realidad social. No se trata de una causación a imagen de las ciencias naturales;²⁴ al contrario, en las ciencias sociales o de la cultura, la construcción de un saber nomológico es y será siempre relativo a la estrategia selectiva adoptada, que es aquella que preside el proceso cognoscitivo; se tratará de la construcción de leyes que tienen pertinencia relativa al cuadro conceptual establecido y no hacen referencia a condiciones naturales que pretendan validez absoluta.

En cuanto se trata de la individualidad de un fenómeno, la pregunta por la causa no inquiere por leyes sino por conexiones causales concretas; no pregunta bajo qué fórmula ha de subsumirse el fenómeno como

24. La discusión sobre las diferencias entre los procedimientos de las Ciencias Naturales y los procedimientos de las llamadas Ciencias del Espíritu ocupó gran parte del debate metodológico del historicismo alemán, el "Methodenstreit" donde aparecen como particularmente relevantes las posiciones de Dilthey, Windelband y Rickert. Sobre el tema cf. Roversi A. "Introduzione" a Max Weber "Saggi sulla dottrina della scienza", De Donato, Bari 1980, pp. VII-XXII.

*especimen, sino cuál es la constelación individual a la que debe imputarse en cuanto resultado: es una cuestión de imputación.*²⁵

La construcción de leyes y el conocimiento de las causas no puede ser el fin de la investigación sino sólo un medio. En el caso de las ciencias de la cultura, no existen leyes generales, y sus elaboraciones serán construcciones vacías; los conceptos tienen que estar –en el caso de las ciencias sociales– totalmente adheridos a la realidad de la cual provienen. Cuanto más generales y abstractas sean las leyes tanto menos pueden contribuir a la imputación causal de fenómenos individuales y a la comprensión de la significación de los procesos culturales;²⁶ “...para las ciencias naturales exactas, las ‘leyes’ son tanto más importantes y valiosas cuanto *más universalmente válidas*. Para el conocimiento de los fenómenos históricos en su condición concreta, las leyes más generales son por lo común también las menos valiosas, en cuanto las más vacías de contenido”.²⁷ En lugar de leyes generales –en el sentido de las ciencias naturales– nos referiremos a conexiones causales adecuadas. Hay una posibilidad objetiva de demostración de esa causalidad entre los conceptos que elaboramos o las hipótesis que hemos elaborado y la realidad.

Dicha demostración o congruencia acontece si la imputación causal del campo conceptual construido obedece a la significación cultural que éste demuestra de manera efectiva en la realidad empírica; la imputación causal del fenómeno en sí, deberá construirse en base a una adecuada congruencia entre causas y efectos del fenómeno; en qué medida un efecto concreto obedece a una causa específica, o a un conjunto delimitado de causas; partiendo del supuesto de que siempre existe una infinidad de dimensiones causales, que están afectando al evento espe-

25. Cf. *La objetividad...* p. 68.

26. Al igual que existe una analogía entre los procesos espontáneos de valoración y los procedimientos metodológicos de construcción conceptual; Weber establece una analogía entre las ciencias que estudian la sociedad y las ciencias de la cultura. “La realidad empírica es para nosotros ‘cultura’ en cuanto la relacionamos con ideas de valor, abarca aquellos elementos de la realidad que mediante esa relación se vuelven *significativos* para nosotros, y *sólo* esos. Únicamente una pequeña parte de la realidad considerada en cada caso está coloreada por nuestro interés condicionado por aquellas ideas de valor, ella sola tiene significación para nosotros, y la tiene porque exhibe relaciones para nosotros importantes a causa de su ligazón con ideas de valor...” Weber define la cultura como una ‘sección finita de la infinitud sin sentido del devenir del mundo a la cual se le atribuye significado desde el punto de vista del hombre’. En base a esta definición, toda acción de reproducción social es cultural, en cuanto supone la estipulación de actos selectivos que atribuyen sentido y significado al mundo. Cf. *La objetividad...* p.66

27. Cf. *La objetividad...* p.69

cífico. Se trata entonces, de imputar causalmente sólo aquellos aspectos que desde un determinado punto de vista, que es el que operó la selección, poseen un 'significado universal'; la operación selectiva continúa a través de un proceso de abstracción que combina el aislamiento de las dimensiones causales específicas y la búsqueda de la mayor dimensión de universalidad del efecto alcanzado, respecto de la significación del fenómeno escogido para su análisis. Los elementos aislados serán aquellos 'causalmente relevantes', y guardarán pertinencia respecto de los 'efectos esperados' o 'posibles'. Weber en sus *Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura* de 1906, introduce las categorías de 'causación adecuada' y 'posibilidad objetiva' para ilustrar justamente este proceso de imputación causal.²⁸

El énfasis puesto en el proceso selectivo ahora es mayor; dada la infinidad de posibles elementos causales, se deberá establecer la relación causa-efecto solamente en referencia al punto de vista o a la conexión de sentido que está siendo puesta bajo examen; un fenómeno tendrá una diversidad de posibles explicaciones causales y ello dependerá del perfil de la realidad que se quiera iluminar; por tanto, de la correspondencia con la selección de las conexiones de sentido que se quieren conformar cognoscitivamente, de la correspondencia con el interés cognoscitivo que ha preseleccionado el material de análisis:

La posibilidad de la selección entre la infinidad de los elementos determinantes está condicionada ante todo por el tipo de nuestro interés (...) explicar causalmente y 'reproducir' por completo la totalidad de sus cualidades individuales sería una tarea, no sólo imposible de hecho, sino absurda por principio. (...) interesa exclusivamente, en cambio, la explicación causal de aquellos 'elementos' y 'aspectos' del acontecimiento respectivo que bajo determinados puntos de vista, revisten 'significación general', (...) del mismo modo como en los exámenes del juez no entra en consideración el curso singular total del hecho sino solo los elementos esenciales para su subsunción bajo las normas.²⁹

28. Es significativo que Weber hable de imputación causal y no de demostración causal.

29. Es muy ilustrativa la analogía que Weber establece con el procedimiento en el campo de la criminalística; "...del mismo modo como en los exámenes del juez no entra en consideración el curso singular total del hecho sino sólo los elementos *esenciales* para su subsunción bajo las normas. Ni siquiera le interesa —prescindiendo por entero de la infinidad de particularidades 'absolutamente' triviales— nada de aquello que puede resultar de interés para otros modos de consideración, como el de la ciencia natural, el histórico o el artístico: no le interesa que la puñalada mortal 'produjese' la muerte acompañada de fenómenos concomitantes que pudieran revestir interés para el fisiólogo, ni que la posición del muerto o del asesino eventualmente constituya un objeto apropiado para la representación artística, ni si esa muerte ayudó a un 'segundón' infortunado a 'ascender' en la jerarquía de empleos ,

El problema de una adecuada imputación causal tiene que ver, tanto con el proceso selectivo que aísla el fenómeno en estudio, como con la descripción de las conexiones causales efectivas; sin embargo, no será posible la estipulación del conjunto de dimensiones causales ni se podrá tener una definición exhaustiva del fenómeno, porque éste revestirá particulares significaciones, múltiples e infinitas de acuerdo a las opciones de significación que puedan estar en juego. Ello hace que, como resultado del proceso selectivo, se descarten una diversidad de elementos que pueden haber intervenido en la determinación del evento, pero que desde el punto de vista de la orientación investigativa son 'causalmente irrelevantes'. Los procesos selectivos son procesos de abstracción que aíslan de la infinidad de elementos constitutivos del fenómeno sólo aquellos que revisten particular significación en cuanto dimensiones causales. Esta operación selectiva de abstracción prosigue en la construcción de 'modelos imaginarios' que no son otra cosa que dimensiones hipotéticas a través de las cuales se establece una proyección o simulación de un comportamiento posible, el cual dependerá de la introducción de una o varias variables significativas, las cuales se presentan como 'condiciones de posibilidad'. Estas ilustrarán, en base a procesos de validación, su pertinencia con procesos 'efectivamente reales'.

Se trata entonces de procesos de abstracción que recorren una polaridad complementaria; por un lado, tienen que ver con el seccionamiento de la realidad y en ella con la selección de los elementos relevantes que conducen a la caracterización del fenómeno en su individualidad específica; por otro, se trata de procedimientos de generalización en cuanto definen la integralidad del fenómeno estudiado a partir de las preselecciones realizadas. En este trayecto se introduce un momento de particular relevancia que es el de la validación empírica; las 'condiciones de posibilidad' definidas deberán guardar concordancia con comportamientos reales y efectivos relevados empíricamente, los cuales deberán constituirse en efectivas 'reglas de experiencia', las mismas que deberán presentarse conectadas a los demás elementos, los cuales aparecen como 'condiciones efectivas'. Se trata entonces de un 'juego de posibilidades' que se define mediante la construcción de esquemas o

volviéndose de ese modo 'plena de valor' causal desde este punto de vista, o bien si se convirtió en motivo de determinadas ordenanzas policiales, o hasta originó quizás un conflicto internacional, con lo que pasó a ser 'históricamente' significativa. Lo único que interesa al juez es si la cadena causal entre puñalada y muerte está configurada de tal modo, y la actitud subjetiva del autor y su relación con el hecho es tal, que se vuelve aplicable una determinada norma penal." Cf. pp.156-157.

cuadros conceptuales que varían dependiendo de las distintas condiciones que intervengan en la modificación del cuadro preexistente, 'posibles relaciones causales' que se vuelven efectivas en base a su validación o correlación con 'reglas de experiencia' que se expresan como formas de 'saber nomológicas'.³⁰

Las 'reglas de experiencia' sirven para validar las construcciones conceptuales; los elementos previamente seleccionados serán modificados o eliminados y su inclusión o exclusión dependerá de la 'relevancia' que demuestren tener en la conexión causal que define al fenómeno; o sea, en base a combinaciones entre formas de saber ontológicas y nomológicas. A través de esta operación se logra identificar los elementos 'causalmente relevantes', aquellos que definen un tipo de 'causación adecuada' que nos permite establecer una representación 'objetiva' de las conexiones históricas y de las interacciones sociales efectivas.

En esta combinación o conexión causal entra en juego una dimensión teleológica; la causa aparece siempre como medio para el logro de un fin, el cual se presenta como efecto o resultado de la acción. En el campo de las ciencias sociales o ciencias de la cultura, la acción social está siempre orientada teleológicamente, porque apunta a realizar una determinada proyección de sentido. Los actores no reaccionan ante determinaciones causales de manera automática, lo hacen siempre en base a 'orientaciones de sentido'; como vimos anteriormente, incluso aquellos comportamientos aparentemente 'habitudinario' o 'instintivos' responden a algún tipo de economía de significaciones, que puede contener una mayor o menor dosis de reflexividad o de intencionalidad consciente.

La especificidad y autonomía del procedimiento de las ciencias sociales se presenta nuevamente en la misma definición de las dimensiones causales de la acción social y en la estipulación de leyes o regularidades de comportamiento y de acción social. Más que de causas y de leyes del comportamiento social, convendría hablar de 'condiciones' y de 'posibilidades objetivas'. Gracias a estas elaboraciones el principio de causalidad eje de todo procedimiento científico, adquiere un particular

30. Weber distingue entre las formas de saber aquellas referidas al conocimiento de determinados 'hechos históricos', a la cual la denomina 'saber ontológico', saber que es demostrable en referencia a fuentes documentales, mientras el 'saber nomológico' está referido a determinadas reglas de experiencia o a certezas fundadas en el reconocimiento de regularidades de comportamiento, 'extraído de la propia praxis de vida y del conocimiento del modo en que se comportan los otros hombres.' Cf. p. 161.

perfil, los fenómenos específicos ya no serán una demostración ilustrativa de ninguna 'ley general' con validez universal; tampoco serán indeterminadas y relativas agregaciones de regularidades empíricas, serán demostraciones causales rigurosas pero dentro del margen de imputabilidad ofrecido por la construcción conceptual típico ideal. Construcción conceptual que apunta al descubrimiento de la individualidad específica del fenómeno y que por tanto depende de los procesos de selección previos que han orientado la delimitación del cuadro conceptual.

En contraposición al prejuicio naturalista de la construcción de leyes generales a partir del registro de regularidades empíricas, o de la aplicación de conceptos de género universales respecto de los cuales la realidad empírica conocida se presenta como un espécimen remitible a las características de esa legalidad predefinida, la formación de conceptos en el campo social tiene otra finalidad. "...el fin de la formación de conceptos típico-ideales es en todas partes obtener nítida conciencia, *no* de lo genérico, sino, a la inversa, de la especificidad de fenómenos culturales".³¹ La causalidad existe, pero no responde a una ley general que la explique, sino a conexiones significativas específicas que componen el cuadro conceptual ideal; en ese caso, sí podemos hablar de causas específicas, porque apuntan a la comprensión de la individualidad del fenómeno.

El objetivo último de la metodología weberiana consistirá en la comprensión del fenómeno individual; aquí interviene otra acepción o significación del concepto de la individualidad cognoscitiva; si bien las acciones subjetivas están dominadas por construcciones colectivas, por ideales, que son aquellos que realmente mueven o impulsan las acciones y los comportamientos, la especificidad del evento o del fenómeno va a depender de la específica forma de intelección o de interpretación que esa construcción colectiva pueda tener en el hecho individual. Lo que interesa no es la descripción causal detallada de la construcción colectiva para de allí deducir la especificidad del comportamiento subjetivo, sino los mecanismos intencionales que están en las acciones sociales de los individuos referidas a esas construcciones colectivas.

La operación de Weber alcanza su máxima originalidad al liberar o independizar –gracias a la intervención de la ciencia– al individuo de su sujeción a construcciones colectivas que orientan su accionar, pero que también lo atan o lo condicionan en la mayoría de las veces, sin que éste

31. Cf...p.90

tenga una clarividencia suficiente sobre las motivaciones de su accionar. Lo que son construcciones nomológicas espontáneas 'regularidades normativas' que están orientando las acciones sociales, pasan, gracias a esta operación metodológica, a cumplir una función instrumental en el proceso efectivo de conocimiento de las motivaciones de la acción. El individuo encadenado a su mundo de representaciones, puede finalmente relacionarse a ellas con la autonomía suficiente como para conocer la verdadera intencionalidad que se esconde en sus actos, y de esta manera modificar a su vez el sentido de las construcciones colectivas que lo condicionan.

Bibliografía

Cavalli, Alberto

- 1981 "La función de los tipos ideales y la relación entre conocimiento histórico y sociológico", en *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Einaudi, Torino, 1981. pp 34-35

Ferrarotti, Franco

- 1965 "Max Weber: hacia la autonomía del juicio sociológico", *Quaderni dello Istituto Universitario di Scienze Sociali*, Trento, 1965

Giddens, Anthony

- 1995 *Política y sociología en Max Weber*, Madrid, Alianza Editorial.

Mommsen, Wolfgang J.

- 1981 "Acerca del concepto de "democracia plebiscitaria de líder"", en W. J. Mommsen *Max Weber, Sociedad, Política e Historia*, Buenos Aires, Alfa, pags. 49-82.

Rossi, Pietro (comp)

- 1981 *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Torino.

Roversi, A.

- 1980 "Introduzione" a Max Weber "Saggi sulla dottrina della scienza", De Donato, Bari 1980

Rusconi, Gian Enrico

- 1981 "Razionalità, racionalización e burocratización", en Pietro Rossi (comp). *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Torino, pags. 189-214.

Weber, Max

- 1982 *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires. Anortortu..
- 1984 *Economía y Sociedad, Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE [1922].
- 1987 *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial.
- 1998 *Ensayos sobre sociología de la religión*. 3 vols., Madrid, Taurus.
- 1991 *Escritos políticos*, ed. Joaquín Abellán, Madrid, Alianza Editorial.
- 1980 "Saggi sulla dottrina della scienza", Bari, De Donato.

Racionalización, dominación y democracia

Las dos caras de la administración burocrática en la obra de Max Weber

César Colino*

Eloísa del Pino**

Sumario

Escrutando en la abundante, fragmentaria y a menudo escasamente sistemática obra de Weber, así como en la de sus analistas y críticos en diversas lenguas, los autores siguen con magistral detalle la pista del tema de la burocracia, una de las piezas centrales de toda la argumentación weberiana, resultado y motor del proceso de racionalización de las sociedades occidentales. Una diversidad de niveles analíticos y de grados de complejidad componen el tratamiento de esta temática; los autores nos presentan una visión ordenada y al mismo tiempo polémica de esta operación, cuyos alcances nos revelan la actualidad de la argumentación weberiana para la comprensión de la política en la modernidad.

Introducción

Max Weber es considerado, con justicia, uno de los más grandes científicos sociales del siglo XX. Tanto la amplitud y universalidad de su obra, como la profundidad de su investigación y dedicación, y la asombrosa variedad de sus intereses, hacen de él una figura inconcebible en las condiciones actuales. Si se contempla el espectro de sus temas y escritos, se encontrarán estudios, entre otros, sobre las condiciones agrarias en el imperio romano, las compañías mercantiles en la Italia medieval, los imperios y religiones de Asia, el judaísmo y cristianismo antiguos y el Islam, sobre el feudalismo europeo y la ciudad medieval, la evolución de la música en Occidente, la Revolución Rusa, las sectas en Estados Unidos, el surgimiento del capitalismo o las luchas parlamenta-

* Profesor de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Salamanca.

** Profesora de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

rias y burocráticas en la Alemania de Bismarck. Weber cultivó intereses que hoy serían delimitada especialidad de juristas, filósofos, economistas, historiadores, sociólogos y psicólogos. En algunos campos del conocimiento social, los estudios y conceptos weberianos han determinado la agenda de la investigación y la discusión posterior del siglo. Es el caso de los modos históricos de dominación burocrática y el desarrollo y funcionamiento de la administración racional. En otros campos, sus trabajos están todavía en la frontera del conocimiento. Además de su actividad erudita, destacan sus múltiples intervenciones en la política de su época y una intensa actividad como polemista y agitador cultural.¹

La existencia de una verdadera industria académica en torno a Weber hace difícil decir algo original sobre este autor y sus ideas.² Sin embargo, acaso debido a la magnitud y dispersión de los escritos de Weber, algunos publicados póstumamente, así como a la forma fragmentaria y a veces sesgada en que la obra weberiana ha llegado a nosotros, y se ha aprovechado desde diferentes disciplinas, el pensamiento de Weber en algunos aspectos está todavía lejos de concitar el acuerdo de los expertos.

La parte de sus escritos concerniente a la administración, la democracia y el Estado, es decir, su sociología política, constituida por su sociología de la dominación (*Herrschaftssoziologie*) y su sociología del Estado (*Staatssoziologie*) es quizá, la parte más influyente de toda su obra. Conocida por sus tipologías de los motivos puros de la pretensión de legitimidad o los tipos legítimos de dominación a que dan lugar, por su oposición entre el principio carismático y el burocrático, o por la modelización de las características de las organizaciones de tipo burocrático moderno, no ha estado libre de malentendidos y interpretaciones parciales. Frecuentemente, la dificultad o desacierto de las traducciones o su inexistencia son responsables de cierta confusión.³

1. Para una introducción general a la vida y obra de Weber es muy recomendable la obra de Bendix (1960), en alemán las de Heins (1990), Käsler (1998) o en inglés Turner (ed., 2000). Para su vida, sigue siendo indispensable la biografía hecha por su mujer, Marianne Weber (1989) (hay traducción española). Para sus relaciones con la política de su tiempo lo mejor sigue siendo la polémica obra de Mommsen (1984), original de 1959.

2. Una muestra de la vastedad y la práctica "inabarcabilidad" de la obra de Weber es la inexistencia de una edición crítica completa de sus obras hasta muy recientemente. La *Max Weber Gesamtausgabe* de la editorial J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) de Tübingen, publicada de 1984 al 2000 ha sido llevada a cabo por numerosos expertos y comprende, en organización cronológica, 23 volúmenes de escritos varios y discursos, 10 volúmenes de correspondencia y 2 volúmenes de lecciones.

3. La sociología de la dominación se ha considerado, por su extensión y relevancia, el núcleo esencial de *Economía y Sociedad*. Es el marco principal del estudio de la burocracia,

Los mejores intérpretes de la obra weberiana han observado una posición ambivalente en los estudios de Weber respecto a la burocracia y la burocratización. Hay en sus escritos al mismo tiempo, y esto es lo que suele soslayarse, un análisis de la burocracia como instrumento técnico y un análisis político de la burocracia como grupo social con intereses definidos y un modo de organización social con consecuencias para la política y la democracia (Barenstein, 1982; Beetham, 1985). En formulación de Mommsen (1989), la burocracia puede tener la doble cara de ser a la vez un instrumento creativo y una amenaza para la libertad. Así, frente al tradicional Weber teórico de la burocracia como instrumento, familiar por los manuales de sociología de la organización, existe un Weber, no menos genuino, fino y apasionado analista político, crítico con las consecuencias de los procesos de burocratización. El análisis político de la burocracia no siempre ha llegado hasta nosotros por su tardía recepción académica en otros idiomas que no sean el alemán. Para entender bien su obra deben tenerse en cuenta las dos caras de la reflexión weberiana.⁴

En español, a pesar de la pronta traducción de *Economía y Sociedad* en 1944, las traducciones de todos sus escritos son relativamente recientes, y la escasez de los estudios sobre la obra de Weber en general es notable. Sobre el tema de la burocracia en particular, bien es cierto que se cuenta desde los años setenta con algunas contribuciones meritorias que, sin embargo, no han encontrado la debida continuidad en la comunidad científico-social.⁵ Con excepciones, las deficiencias de los escritos en español comparten algunos de los problemas de la investigación weberiana en el mundo anglosajón, donde cierta parte de la obra de Weber ha sido muy difundida.⁶

el modo de dominación legal y otros modos de dominación como el patriarcal o el patrimonial. De la amplísima producción en varios idiomas que ha tratado el tema de la dominación y la burocracia en Weber pueden verse con mayor provecho las de Bendix (1960), Mommsen (1974), Roth (1978), Schluchter (1985) y Breuer (1991 y 1996).

4. Entre nosotros lo ha expresado González García (1989: 137) "Mientras que en *Economía y sociedad* se nos presenta un modelo abstracto y formal de burocracia, un modelo ideal-típico, en los *Escritos políticos* aparecen los contextos sociales y políticos de la burocracia, su funcionamiento real, sus fuertes limitaciones internas y sus relaciones con otras fuerzas sociales".

5. En español destacan de forma preeminente los trabajos publicados en los años setenta por Moya (1972) y Nieto (1976). En los ochenta y básicamente concentrados en la sociología política y de la burocracia, destacan las obras de Barenstein (1982) y González García (1989), y Lerner (1993). De carácter más general destacan los estudios y traducciones de Abellán (1991; 1992) y la monografía sobre legitimación de Serrano Gómez (1994).

6. Por alguna razón, la escasez de estudios en español contrasta con una tendencia observada en otros ámbitos culturales cercanos en los que han visto la luz toda una serie de estudios

Por esas razones, en el estudio de la burocracia y la burocratización en Weber, a pesar de llenar bibliotecas, no está quizá todo dicho. Esto es probablemente más cierto en idioma español, pues sólo recientemente se empieza a tener una consideración global que enriquece la visión tradicional de Weber. Para ello cualquier tratamiento actual de la burocracia en Weber, si se pretende útil para el debate actual o erudito, debe huir de la simplificación tradicional y contextualizar la aportación weberiana haciendo referencia a la multiplicidad de lugares, temas, fuentes empíricas, detalles biográficos y niveles de análisis de la investigación weberiana sobre burocracia y burocratización. Como paso previo a la presentación de sus ideas debe perseguirse la sistematización de los temas y la localización de los escritos relevantes. Para ello es útil referirse aquí a las propuestas de Bendix y Mommsen y a la organización y datación de los escritos propuesta entre otros por Breuer (1991).⁷

Teniendo en cuenta los diversos escritos, puntos de vista y lugares donde Weber aborda el tema de la burocracia, Bendix (1960: 423) ha tratado en su obra ya clásica de sistematizar lo que considera cuatro niveles de análisis distintos. En primer lugar, el tratamiento de las razones his-

sobre el sociólogo alemán. En italiano las contribuciones han sido algo más numerosas. Ver los diversos capítulos en Rossi (ed. 1981); o las monografías de Cavalli (1981), Portinaro (1987), Revelli (1992), Senigaglia (1996) por citar algunos. En el mundo anglosajón, aparte del clásico de Bendix (1960), destacan las obras de Beetham (1985), Collins (1986), Whinster y Lash, (eds. 1987), Albrow (1990), Kalberg (1994), Schroeder (1998), etc. En el ámbito francés deben mencionarse las aportaciones de Raymond Aron y Julien Freund (1986).

7. Weber se ocupó de su sociología de la dominación en el último decenio de su vida. Entre 1910 y 1914 escribe lo que luego constituiría el capítulo llamado por Winckelmann «Sociología de la Dominación» recogido como capítulo IX en la Segunda Parte de *Economía y Sociedad* (Weber, 1987a: 695-1117). Aquí se contienen sus estudios más ricos y extensos sobre la esencia, supuestos y desarrollo de la dominación burocrática (716-752). De esta misma época es su *Introducción a la Ética económica de las religiones universales* (la primera versión de su famosa tipología de los tipos de dominación) (Weber, 1998a: 233-268). Por otra parte, en los escritos de sociología de la religión se encuentra el análisis más detallado de la burocracia china. En un segundo periodo, entre 1918 y 1920 surge el capítulo III («los tipos de dominación») en la llamada primera parte de *Economía y Sociedad* (Weber, 1987a: 170-241), que fue corregido y dado a la imprenta por el propio Weber. La «sociología del estado» (Weber 1987a: 1047-1117) compuesta póstumamente por Winckelmann con fragmentos de los escritos políticos, contiene un apartado sobre liderazgo político y burocracia. Los *Escritos políticos (Gesammelte politische Schriften)* que surgen también en esta segunda fase, sobre todo *Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada* (en español Weber, 1991: 105-300) publicado en 1918, y la conferencia de 1919 *Política como profesión* (Weber, 1987b: 81-179) son los más destacados. Por otro lado, menos conocidas son también en las intervenciones e investigaciones realizadas para la *Verein für Sozialpolitik* (Asociación para la Política Social) algunas contenidas en *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik* (1988) y su extensa correspondencia y artículos periodísticos, por ejemplo, en el *Frankfurter Zeitung*.

tóricas y técnicas (administrativas) del proceso de burocratización, especialmente en la civilización occidental. En segundo lugar, Weber presta especial atención al impacto del Estado de derecho sobre el funcionamiento de las organizaciones burocráticas. Tercero, Weber se ocupa de la posición profesional y las orientaciones personales típicas de los funcionarios burócratas como grupo de status. Y en cuarto lugar, se refiere a las características y consecuencias más importantes de la burocracia (especialmente la pública) en el mundo moderno. También para Mommsen (1989: 112) pueden observarse en la indagación weberiana sobre la burocracia cuatro niveles. La descripción de las propiedades de las instituciones burocráticas como tipos puros; el análisis del dinamismo inherente en las instituciones burocráticas como un proceso aparentemente irreversible; la evaluación de las propiedades específicas negativas y positivas comparativamente con otras instituciones; y la burocracia y la burocratización como fundamento de una teoría hipotética de la historia.

Sin la posibilidad de profundizar en todos estos aspectos y con el ánimo de contribuir a una mejor comprensión del clásico que reivindique su actualidad en muchos aspectos, la modesta intención de este artículo es la de servir de guía en español para un acercamiento, tradicional y renovado al tiempo, a toda la riqueza del pensamiento weberiano sobre administración y burocracia. Tradicional, pues se procede a describir en la forma acostumbrada y en un espacio naturalmente limitado, los grandes rasgos de las ideas weberianas en su contexto histórico, tratando de revisar y divulgar lo mejor de la ingente bibliografía internacional y en español sobre Weber. Así, el primer apartado, se hace una breve referencia a los antecedentes y contexto intelectual de la discusión weberiana sobre administración y burocracia. En el apartado segundo se considera la burocratización en el conjunto de la obra como una faceta más de la investigación weberiana sobre el origen y la evolución del racionalismo occidental y el proceso de racionalización del mundo. En tercer lugar se entra, de modo necesariamente conciso y casi esquemático, en la metodología y los conceptos que subyacen a la sociología de la dominación y del Estado weberianas. De este modo, y de forma algo menos acostumbrada, se pasa a los dos conjuntos de escritos sobre burocracia, aquellos que la consideran desde un punto de vista instrumental y como modelo organizativo en el apartado IV, y aquellos, menos conocidos, y que aun sorprenden por su validez actual, que abordan el aspecto social y político de la burocracia como grupo de poder y forma de organización social, considerando sus implicaciones para el individuo moderno, la democracia y la acción política propuestas por Weber.

I. Antecedentes y contexto de la aportación weberiana sobre burocracia y administración racional

Como ha señalado Albrow (1970: 50), Weber es heredero de varias corrientes de pensamiento sobre la administración y la burocracia existentes en el siglo XIX y principios del XX, y en su obra trata de sintetizarlas construyendo una consideración científica y libre de valoración.⁸ Este autor identifica cuatro escuelas de pensamiento que influyen en Weber: la marxista y el propio Marx, la teoría administrativa alemana del XIX, y más contemporáneas a él, la representada por Schmoller, historiador económico y social, también miembro del *Verein für Sozialpolitik*, como el mismo Weber y las contribuciones de Michels.

Respecto a la discusión de Weber con el marxismo, las interpretaciones han sido numerosas.⁹ Algunas han sostenido la idea de que el objetivo central de Weber es el de refutar el análisis del capitalismo de Marx. Otras arguyen que Weber, en sus escritos, es uno de los mejores intérpretes de la obra de Marx y que su intención es la de completar el análisis marxiano. Parece que Weber consideró la burocracia moderna como un fenómeno con consecuencias y relevancia más de largo alcance que la perspectiva marxista.¹⁰ La forma en que Weber argumenta en contra de la teoría de la abolición de la burocracia por la revolución proletaria demuestra que Weber compartía la concepción marxiana de que hay una relación intrínseca entre capitalismo y burocratización, además de los efectos revolucionarios de este último proceso en todas las esferas de la vida social. Como ha observado Schluchter (1980), Weber sostiene en su crítica del socialismo que la satisfacción de las necesidades a través de una economía de mercado lleva inevitablemente a la contradicción entre racionalidad económica formal y material. La producción óptima de bienes y la provisión de los grupos sociales guiada por criterios éticos tiende a divergir en gran medida, pues el mercado no puede tolerar la intervención directa basada en postulados ético-sociales. Weber está

8. En otras facetas de su obra pueden rastrearse influencias de la filosofía de Nietzsche, como, por ejemplo, en su idea del carisma, según la cual sólo los grandes individuos tienen la posibilidad de marcar nuevos caminos en virtud de su carisma (Abellán, 1992: 50). También hay en su pensamiento influencias de la literatura clásica alemana como Goethe (González García, 1989). Acerca de las afinidades con Kafka en las ideas weberianas sobre burocracia es muy interesante el ensayo de González García (1989).

9. Dentro de la amplia tradición que ha tratado las relaciones entre el pensamiento de Weber y el marxismo, sigue siendo útil la obra clásica de Karl Löwith (1982). Ver también Schluchter (1980 y 1985).

10. Parsons afirmaba que la burocracia desempeña el mismo papel en la obra de Weber que la lucha de clases para Marx.

de acuerdo con Marx en que bajo el capitalismo las relaciones de producción determinan las relaciones de distribución. Pero en las condiciones modernas, la eliminación del mercado sigue siendo una ilusión. Según Weber, el aparato administrativo necesario para gestionar la economía bajo un socialismo racional asumiría, antes o después, un carácter burocrático y, a la vez, supondría la base de la formación de una nueva clase que tendría que reconocer la importancia social de las cualificaciones técnicas, produciendo así un tipo de estratificación que iría contra los postulados éticos de igualdad y justicia propios del socialismo.¹¹ Se ha afirmado que la mayoría de los escritos en que Marx trató explícitamente la burocracia no pudieron influir a Weber por estar todavía sin publicar en tiempos de éste. Fue más bien la idea de Marx de una alienación del hombre la que Weber retomó y llevó más allá en su teoría de la racionalización (Albrow, 1970: 52).

Respecto a la teoría administrativa alemana,¹² Weber conocía bien, como jurista, los presupuestos básicos del pensamiento administrativo que se ven reflejados en su tipo ideal de burocracia legal-racional y en la consideración de la administración del Estado como el ejemplo de la administración eficiente. También la teoría administrativa clásica alemana influyó en sus ideas sobre la distinción entre administración monocrática y colegial o las ventajas y desventajas de cada una de ellas.

Gustav Schmoller, que formaba parte de la generación de más edad de la *Verein für Sozialpolitik*, escribe a finales del siglo XIX una obra sobre la burocracia que influirá en Weber cuando señala cómo toda sociedad consiste en tres partes, un dirigente, un aparato y la masa del pueblo. Las relaciones entre estos tres componentes evolucionan en distintos estadios y Schmoller ofrece una explicación evolutiva de la administración que supone una clara influencia en Weber. Si se comparan las características que Schmoller atribuye al último estadio de esa evolución con las características del modelo de Weber, se observarían grandes similitudes (Albrow, 1970: 53).

11. Sobre sus ideas respecto a la materia puede verse su conferencia titulada *El socialismo* de 1919, publicada en español en la edición de los *Escritos políticos* (Weber, 1991: 305-349). Un interesante ensayo que analiza las ideas sobre el socialismo y la Revolución Rusa de Weber, poniéndolas en comparación con la reflexión y el diagnóstico que de forma contemporánea estaba haciendo Lenin sobre la evolución de la Revolución soviética, es el de Moya (1984).

12. Los autores base del pensamiento burocrático que influyeron a Weber directamente o a través de Schmoller son, entre otros, von Stein, Hegel y los ingleses Spencer y Mill (ver Kieser, 1999: 40). Sobre la teoría de la burocracia de Hegel y sus relaciones con la de Weber, ver Senigaglia (1996).

Respecto a sus contemporáneos jóvenes que más influyeron en su pensamiento¹³ cabe citar a Roberto Michels, a quien Weber conoció bien. A través de la obra de Michels, Weber tuvo acceso al pensamiento de Mosca sobre el problema de las relaciones entre burocracia y democracia. Michels trata de adoptar un concepto lo más neutral posible de burocracia para estudiar las consecuencias de la concentración del poder en una minoría de dirigentes y llegar a la conclusión de la incompatibilidad de la burocracia y la democracia (Albrow, 1970: 51). A partir de las discusiones y desde una postura crítica sobre los escritos de Michels, Weber desarrolla alguna de sus ideas. Compartiendo un diagnóstico muy similar del proceso de burocratización de toda la sociedad y, especialmente, en los partidos de masas, Weber llega, sin embargo, a conclusiones muy diferentes. Weber consideraba el proceso de burocratización de los partidos de masas como algo irreversible, pero al contrario que Michels, no está convencido de que los efectos de eso sean perniciosos (Mommsen, 1987: 126).

II. La burocratización como faceta del proceso de racionalización del mundo.

El proceso de racionalización como tema subyacente de los escritos weberianos

A pesar de los intensos debates respecto a cuál sea tema central de la obra de Weber (ver Hennis, 1983), parece haber acuerdo en que los temas fundamentales en su interés son, en primer lugar, el capitalismo, tanto desde una perspectiva histórica como desde una perspectiva organizativa. En segundo lugar, el otro gran tema de la indagación weberiana es el de la racionalización.¹⁴

13. Otros autores contemporáneos de Weber que han tenido documentada influencia sobre las ideas y los escritos de Weber son Jellinek, en su concepto de dominación o poder y en sus tipos de dominación (ver Bendix y Roth, 1971; Breuer, 1999). También Toennies influye en su sociología del Estado (Breuer, 1993). Sobre la relación con Mosca o Pareto, que no fue directa, ver Beetham (1987). Para un el tratamiento más completo de todas las relaciones con otros intelectuales contemporáneos, la mejor aproximación la constituye el libro colectivo editado por Mommsen y Osterhammel (1987).

14. Los conceptos de *racionalidad*, *racionalización* y *racionalismo* aparecen en numerosas ocasiones en las obras de Weber. Como señala Rusconi (1981: 189) el primero está en la base de su teoría sociológica de los tipos de acción social, los otros dos remiten a diversos niveles de análisis históricos y empíricos. La noción de racionalidad se convierte en una noción unificadora de una serie de comportamientos diferentes en diferentes culturas, que definen a la vez procesos históricos y estructuras institucionales, que pueden darse tanto en

El proceso de racionalización del mundo se manifiesta en varios niveles: el de las instituciones, las imágenes del mundo y la esfera de la vida.¹⁵ En la introducción general a sus *Ensayos sobre sociología de la religión* Weber plantea la cuestión que constituirá el hilo conductor de las preguntas a las tratará de responder desde el principio de su vida académica en estos términos:

¿qué encadenamiento de circunstancias ha conducido a que aparecieran en Occidente, y sólo en Occidente, fenómenos culturales que (al menos tal y como tendemos a representárnoslos) se insertan en una dirección evolutiva de alcance y validez universal? (1998a: 11)

De esta forma, la explicación de la peculiaridad de Occidente, del racionalismo occidental y del capitalismo (Schluchter, 1980: 85) se convierten en el objetivo principal que recorre todas sus obras. Ya en sus primeros estudios, Weber observa cómo el capitalismo, la ciencia y la organización burocrática son formas de racionalidad que fueron desarrolladas en parte a partir del cambio religioso. La búsqueda de una respuesta a esta pregunta nos permite examinar las relaciones mutuas o “afinidades electivas” entre su sociología de la dominación, su sociología de la religión y su sociología del derecho. Como ha observado Bendix (1960: 385), en todas ellas Weber intenta explicar las características peculiares de Occidente. La dominación tradicional y carismática le sirve a Weber como contraste para estudiar el modo de dominación legal-racional del Estado moderno occidental. Asimismo, sus estudios sobre la sociedad china e india le proporcionan las concepciones para contrastar con el judaísmo antiguo. El judaísmo y, más tarde, el cristianismo, así como la dominación legal son la primera diferenciación peculiar de la civilización occidental.

De esta forma, y dicho en términos de Schluchter (1980: 85 y ss.), para contestar a la pregunta planteada sobre la peculiaridad de Occidente, Weber emprende, en su sociología de la religión una comparación

la política como en la economía, en la esfera religiosa y en la esfera científica. Según Rusconi, la racionalidad es para Weber un procedimiento de control para dominar la realidad dentro y fuera del hombre. El criterio propio de ese procedimiento es la calculabilidad, la previsibilidad, y la “generalizabilidad” de los medios respecto a los fines de control o dominio del mundo (*Weltbeherrschung*). Para un tratamiento de los diferentes conceptos de racionalidad y el proceso de racionalización en Weber pueden verse Schluchter (1998), Habermas (1999), Albrow (1990), Serrano Gómez (1994) y Senigaglia (1996).

15. Habermas (1999) ha diferenciado también la racionalización en tres esferas: social (donde incluye la economía y el Estado), cultural y de personalidad o conducción de la vida (*Lebensführung*).

diacrónica de diferentes “soluciones” culturales y económico-políticas a los problemas fundamentales de la organización de la vida humana y social que fueron adoptados por diferentes civilizaciones. Esta comparación pone a las claras cuál es la solución peculiar del racionalismo occidental. La segunda pregunta clave de Weber, a la que trata de dar respuesta con su sociología política, se refiere a cuáles son las tendencias evolutivas de ese racionalismo occidental que ha llegado a dominar gran parte del mundo. Para contestar esta segunda pregunta, Weber acomete una comparación sincrónica de las soluciones culturales o político-económicas; a través de ella los pros y contras de cada solución quedan en evidencia (Schluchter: *ibid.*).

En este sentido, como ha señalado González García “el marco general en que hay que entender la teoría de la burocracia weberiana es su teoría del racionalismo occidental moderno” (1989: 143).¹⁶ Según Weber, los principios de legitimación y la creencia en la legitimidad que forman la base de la dominación legal sólo pueden surgir como resultado del desencantamiento (*Entzauberung*) del mundo y el creciente dominio racional del mundo (*rationale Weltbeherrschung*). Y para Weber, como afirma Valdecantos (1992: 60), “lo que mide el avance del proceso de racionalización del mundo en la esfera del poder no es otra cosa que la ampliación, refinamiento y hegemonía crecientes del principio burocrático”.

Presupuestos históricos del desarrollo del estado moderno y la burocracia

La teoría de la burocracia forma, por tanto, un elemento central de la concepción weberiana de la modernización. La burocracia racional implica un contraste explícito frente a sistemas tradicionales de administración patriarcal o patrimonial. Una característica clave de la sociedad moderna es para Weber la sustitución de esos sistemas por el modo de dominación basada en la burocracia, que Weber llamaba dominación racional o legal.

El Estado moderno presupone una racionalización de su aparato administrativo y de su sistema jurídico. La racionalización del Estado es,

16. La dominación burocrática (Schluchter, *ibid.*) tiene un papel diferente pero igualmente importante en los varios ámbitos de la obra weberiana. Sobre el lugar de la burocratización en el proceso de racionalización y desencantamiento del mundo ver Habermas (1999), Serrano Gómez (1994), González García (1989) y Kieser (1999).

asimismo, una consecuencia de transformaciones vinculadas al surgimiento de la sociedad capitalista. Como observa Serrano Gómez (1994: 79):

la racionalización del Estado sólo fue posible en aquellos contextos sociales en que se dio un encuentro equilibrado entre el Estado y la economía mercantil-capitalista. En la medida en que el Estado se adaptó a la dinámica del mercado y asumió funciones necesarias para su reproducción, el mercado aportó, a su vez, el impulso básico hacia la racionalización del sistema político.

Las precondiciones sobre las que se basa el Estado moderno en Occidente son para Weber las siguientes (Bendix, 1960: 383):

- Monopolización de los medios de dominación y administración basada en : a) la creación de un sistema impositivo permanente y centralmente dirigido, b) la creación de una fuerza militar permanente y centralmente dirigida en manos de una autoridad gubernamental central.
- Monopolización de la capacidad de aprobar y hacer cumplir normas legales y del uso legítimo de la fuerza por una autoridad central. En definitiva, racionalización de la creación y la aplicación del derecho.¹⁷
- Organización de un funcionariado orientado racionalmente, cuyo ejercicio de las funciones administrativas depende de la autoridad central.

Aunque algunas de estas características han existido ya en otros lugares, como en los imperios antiguos u orientales, su surgimiento más o menos simultáneo es un fenómeno típicamente occidental. Uno de los rasgos típicos, por tanto, de la modernización del Estado moderno lo constituye la evolución hacia un funcionariado burocrático. El funcionario especializado, típico de la organización estatal moderna y de la empresa capitalista es un fenómeno cultural que no es sólo occidental, pero que en la sociedad occidental adquiere su importancia mayor. Como observa el propio Weber:

17. Para la importancia del derecho y la sociología del derecho weberiana ver la importante introducción de Rheinstein (1954) a los escritos sobre derecho de Weber, ver asimismo Bendix (1960: cap. XII), Trubek (1984) para sus relaciones con el capitalismo, o Rehbinder (1989). En español disponemos de la detallada monografía de Fariñas Dulce (1989).

...es claro que el "funcionario", incluso el funcionario especializado, es un producto antiquísimo de las más diversas culturas. Pero ningún país ni ninguna época se ha visto inexorablemente condenado como el Occidente a encasillar toda nuestra existencia, todos los supuestos básicos de orden político, técnico y económico de nuestras vidas, en los estrechos moldes de una organización de funcionarios especializados, y ninguna ha sabido de funcionarios estatales de formación técnica, comercial, y sobre todo jurídica, como titulares de las más importantes funciones cotidianas de la vida social. (1998a: 13)

Las condiciones que favorecieron el surgimiento de una burocracia y un funcionariado moderno en Europa occidental son expuestas por Weber en *Economía y sociedad* (1987a: 723 y ss.). Sin entrar en detalle, estas son, en primer lugar, el desarrollo de una economía monetaria. Este desarrollo determinó las características de la administración estatal. Las organizaciones burocráticas se habían desarrollado en el antiguo Egipto, en China, en los imperios romano y bizantino y en otros sitios. Pero mientras esas organizaciones recompensaban a sus funcionarios en especie y no en dinero, los funcionarios trataban de apropiarse las fuentes de ingresos como si fueran de su propiedad privada. La burocratización presupone la existencia de unos ingresos continuados para el mantenimiento del aparato administrativo, lo que al nivel del Estado implica la existencia de un sistema estable de impuestos.

En segundo lugar, la expansión cualitativa y cuantitativa de las tareas administrativas exigidas al Estado favorece y es condición para el desarrollo de un funcionariado racionalmente orientado y sujeto al derecho. Por ejemplo, si en el antiguo Egipto la burocratización tenía que ver con la necesidad de regular grandes vías de agua o la construcción de grandes pirámides, la burocratización en circunstancias modernas resulta de unas expectativas culturales más elevadas, como la exigencia de pacificación interior y determinados servicios sociales, o a partir de innovaciones técnicas, especialmente en los campos de transporte y comunicaciones (Bendix, 1960: 384).

Por último, la superioridad técnica de la forma de organización burocrática y la concentración de los medios de administración en una autoridad central también favorecen el surgimiento de un funcionariado racional. Además, destaca Weber, en las condiciones modernas se produce una "concentración de los medios de administración". Usando la misma terminología que Marx, Weber trata de resaltar cómo ese proceso de concentración ocurre no sólo en la economía, sino también en el gobierno, el ejército, los partidos políticos, las universidades, y en todas las

grandes organizaciones (Bendix, 1960: 428). Según aumenta el tamaño de esas organizaciones, los recursos necesarios para gestionar esas organizaciones pasan de estar en manos de individuos o grupos autónomos y se sitúan bajo el control de una minoría dirigente, entre otras razones porque esos recursos exceden las posibilidades financieras de individuos concretos.

III. La sociología de la dominación y del Estado: metodología, conceptos, y tipologías en la sociología weberiana

Antes de seguir adelante con la presentación de las ideas weberianas sobre burocracia y burocratización, conviene quizá recordar los rasgos básicos de su terminología y su metodología. Para ello se presenta una breve exposición de su uso del famoso tipo ideal y de los conceptos que están en la base de sus estudios de la sociología de la dominación, algunos de ellos muy conocidos pero no siempre claramente interpretados.¹⁸

El tipo ideal

Weber desarrolla la metodología del tipo ideal para la sus análisis histórico-comparativos, proponiéndolo como metodología propia de la sociología. Precisamente la interpretación del tipo ideal ha dado lugar a algunos malentendidos sobre los presupuestos weberianos de la burocracia.¹⁹ Así, hay quien ha entendido el tipo ideal como una pretensión de describir las características de un fenómeno histórico dado y, en consecuencia, estos autores basan sus críticas en la ausencia de rasgos propios de ese fenómeno concreto que Weber no contempló. Como Weber se ocupó de señalar en reiteradas ocasiones, el tipo ideal se configura a través “de la abstracción y el realce de alguno de sus elementos conceptuales esenciales” (1982: 89), para, en un segundo paso, analizar la desviación de la realidad sobre el tipo ideal y así analizar en qué medida se aleja o no de ella. Los elementos seleccionados, como el propio Weber reconoce, están, en primer lugar, condicionados subjetivamente y tienen los límites que impone la adopción de un punto de vista concreto y no de

18. La siguiente discusión se basa principalmente en la primera parte de *Economía y sociedad*, llamada teoría de las categorías sociológicas y especialmente los capítulos I “Conceptos sociológicos fundamentales” y III “Tipos de dominación”; así como en los “Ensayos sobre metodología sociológica”.

19. Käsler (1998), Nieto (1976: 501). Para un detallado comentario de la metodología weberiana en español puede consultarse Aguilar (1988).

otro. De modo que si el mismo objeto fuese estudiado desde una perspectiva diferente, seguramente los elementos destacados serían otros. Al mismo tiempo como señala Moya (1972: 25):

...la situación histórico social del científico, como ámbito límite de toda posible observación histórico-social susceptible de ser incluida en tales esquemas analítico clasificadorios, se presenta como límite absoluto de la validez universal de esta investigación científica.

Bien es cierto que el origen de la confusión señalada puede estar en el propio Weber ya que a pesar de los límites que describe y advierte para su metodología, desarrolla a partir de los tipos ideales toda su construcción intelectual, asignándoles mayor validez de la que el mismo les había concedido.

Otra de las confusiones típicas sobre el tipo ideal radica en la creencia de que este supone una propuesta normativa o de “deber ser”. Esta creencia errónea es, sin duda, el origen de la idea, a todas luces imprecisa si se consideran otras obras distintas de *Economía y sociedad*, de que Weber es un defensor acérrimo de la burocracia en la forma que presenta su tipo ideal. Sin embargo, es clásica la discusión que Weber mantenía con otras escuelas de pensamiento –historicistas o utilitaristas, por ejemplo– por su empeño en construir una ciencia exenta de valoraciones. Según Weber:

Un tipo ideal en nuestro sentido es, insistimos en ello, algo por entero indiferente a cualquier juicio valorativo, y nada tiene que ver con una perfección que no sea puramente lógica. Existen tipos ideales de burdeles como de religiones, y en cuanto a los primeros hay algunos que, desde el punto de vista de la ética policial de hoy, parecerían ajustados al fin, mientras que en otros sucede precisamente lo contrario (1982: 88).

Weber trató en varias ocasiones, en línea con su idea de la ciencia y del papel del científico, de descartar la posibilidad de que sus reflexiones y sus razonamientos pudiesen valorarse como una opción por un deber ser concreto. Pero como han señalado algunos especialistas (Friedrich, 1952) el entusiasmo “prusiano” con que Weber describe la superioridad técnica de la burocracia, por ejemplo, deja poco margen a cualquier propuesta alternativa de organización social. Del mismo modo, aunque hay que reconocer que ya en sus *Escritos políticos*, Weber introduce juicios normativos sobre las alternativas que frente a la burocratización

de la vida deben adoptarse desde la esfera de lo político (ver más abajo).

A pesar de estas y otras dificultades que algunos críticos han señalado (ver abajo), la aportación de Weber debe ser considerada muy valiosa desde el punto de vista metodológico. Como explica Weber con abundantes ejemplos, la comprensión del Cristianismo, del Estado o de la burocracia como tipos ideales ayuda al entendimiento de la múltiple y complejísima realidad. Se trata, en definitiva de “una síntesis que, sin el empleo de conceptos típicos-ideales, jamás podríamos alcanzar.” (1982:85)

Conceptos y tipologías de la sociología de la dominación

Las reflexiones de Weber sobre la burocracia se enmarcan en su “sociología de la dominación”, de modo que para poder avanzar hacia su comprensión vale la pena reproducir aquí algunos de los conceptos fundamentales que el autor trató de sistematizar y que se encuentran recogidos, casi en su totalidad, en la primera parte de *Economía y sociedad*. Se trata, como el propio Weber indica, de conceptos abstractos y lejanos de la realidad pero, sin embargo, imprescindibles.

Weber parte de la definición de los conceptos de acción social, de relación social y de orden social para adentrarse en el concepto de poder que se da dentro de una relación social. Así, la acción social es para Weber la conducta humana que “se orienta por las acciones de los otros” (1987a:18). Por relación social debe entenderse “una conducta plural (...) y consiste (...) plena y exclusivamente, en la probabilidad de que se actuará socialmente de una forma indicable”, independientemente de aquello en que esa probabilidad descansa (1987a: 21).

Ambas, acción y relación social, pueden orientarse por la existencia de un orden legítimo. A la probabilidad de que esto ocurra se le llama validez del orden. Así, un orden –actividades sociales normalmente repetidas– posee validez “cuando las máximas que orientan la acción aparecen como obligatorias o como modelos de conducta”. Un orden sostenido *sólo* por motivos racionales o de costumbre “es más frágil que el orden que aparece con el prestigio de ser obligatorio y modelo, es decir, con el prestigio de la legitimidad” (1987a:25).

En este marco define Weber el *poder* (*Macht*) como “la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aun contra

toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad". Toda relación social entre individuos da lugar a una relación de poder. Ello hace que el concepto de poder sea, como Weber señala, "sociológicamente amorfo" y, por lo tanto, sea más útil el concepto de dominación. Por *dominación (Herrschaft)* se entiende "la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato dado por parte de un conjunto de personas dadas" (1987a:43).²⁰

Además, las dominaciones que tengan vocación de persistencia "procuren despertar la creencia en la legitimidad". Weber diferencia así entre la dominación no legítima y la dominación legítima.²¹ Es legítima cuando los dominados encuentran que está justificada. Aunque la obediencia puede estar fundada en distintos motivos, todas las dominaciones, insiste Weber, para persistir, para no ser inestables, necesitan desarrollar la creencia en su legitimidad.²² Precisamente los motivos por los cuales un sistema de dominación pretende ser legítimo son el origen de los diversos tipos de dominación que Weber expone (1987a:170 y 706). Pero además de ello, Weber incluye otra variable, cuya relevancia ha sido a veces insuficientemente considerada en la discusión sobre la persistencia de los sistemas de dominación: el cuadro o aparato administrativo (*Verwaltungsstab*).

Toda empresa de dominación que requiera una administración continuada necesita, de una parte, la orientación de la actividad humana hacia la obediencia a aquellos señores que se pretenden portadores del poder legítimo y, de la otra, el poder de disposición, gracias a dicha obediencia, sobre aquellos bienes que eventualmente, sean necesarios para el empleo del poder físico: el equipo de personal administrativo y los medios materiales de la administración (1987b: 87 y 88).

Aunque debe recordarse que la dominación puede darse aun sin un cuadro administrativo, Weber considera que la dominación se ve facilitada

20. Este concepto de dominación permite, como ha señalado Roth (1978: LXXXIX), una adaptación del imperativo categórico kantiano en cuanto que la situación de dominación es aquella en que la voluntad de los dominadores influye la conducta de los dominados de tal modo que "la acción del que obedece transcurre como si el contenido del mandato se hubiera convertido, por sí mismo, en máxima de su conducta; y eso únicamente en méritos de la relación formal de obediencia, sin tener en cuenta la propia opinión sobre el valor o desvalor del mandato como tal" (Weber, 1987a: 172).

21. Barenstein (1982: 26 y ss) ha tratado de sistematizar la teoría de la dominación weberiana con sus varias tipologías y definiciones en lo que él llama el Esquema de Dominación de Weber.

22. Para una reconstrucción del concepto de legitimidad en Weber puede verse Bensman (1979) y, en español, Serrano Gómez (1994).

por la existencia de un *cuadro administrativo* que le sirva de apoyo (1987a: 170; 705). En la teoría weberiana, por tanto, tan importante como la creencia en la legitimidad para la persistencia histórica de los modos de dominación, es la existencia de un aparato administrativo (Roth, 1978: XC).

Es relevante, en este punto, introducir el concepto de asociación (*Verband*).²³ Una asociación es para Weber una relación social. Existen dos tipos ideales de asociaciones de dominación: las políticas –como el Estado– y las hierocráticas –como la Iglesia–. En estas últimas la dominación está asegurada por “la coacción psíquica” y la posibilidad o no de la salvación. En las que interesan a nuestros efectos, es decir, en las asociaciones políticas la:

...existencia y la validez de sus ordenaciones dentro de un ámbito geográfico determinado, están garantizados de un modo continuo por la amenaza de la fuerza y aplicación de la fuerza física por parte de su cuadro administrativo (1987a: 43-ss.).

Siguiendo la lógica weberiana, las asociaciones políticas, como asociaciones de dominación que son, que tengan voluntad de persistencia y de estabilidad necesitan, además de la amenaza de la fuerza, despertar la creencia en su legitimidad y el apoyo de un aparato administrativo (Lassman, 2000: 89). En este sentido, Weber distingue entre tres tipos puros de dominación legítima según sea el “fundamento primario de su legitimidad”: de carácter racional, de carácter tradicional, de carácter carismático, que dan lugar respectivamente a:²⁴

- La dominación legal, “que descansa en la creencia en la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad”.
- La dominación tradicional: “que descansa en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron desde lejanos tiempos y la legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad”.

23. Este término ha sido traducido ocasionalmente por *organización*. Estando de acuerdo con esa posibilidad, y para evitar posibles malentendidos, aquí se sigue la práctica tradicional de la traducción de *Economía y sociedad*.

24. Weber reconoce la influencia de su amigo G. Jellinek quien había tratado las formas de justificación del Estado proponiendo los “tipos-empíricos” que Weber adapta en los “tipos ideales” (Roth, 1978: LXXXIX). Weber pasaría así de la teoría social del Estado a la teoría sociológica del Estado. Ver Bendix y Roth (1971: 260) o la reciente conferencia citada de S. Breuer (1999) para las relaciones entre las obras de Jellinek y Weber.

- La dominación carismática: “que descansa en la entrega extra-cotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas” (1987a:172).

Como Weber señala “según sea la clase de legitimidad pretendida es fundamentalmente diferente (...) el cuadro administrativo destinado a garantizarla” (1987a: 170) en caso de éste exista.²⁵

- En la dominación legal: de entre las distintas formas posibles de dominación legal, el tipo más puro es la burocracia. “El equipo administrativo consta de funcionarios nombrados por el señor, y los subordinados son miembros de la asociación (‘ciudadanos’, ‘camaradas’). Se obedece a la persona no en virtud de su derecho propio sino a la regla estatuida, la cual establece al propio tiempo a quién y en qué medida se deba obedecer” (1987a:707).
- En la dominación tradicional: de entre todas las formas posibles de dominación tradicional el tipo más puro es la dominación patriarcal. “El cuerpo administrativo lo forman los ‘servidores’. Se obedece a la persona en virtud de su dignidad propia, santificada por la tradición: por fidelidad” (1987a:708).
- En la dominación carismática: Los tipos más puros de dominación carismática son el del profeta, del héroe guerrero y del gran demagogo. “El cuerpo administrativo es escogido según carisma y devoción personal, y no por razón de su calificación profesional (como el funcionario), o de su clase (como el cuerpo administrativo de clase), o de su dependencia doméstica o en alguna otra forma personal (como es el caso con el cuerpo administrativo patriarcal) (1987a: 711 y 712).

Finalmente, la exposición weberiana permite ver cuáles y cómo se concretan estos modos en una asociación política moderna: el Estado moderno.²⁶ El Estado moderno es según Weber:

25. El autor se detiene en este punto en una pormenorizada discusión del aparato administrativo de cada uno de los tipos de dominación. Reproducimos aquí, sin embargo, las características esenciales de cada tipo de cuadro administrativo para en otro punto posterior profundizar en la dominación legal con aparato burocrático. No obstante, es muy ilustrador estudiar el aparato tradicional y el carismático y la comparación que realiza el propio Weber con el burocrático en *Economía y Sociedad* (p. 181 y ss.). Para una discusión de la teoría de los tres tipos puros de dominación legítima ver Bendix, (1960), Mommsen (1974) y Schluchter (1998).

26. Sobre la sociología del Estado en Weber, ver por ejemplo Bobbio (1981), Sotelo, (1990), Breuer (1993) (traducido al español como primer capítulo de Breuer (1996)).

...una asociación de dominación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima como medio de dominación y que, a este fin, ha reunido todos los medios en manos de un dirigente y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolos con sus propias jerarquías supremas (1987b: 92)

A los efectos de este artículo, lo que es importante tener en cuenta es que las características del Estado como asociación de dominación política y, en especial, su capacidad respecto al uso de la fuerza, confieren un status especial y unos rasgos distintivos a la burocracia pública ya sea entendida ésta como sistema de administración o como cuerpo de funcionarios.

Sobre el concepto de burocracia y dominación burocrática

El Estado moderno se basa en la legitimidad legal-racional y un aparato administrativo para el que Weber suele reservar el nombre de *burocracia*, aunque no sucede así en todos los casos. Precisamente la ausencia de una definición precisa del concepto de burocracia, que hay que deducir de su uso en múltiples pasajes, es otro de los problemas que ha originado algunas dificultades en el análisis de la obra de Weber (Albrow, 1970: 40). A lo largo de sus escritos, pueden encontrarse varias acepciones del término (Page, 1985: 6).

Weber usa el término *burocracia*, por ejemplo, para denotar unas veces cualquier aparato administrativo cercano al modelo racional o, en otras ocasiones, simplemente al del Estado moderno que a veces matiza llamándolo el modelo monocrático de burocracia. Pero también habla de burocracia para designar genéricamente a un cuerpo de funcionarios o funcionariado (*Beamtenamt*) que pueden darse en modos de dominación no legal que Weber estudia en el Imperio romano, el antiguo Egipto y en el imperio chino o bizantino. Por otra parte, también aplica el término para todos los empleados que desempeñan su trabajo en las oficinas con independencia de cual sea el sector, público o privado, de actividad, y a veces de forma más específica, para hacer alusión singularizada a los funcionarios públicos.

Asimismo se han observado tres acepciones del concepto de *dominación burocrática*. Siguiendo a Schluchter (1980: 88), puede decirse que Weber usa este concepto en sus comparaciones diacrónicas o sincrónicas de los modos de dominación de forma poco clara, para ilustrar fenó-

menos empíricos de carácter diverso.²⁷ Dominación burocrática se refiere no sólo a la dominación mediante un cuadro o aparato administrativo burocrático, sino también a la dominación por el propio aparato administrativo, tanto en un sentido amplio como más estricto. En sentido amplio, se puede hablar de dominación burocrática cuando un aparato administrativo, independientemente de su estructura interna, consigue despojar, de forma secreta o abierta, a los legítimos gobernantes del poder que les ha sido conferido. Weber ilustra estos procesos en su descripción del patrimonialismo europeo en sus formas feudales y estamentales. En un sentido más estricto del término, debería hablarse de dominación burocrática cuando un cuadro administrativo, sujeto a reglas determinadas y reclutado según sus cualificaciones técnicas objetivas, y legalmente expropiado de los medios de administración y sus puestos, consigue despojar, secreta o abiertamente, a los legítimos gobernantes, en especial al parlamento, o al ejecutivo de su poder. Este caso queda ilustrado por Weber al analizar el pseudo-constitucionalismo o pseudo-democracia en la Prusia y la Rusia contemporáneas. Por último, Schluchter observa una tercera acepción de dominación burocrática para referirse a aquellos casos en que la acción política consiste solamente en acción administrativa centralizada y todo el resto de las esferas sociales quedan reducidas en mayor o menos medida a objetos de manipulación. Weber ilustra este caso con su análisis del patrimonialismo oriental en sus varias formas (Schluchter, 1980: 92).

Por consiguiente deben separarse cuidadosamente al estudiar a Weber las tres acepciones de dominación burocrática y tener en cuenta que a veces la perspectiva diacrónica y la sincrónica están solapadas al igual que los niveles social y organizativo de la dominación burocrática, lo que puede llevar a confusión. Por último, como se ha señalado más arri-

27. Respecto a la riqueza de los materiales empíricos o históricos utilizados por Weber, que sirven de base a sus ideas sobre burocratización y burocracia, podemos referirnos, en su sociología de la religión, al análisis comparativo y con una perspectiva diacrónica que Weber emprende del funcionariado chino especializado moderno y el mandarinato chino, en el que trata de evaluar las características distintivas del racionalismo occidental (ver Schluchter, 1980: 90 y ss.). En el marco de su sociología política o de la dominación, cabe mencionar la investigación sobre la burocracia del imperio guillennino en Alemania. Aquí Weber analiza de forma sincrónica la sociedad alemana para examinar la relación entre dominación política y burocrática bajo las condiciones del racionalismo occidental moderno. En su estudio relativo al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), Weber estudia su transformación en una organización burocratizada para examinar en perspectiva sincrónica la superioridad de un cuadro administrativo burocrático en las condiciones occidentales modernas, comparándolo con otros cuadros administrativos estructurados de forma diferente. Weber analiza en otros escritos las condiciones de la administración en los Estados Unidos y en Rusia.

ba, las consideraciones que Weber realiza sobre la burocracia pública y los diferentes niveles de análisis son diferentes según cual sea la obra que se analice. Si en *Economía y sociedad* la burocracia es, sobre todo, un instrumento organizativo que Weber alaba por su superioridad técnica y su eficacia en orden al logro racional de los objetivos, en los *Escritos políticos*, la burocracia es entendida, sobre todo, como un grupo o estrato de poder, con unos intereses y unas dinámicas sociales específicas que tiende a excederse de sus funciones y al que es necesario controlar (Beetham, 1985: 71). En los dos apartados siguientes se tratan estas dos caras del concepto de burocracia.

IV. Burocracia y racionalidad: el modelo formal weberiano de burocracia y burocratización en *Economía y sociedad*

Weber profundiza en la descripción de la dominación burocrática presentando sus rasgos más importantes en forma de principios en los que se basa la estructura y el orden organizativo y, finalmente, los caracteres de los empleados que prestan sus servicios en estas organizaciones.

Los elementos del modelo

El sistema de dominación legal cuya estructura más representativa es la burocracia, se sustenta, para Weber, en cinco creencias básicas (1987a: 173 y 174):

- Todo derecho, “pactado” u “otorgado” puede ser estatuido de modo racional, ya sea con arreglo a fines o a valores o ambas cosas, con la pretensión de que sea aceptado por los miembros de la asociación o por las personas que se relacionen con la asociación.
- Todo derecho es un sistema de reglas abstractas, por lo general, estatuidas intencionalmente. La judicatura aplica las reglas a cada caso concreto. La administración supone el cuidado racional de los intereses previstos por las ordenaciones de la asociación dentro de las normas jurídicas.
- El soberano legal típico, la persona que ejerce la dominación, al mismo tiempo que ordena y manda, obedece al orden impersonal por el que orienta sus disposiciones.
- El que obedece sólo lo hace como miembro de la asociación y sólo obedece al derecho.
- Los miembros de la asociación cuando obedecen al soberano no lo hacen en atención a su persona, sino al orden impersonal, a las ór-

denes emanadas dentro de una competencia limitada, racional y objetiva. Aunque el sistema legal de dominación puede adoptar formas diversas su tipo más puro, como señala Weber, es la burocracia. Los elementos formales de la burocracia son:

- El principio de las competencias o atribuciones oficiales fijas: las leyes o bien las disposiciones reglamentarias determinan la distribución de las tareas entre los miembros de la organización en orden a cumplir los fines de la organización. Las reglas establecen también los poderes de mando y regulan los medios coactivos para el cumplimiento de los deberes. Ningún funcionario debe realizar las tareas que no son de su competencia.
- La jerarquía funcional: a través de un sistema de mando y subordinación de modo que los inferiores son supervisados por los superiores. El sistema permite a los dominados la apelación a los superiores por la resolución de los inferiores.
- El funcionamiento de la organización burocrática se basa en expedientes o documentos escritos que se conservan y se ordenan.
- El aprendizaje profesional especializado para todos los funcionarios.
- El principio de dedicación: a diferencia de otras épocas en que la actividad de tramitación era considerada como marginal, aquí es considerada como una actividad principal que exige todo el rendimiento del funcionario.
- La separación entre los medios privados y los medios públicos. Los medios de producción y de administración no pertenecen al funcionario. Los funcionarios reciben a cambio de su trabajo una remuneración (1987a: 174 y ss; 716 y ss.).

Asimismo, las características del cuerpo de funcionarios administrativos son expuestas también por Weber. Las características del tipo más puro de funcionarios son las siguientes:

- El cargo es una profesión, lo que implica la exigencia de una serie de conocimientos que serán valorados en pruebas especiales para la ocupación del cargo.
- Con la ocupación del cargo el funcionario asume el deber de fidelidad a la organización a cambio de una existencia asegurada. Es importante reseñar que no se trata de una fidelidad a persona sino que se trata de una "fidelidad objetiva impersonal" propia de la burocracia.
- Los funcionarios están sometidos a relaciones jerárquicas.

- El funcionario cuenta con una estimación social especial por su pertenencia a un estatus social determinado. Dicho estatus es apoyado, incluso, por normas específicas que señalan diferencias respecto a otros colectivos profesionales o respecto al resto de los miembros de la sociedad.
- Los funcionarios son nombrados por el superior -y no por los dominados- considerando la capacidad técnica del candidato por encima de otras cuestiones.
- Desempeñan el cargo a perpetuidad para garantizar la objetividad e imparcialidad.
- Reciben una remuneración fija en dinero y una pensión para asegurar su vejez. Dicha remuneración no se determina en función del trabajo realizado sino que se establece de acuerdo a las funciones desempeñadas por el funcionario y que están determinadas en las normas.
- La progresión en la carrera profesional, que supone escalar en la jerarquía y obtener, por lo tanto, un salario superior, responde a un sistema de normas lo que permite al funcionario conocer cuáles son sus posibilidades de ascenso. Se basa, por lo general y para la mayoría de los puestos, en los principios de antigüedad y capacidad medida ésta de manera objetiva a través de un sistema de exámenes.
- Tienen protección formal en las actividades que desempeñan por razón de su cargo.
- Los funcionarios no poseen la propiedad de los medios de producción.
- El funcionario es fiel a su cargo y se identifica con los objetivos de la organización
- Están sometidos a una disciplina rigurosa y a la vigilancia administrativa (1987a: 175 y ss.; 707 y ss.).

La superioridad de la burocracia y sus razones

Como se ha señalado más arriba, para Weber la burocratización era un elemento esencial del proceso de racionalización del mundo y pensaba que la supervivencia de las sociedades industriales avanzadas guardaba una estrecha relación con la aplicación de las técnicas burocráticas. Weber considera que el éxito de la burocracia radica en su superioridad técnica. El entusiasmo con que subraya esta idea es la causa de que, en ocasiones se le haya atribuido la defensa vehemente del modelo burocrático. Sin embargo, conviene matizar que Weber mantenía una posición ambivalente respecto al fenómeno burocrático. Si de un lado reconocía

en la burocracia una forma de organización eficaz, del otro lado la criticaba, como se verá más abajo, como un límite a la libertad individual, a la autorrealización y al liderazgo creativo (Mommesen, 1989: 110 y ss.).²⁸

Weber considera a la burocracia como una forma de organización técnicamente superior a todas las formas conocidas de organización: la de tipo colegial, honorífico o auxiliar. Las razones de su superioridad son varias:

La precisión, la rapidez, la univocidad, la oficialidad, la continuidad, la discreción, la uniformidad, la rigurosa subordinación, el ahorro de fricciones y de costas objetivas y personales son infinitamente mayores en una administración severamente burocrática, y especialmente monocrática servida por funcionarios especializados, que en todas las demás organizaciones de tipo colegial, honorífico o auxiliar (1987a: 731).

El trabajo burocrático es más preciso y uniforme ya que se realiza conforme a normas impersonales. Es también más barato en términos de tiempo y dinero, tanto para la organización como para los ciudadanos, si se compara con el trabajo realizado por otras personas que no dedican todo su tiempo a la administración. Al mismo tiempo, los dominados disponen de la garantía de un trato homogéneo que les proporciona la independencia y la objetividad derivadas de la inamovilidad de los funcionarios. Es más rápido ya que las especificaciones recogidas en las normas evitan la posibilidad de que se produzcan discrepancias respecto a la solución de los asuntos. El sistema burocrático y, en concreto la división del trabajo como uno de sus elementos característicos, permite la especialización y el adiestramiento constante de los funcionarios. También garantiza la calculabilidad y el ajuste de los medios a los fines, es decir, la eficacia. Por último, como insiste Weber, la burocracia es un instrumento que ordena la realidad y evita el caos; y es precisamente ello lo que la hace imprescindible.

Análisis de las consecuencias de la burocratización en la sociedad

Una de las consecuencias más importantes de la burocratización sobre la sociedad se refleja en la estratificación social. La burocracia tiene un

28. Ver también Fry (1989). A pesar de la admiración que Weber siente hacia la burocracia por su superioridad técnica respecto a otras formas de organización, la asocia al mismo tiempo con la rutina que opondría a la libertad individual.

efecto nivelador sobre las diferencias sociales y económicas (Weber: 1987^a: 738) al acabar con los privilegios plutocráticos y los privilegios basados en el nacimiento, al sustituir la administración honorífica, *amateur*, ejercida por notables, por la administración a tiempo completo ejercida por profesionales asalariados, expertos, independientemente de su posición social o económica. Los propios principios de administración racional, basados en el conocimiento especializado y en el empleo de expertos exigen la mayor base social posible para el reclutamiento de los funcionarios (Beetham, 1985: 79). La necesidad de expertos hace que los diplomas educativos sustituyan al privilegio como base del reclutamiento administrativo y de la posición social. Weber observa así una clara relación entre el desarrollo de la burocracia y el crecimiento de la educación superior.

Esta igualdad en las posibilidades de acceso es concomitante con una subordinación del ejercicio del mando a normas abstractas, fruto de la exigencia de una igualdad jurídica en el sentido personal y real, según la cual, toda persona sometida a las normas es legalmente igual, rechazándose el privilegio y el principio de tramitación “según los casos” (Weber, 1987a: 738).

La autoridad en la sociedad burocratizada cumple sus cometidos y trata todos los casos de forma abstracta, sin consideración de las personas, aunque eso pueda llevar a una cierta deshumanización o “desmoralización” de su actividad. Como afirma Weber en diferentes lugares de *Economía y sociedad* (1987a: 468, 707, 732) o en su famoso excurso o *Zwischenbetrachtung* (1915).²⁹

El aparato burocrático estatal y su característico homo politicus racional, al igual que el homo oeconomicus, cumple sus tareas, incluido el castigo de la injusticia, ejecutándolas con arreglo al sentido más ideal de las reglas racionales de la dominación política, es decir, de un modo positivo, “sin acepción de personas”, “sine ira et studio”, sin odio y por ello también sin amor. En virtud de su despersonalización, y por mucho que parezca lo contrario, es menos accesible en puntos importantes a una moralización material que las estructuras patriarcales del pasado, que se basaban en los deberes personales de piedad y en la apreciación personal concreta del caso individual, “tomando en consideración” a la persona (1998a: 537).

29. Incluido en sus *Ensayos sobre sociología de la religión*.

Por último, las relaciones sociales de dominación que se configuran en un sistema plenamente burocrático hacen de éste un sistema social prácticamente indestructible. Como Weber afirma, “una burocracia muy desarrollada constituye una de las organizaciones sociales de más difícil destrucción” (1987a: 741). El sostenimiento económico y toda la existencia social del burócrata están identificados con el “aparato”. La población gobernada por esa burocracia tampoco puede deshacerse de ella o sustituirla, y el funcionamiento del Estado y la gestión de los asuntos públicos depende irremediabilmente del conocimiento especializado y la coordinación del aparato burocrático (Bendix 1960: 430).

Las críticas al modelo weberiano

Las críticas a los escritos sobre burocracia de Weber han sido más frecuentes que en otros campos temáticos de su obra.³⁰ La mayoría de los autores ha basado sus valoraciones en la exposición de *Economía y sociedad*, la más conocida y accesible, sin tener en cuenta otros escritos que la complementan.³¹ En cualquier caso, los estudios y construcciones típico-ideales relativas a la burocracia y la burocratización de Weber han sido el origen de un fructífero debate que ha versado, sobre todo, acerca de la validez empírica, histórica y predictiva de su modelo.³²

Por aludir brevemente a alguna de estas críticas, ha sido frecuente la incomprensión del uso weberiano del tipo ideal, que se ha entendido,

30. En muchos campos esto se explica quizá por qué pocos eran los que disponían de un saber suficiente para poner en cuestión las ideas weberianas.

31. Rudolph y Hoerber (1979), por ejemplo, omiten los *Escritos políticos* en su “interpretación revisionista” de Weber.

32. Sin el espacio o la intención de entrar en los innumerables debates que el modelo weberiano ha generado en el estudio de las organizaciones desde su publicación hasta nuestros días, cabe decir que muchas de las aproximaciones críticas al modelo weberiano se sustentan en la idea de un insuficiente análisis por parte de Weber de las consecuencias del funcionamiento de la burocracia y en la polémica asimilación de los conceptos de racionalidad y eficacia. Otros niegan que haya una asociación real entre su tipo ideal de burocracia y los conceptos de racionalidad y eficiencia. Obras en la tradición weberiana que complementan el modelo del sociólogo alemán y que son ya clásicos modernos en el estudio de la burocracia pública o privada y de las organizaciones, son las obras de R. Merton (1952) sobre las disfuncionalidades de la burocracia; la de Selznick, sobre la tendencia de las subunidades administrativas a perseguir sus propios objetivos distintos a los de la organización como un todo; la de A. Gouldner (1954) y la influencia del sistema de reglas en la eficacia de la organización; C. Friedrich (1952) quien critica el poco énfasis de Weber en la responsabilidad de los funcionarios que se limitan a aplicar la norma; P. Blau (1963) y sus consideraciones sobre la existencia de otros factores, distintos a un rígido sistema de normas, para lograr e, incluso, incrementar la eficacia. Sobre los desarrollos posteriores y las críticas a la obra de Weber sobre burocracia ver Albrow (1970), Clegg (1990), Kieser (1999). En español puede verse Nieto (1976) y García Madaria (1985).

como se apuntaba más arriba, como un tipo histórico o empírico o bien como una mera prescripción.³³ Otros han acusado a Weber de dejar de lado, en su consideración de la dominación burocrática, algunos factores de poder en las organizaciones y olvidar la existencia de rasgos persistentes de carácter patrimonial en las organizaciones modernas, tanto públicas como privadas (Rudolph y Hoerber, 1979). Otro reproche frecuente, que ya le hicieron algunos colegas austriacos contemporáneos y que se refiere a sus posturas más beligerantes hacia la burocracia, es el hecho de que Weber base su crítica general sobre la burocracia y sobre las posibilidades del socialismo en rasgos que eran, en muchos, casos sólo propios de la burocracia prusiana, y que no sepa distinguir cuidadosamente entre aquellos factores que son generalizables y aquellos que son peculiarmente prusianos (Beetham, 1985: 85).

En el ámbito de la sociología de las organizaciones, como ha observado Kieser (1999: 62), los malentendidos producidos por las intenciones y la construcción weberiana han sido provechosos al promover un contraste con la realidad empírica emprendido por los sociólogos desde los años 40. Kieser (ibid.) ha resumido las críticas al modelo de burocracia weberiana en tres grandes conclusiones (1999: 62): 1) las organizaciones muestran numerosas variaciones que es difícil aprehender y caracterizar correctamente con un tipo único, 2) la forma de organización burocrática es sólo eficiente bajo determinadas circunstancias, por lo que la hipótesis weberiana de la superioridad debe relativizarse, 3) toda organización burocrática muestra ciertos efectos disfuncionales que afectan a su eficiencia técnica (ver Kieser: 1999: 64).

También ha habido autores que han tratado de contrarrestar las críticas al modelo weberiano y han planteado la discusión en sus correctos términos.³⁴ Albrow (1970: 46), por su parte, argumenta que ni la eficacia ni la ineficacia del sistema burocrático eran los temas que realmente preocupaban a Weber. Y ello es, quizá, la causa por la que nunca se detuvo a analizar de manera específica los defectos en el funcionamiento organizativo de la maquinaria burocrática, razón por la que ha recibido innumerables críticas provenientes, sobre todo, de la sociología de la organización.

33. Ver Rudolph y Hoerber (1979) y Friedrich (1952). En español, Nieto (1976) o Baena del Alcázar (2000: 224 y ss), que lo ha llamado el "desenfoco tradicional" del modelo weberiano, se han referido a este malentendido.

34. Para una defensa del uso del tipo ideal en Weber ver Mayntz (1965) y Kalberg (1994).

Sin embargo, y anticipando algunas conclusiones que se ofrecen en el apartado siguiente, es cierto que Weber es el primero en reconocer algunas paradojas en el sistema burocrático. Por ejemplo, no es la menor de ellas la incapacidad de la burocracia para adaptar la resolución resultado de la aplicación de las reglas uniformes al cada caso concreto. Del mismo modo, observa que la “igualdad jurídica”, “el formalismo y la fría objetividad” garantizada por la uniformidad legal puede chocar con el *ethos* que, en ocasiones, domina a las masas (1987a: 735). Y algo parecido ocurre dentro de las propias organizaciones que tienden a funcionar mejor cuanto más se tiende a la “deshumanización” de sus miembros (1987a: 732). Como señala Mommsen (1989:114) la consecuencia más seria de ello es la “tendencia de las organizaciones burocráticas a ahogar todo liderazgo creativo”.

V. Burocracia y poder: La otra cara de la burocracia en los escritos de Weber.

El tema de la dominación de los funcionarios

En junio de 1917 Weber publica por primera vez un artículo con el título “Poder burocrático y liderazgo político” que más tarde aparece en forma de libro, junto con otros capítulos, en mayo de 1918. Weber inicia este escrito con la siguiente afirmación:

En un Estado moderno, el poder real, que no se manifiesta en los discursos parlamentarios ni en las proclamaciones de los monarcas, sino en la actuación administrativa cotidiana, reside necesaria e inevitablemente en las manos del funcionariado; del civil y del militar. (...) El progreso hacia el funcionariado burocrático (...) constituye el criterio inequívoco para medir la modernización del Estado (1991:126).

El, para Weber, “irrevocable” o “irresistible” avance de la burocracia, en todos los órdenes de la vida da “su sello a la época actual” (1991:141) y es un elemento característico del Estado moderno que, sin embargo, traerá consecuencias no siempre positivas en el orden político y social. Los *Escritos políticos* de Weber se centran explícitamente en este lado negativo de la burocracia (Beetham, 1985:65).

Dos son las preocupaciones de Weber respecto a lo que denomina la dominación de los funcionarios (*Beamtenherrschaft*). En primer lugar, reflexiona sobre la tendencia de los funcionarios a exceder su poder y

arrebatarse a los políticos su papel en la definición de los objetivos sociales. En segundo lugar, Weber se muestra preocupado por la tendencia de la clase burocrática a perseguir sus propios intereses y a perpetuarse y reproducirse en el poder (Beetham, 1985:65 y 66).

Analiza el caso alemán después de Bismarck a quién atribuye la responsabilidad de haber eliminado las cabezas políticas del Estado y haberlas sustituido por los funcionarios. Weber considera que:

El funcionariado público ha dejado brillante constancia de su buen hacer siempre que tuvo que demostrar en tareas oficiales y exactamente definidas de índole técnica su sentido del deber, su objetividad y su dominio de los problemas organizativos. Uno que, como yo, procede él mismo de una familia de funcionarios, será el último en permitir que se mancille su impoluto lustre. Pero aquí se trata de contribuciones políticas, no "de oficio", y los hechos sacan ya de por sí a la luz del día el conocimiento de algo que no puede ser negado por nadie que ame la verdad. El gobierno de los funcionarios ha fracasado en toda línea siempre que se ha ocupado de cuestiones políticas (1991:172).

Weber cree que los funcionarios asumen un papel para el que no se encuentran preparados y usurpan con él la actividad natural de los políticos.³⁵ El problema es doble para nuestro autor. Por un lado, se refiere a lo que la burocracia *no* hace, es decir, a lo que no se encuentra capacitada para hacer, y, por otro lado, a las dificultades continuas que existen en el control de la actividad de los burócratas. Estos dos temas están relacionados con su peculiar naturaleza. De un lado, Weber piensa que el poder de los funcionarios se sustenta sobre todo en la posesión de un *saber especializado* adquirido con la formación y en lo que él mismo denomina el *saber de oficio* que es la información adquirida con el desempeño del puesto y es, en ocasiones, convertido deliberadamente por los altos funcionarios en un *saber secreto* muy difícil de controlar (1991: 174). Al mismo tiempo los funcionarios cuentan con la fortaleza de su propia actividad e influencia en las decisiones que afectan a los ciudadanos ya que les hace imprescindibles en orden a evitar el caos cotidiano. Por otro lado, piensa Weber que "su capacidad de rendimiento en el terreno del sector público, estatal, está sometida a rígidos límites inter-

35. Ver Barenstein (1982). En el doble análisis de la burocracia como instrumento técnico y como grupo de poder, este autor se refiere a la burocracia como posible usurpadora de poder. "Hay además posiciones intermedias entre los extremos de la burocracia-instrumento y la burocracia-usurpadora: son los casos de la burocracia desviando las decisiones políticas, saboteándolas o ignorándolas" (p. 77). Barenstein estudia estos casos con ejemplos del propio Weber o de otros autores.

nos" (1991:146). La impersonalidad de las normas y la rígida jerarquía que deben ser respetadas por el funcionario limitan su autonomía y creatividad y condicionan el carácter de su responsabilidad que es muy distinta a la del político.

De esta manera aparece acentuada en Weber la dicotomía entre política y administración (Fry, 1989). Sirviéndose de nuevo de categorías típico-ideales, Weber establece dos tipos puros, diametralmente opuestos, que son el funcionario y el político, que representan dos tipos diferentes de responsabilidad. El funcionario debe ser un sirviente neutral de la política, leal a su cargo y con responsabilidad impersonal que juzga las situaciones en función de las reglas y de su conocimiento experto. Lo que debe caracterizar al buen político, sin embargo, son las dotes de mando, la independencia, la libre iniciativa, la responsabilidad personal y su capacidad de lucha por el poder, por lograr los apoyos necesarios entre las masas y en el parlamento para poner en práctica sus ideas, ya que para Weber, "la política es, en esencia, lucha" (Weber, 1991: 230; Mommsen, 1981: 55). Si el funcionario debe cumplir con sus obligaciones y seguir las órdenes independientemente de que crea o no en su corrección, el político está obligado a abandonar su cargo cuando se vea incapacitado para lograr sus objetivos esenciales (Mommsen, 1989: 118).

La inevitabilidad de la burocracia y las implicaciones socio-culturales de la burocratización

Si en el plano social la burocracia tiene también los efectos sobre la estratificación señalados más arriba y en el plano administrativo y político la burocracia es algo más que un mero instrumento de administración racional, en el plano cultural la burocracia tiene efectos claros sobre las ideas y los valores de la sociedad. A este respecto Weber muestra su cara más pesimista, casi tenebrosa, al vaticinar el futuro de una sociedad totalmente burocratizada recurriendo a la extrapolación de las condiciones contemporáneas y a ejemplos de sociedades totalmente burocratizadas como el antiguo Egipto y el Imperio Romano. En varios escritos, como los *Ensayos de sociología de la religión* u otras piezas sociológicas y políticas, se encuentra repetidamente la observación del avance irreversible e imparable en la sociedad contemporánea, la descripción de la burocracia como una máquina sin alma, y la voz de alerta contra las peligrosas consecuencias de la dominación burocrática.³⁶ La

36. Sobre los paralelos entre el análisis weberiano de la burocracia desde la sociología y el tratamiento literario del tema por Kafka, ver el ensayo de González García (1989).

tendencia a exceder su poder, el impacto en los valores y comportamientos sociales, la defensa de sus propios intereses encubiertos tras el velo del interés general o su incapacidad para entender y hacer política (González García, 1989: 191).

Esta situación se produciría, según Weber, debido a un conflicto entre la racionalización de las instituciones y la racionalización de la conducción de la vida, y por la contradicción entre la creciente *maquinización*, *disciplinarización* y la especialización como efectos de la burocracia, y la libertad y creatividad individual. El principio de calculabilidad en el capitalismo y en la burocracia lleva a la despersonalización e impide la acción autoresponsable (Breuer, 1991; Kieser, 1999). El avance de la burocracia puede convertir a la sociedad en un "horror egipcio" (*ägyptisches Greuel*) (Heins, 1990). La burocracia y las instituciones se convierten así en una envoltura o armazón férreo (*stahlhartene Gehäuse*),³⁷ no sólo para el burócrata sino también para el ciudadano. En sus palabras, en espíritu coagulado,

Pero espíritu coagulado es también esa máquina viviente que representa la organización burocrática con su especialización técnica del trabajo profesional, su delimitación de competencias, sus reglamentos y sus relaciones de obediencia jerárquicamente escalonadas. En unión con la máquina muerta, se ha puesto a la obra de tejer el armazón de ese tipo de servidumbre del futuro en que un día quizá se verán obligados a entrar, impotentes, los hombres, como ocurrió a los fellahs en el antiguo Estado egipcio, si el único y definitivo criterio de valor para ellos, que ha de decidir sobre la forma de conducir sus asuntos, es una administración buena en sentido puramente técnico, es decir, una administración y provisión racional de las necesidades a cargo de funcionarios. Pues eso lo hace la burocracia de manera incomparablemente mejor que cualquier otra estructura de poder. (1991: 144)

En este mismo sentido son famosas las intervenciones tanto de Max Weber como de su hermano, Alfred, en la reunión de la *Verein für Sozialpolitik* que tuvo lugar en Viena en septiembre 1909. En ella, ambos hermanos realizan una dura crítica contra los efectos culturales y sociales de la burocratización. Frente a la defensa apasionada que los miembros más conservadores de la *Verein* realizan de la mayor intervención del Estado y del papel de la burocracia como representación de los intereses generales por encima de los particulares, los hermanos Weber

37. Como se sabe, la traducción de esta expresión weberiana que ha hecho fortuna, a través de la traducción inglesa de Parsons como *iron cage*, es *jaula de hierro*.

insisten en la necesidad de democratización de las instituciones del Estado y en la necesidad de control de la burocracia y los peligros del tipo especial de hombre que esta promueve. Así Weber alerta sobre las consecuencias de la funcionarización de la sociedad, que como “liberal desesperado” (Mommsen) no puede sino deplorar:

...del mismo modo que resulta terrible pensar que el mundo estuviese formado sólo de catedráticos —escaparíamos al desierto si tal cosa ocurriera— mucho más terrible sería que estuviese lleno de esos elementos que se aferran a un puestecillo y luchan denodadamente por conseguir otro de mayor categoría (...) Esta pasión por la burocratización como la hemos escuchado aquí, es más que suficiente para desesperar a cualquiera. (...) Es como si nosotros, a sabiendas y voluntariamente, debiéramos transformarnos en hombres que necesitan orden única y exclusivamente, que se vuelven cobardes y nerviosos cuando este orden se bambolea un instante y desvalidos cuando son arrancados de su adaptación exclusiva a él. Que el mundo no conozca nada más que tales hombres de orden supone una evolución en la que, de todos modos, estamos atrapados y la cuestión central no es cómo llevarla adelante ni cómo acelerarla, sino qué oponer a esta maquinaria con el fin de conservar un resto de humanidad en esta parcelación del alma, en este dominio exclusivo de los ideales de vida burocráticos.³⁸

Estas visiones de pesimismo cultural que identifican la sociedad burocratizada y de masas con la imposibilidad de la acción individual autoresponsable y creativa, y la uniformización social han encontrado mucho eco en algunos filósofos culturales y científicos sociales desde entonces. La crítica de las consecuencias de la racionalización y la burocratización ha sido frecuente desde Wright Mills, Marcuse, pasando por Habermas y Luhman hasta Ritzer (1993) y su tesis de la *Macdonalización* de la sociedad, que se considera en una tradición de análisis weberiano. También ciertos críticos severos de la *Modernidad* como Bauman (1989) han basado sus críticas explícitamente en los argumentos de Weber y la existencia de una burocracia racional que lleva a los individuos a una incapacidad moral y que provoca las condiciones potenciales conducentes al holocausto, pues la burocracia racional sería “intrínsecamente capaz de la acción genocida”.³⁹

38. Max Weber “Debaterede”, en *Schriften des Verein für Sozialpolitik*, vol. 132, pág. 284

39. Du Gay (1999) ha puesto de manifiesto recientemente cómo la crítica de la racionalidad burocrática hecha por Bauman basándose en nociones weberianas hace un uso injustificado de las ideas de Weber a veces incluso contradiciendo sus conclusiones sobre la capacidad moral del comportamiento burocrático.

Este pesimismo de Weber respecto a la burocracia y el futuro de la sociedad moderna fue criticado ya por algunos contemporáneos (Beetham, 1985: 84). En nuestros días también algunas de estas visiones apocalípticas y pesimistas han sido criticadas, argumentando que la individualidad y la creatividad, ya desde tiempos de Weber, más bien han aumentado con el desarrollo de la burocratización, y no al contrario. En la administración pública, en empresas privadas, en el arte o en la ciencia, en la Academia, etc., las innovaciones y la creatividad son más frecuentes de lo que predicen las voces pesimistas (Haferkamp, 1989).

La propuesta política de Weber: control de la burocracia y democracia, parlamento y liderazgo político

La preocupación de Weber por delimitar el papel de los burócratas y los políticos y las consideraciones acerca de las consecuencias socio-culturales de la burocracia se enmarcan dentro de una reflexión más amplia sobre la dominación creciente de la burocracia. Weber reitera en múltiples ocasiones, como se ha visto, la inevitabilidad de la burocracia en todas las democracias modernas. Como señala en su conferencia *El socialismo* pronunciada el 13 de junio de 1918 ante oficiales del ejército de Austria-Hungría:

A la democracia no le queda más que esta alternativa: o ser administrada de manera barata por gente rica a base de que los cargos sean honoríficos, o de manera cara por funcionarios profesionales a sueldo. Esto último, la creación de un cuerpo de funcionarios profesionales, es el destino que les espera a todas las democracias modernas en que no basta para su funcionamiento el cargo honorífico, o sea, a los Estados con grandes masas de población (1991: 310 y 311).⁴⁰

A la vez que realiza su advertencia sobre “inevitable burocratización universal” (1991:314) expresa su temor acerca de la expansión del poder burocrático y de las amenazas que éste supone sobre la libertad de los individuos y la existencia de la democracia. Existe, pues, una relación antinómica entre democracia y burocracia derivada del necesario papel de la burocracia en la puesta en funcionamiento del conjunto de

40. Weber piensa que Estados Unidos se encuentra en una situación de transición. Utilizando algunas anécdotas acaecidas durante su viaje por los Estados Unidos en 1904, Weber describe los rasgos del sistema político norteamericano y se detiene en las características de su administración, todavía no totalmente profesionalizada como en Europa. A pesar de los peligros inconvenientes del *spoils system*, como la corrupción y el nepotismo, pone en boca de un obrero estadounidense el temor al dominio burocrático.

reglas abstractas que implican los procedimientos democráticos (Giddens, 1995: 28). Ante esta situación Weber considera necesaria una reflexión sobre las nuevas formas de organización política y para ello se pregunta:

1. ¿Qué posibilidad queda todavía, realmente, *de salvar* algunos restos de una libertad de movimientos de algún modo "individual"?
2. Habida cuenta de la necesidad cada vez más absoluta del funcionariado estatal (...) ¿cómo se puede ofrecer alguna garantía, cualquiera que sea, de que existen fuerzas capaces de tener a raya y controlar eficazmente la enorme prepotencia de esa capa de importancia cada vez mayor? ¿Cómo será realmente posible la democracia aunque no sea más que en un sentido restringido? (1991:145 y 146)

En definitiva, y tomando las palabras del libro de Portinaro (1987) Weber plantea, la cuestión de "la democracia como problema y la burocracia como destino". Weber constata la incapacidad del sistema político alemán para conseguir garantizar la democracia y contrarrestar el penetrante poder de los burócratas en todos los ámbitos de la sociedad. Consideraba que la debilidad del Parlamento, la ausencia de un verdadero liderazgo político tras la caída de Bismarck y la burocracia parasitaria en manos de la aristocracia *Junker* venida a menos eran los auténticos lastres que impedían el desarrollo alemán. Por lo tanto, su reflexión debe entenderse desde este ámbito aunque sus propuestas no sólo sean válidas para Alemania (Eliaeson, 2000).

Sin ánimo de ser exhaustivo en el tratamiento de las propuestas weberianas, si pueden señalarse las más significativas: el fortalecimiento del Parlamento, al que ve como un instrumento práctico para el control de la administración y medio eficaz de selección de los políticos, y la selección plebiscitaria del líder.⁴¹ En primer lugar, considera el reforzamiento de la actividad y de los cometidos del Parlamento como un elemento central de su propuesta:

41. Entre otros temas, una buena síntesis y discusión de las propuestas políticas weberianas puede encontrarse en Abellán (1992). Ver también Valdecantos (1992: 61 y ss.). Para este autor existen dos preguntas básicas en los *Escritos políticos*. La primera sobre "el modo de lograr una burocracia no disfuncional con dirección política eficaz" y la segunda "¿cómo compensar el dominio burocrático de modo que se logre el máximo posible de salvaguarda de la libertad individual (...) en situación de democracia de masas? Ambas conducen a la misma respuesta de la necesaria reforma del Parlamento. Valdecantos sistematiza en cinco tipos los argumentos que conducen a Weber a tal propuesta: argumento del *free rider*, argumento socioestructural, argumento de la integración, argumento de la "aristocracia plebeya" y argumento de la igualdad jurídica.

Quien plantee la pregunta sobre el futuro del sistema político alemán en términos distintos a los de *cómo se puede hacer al Parlamento capaz de ejercer el poder*, se está equivocando ya de entrada. Pues todo lo demás es de segundo orden (1991: 190).

Por un lado, Weber señala la urgencia de diseñar un sistema que sirva de contrapeso al dominio burocrático y, para ello, piensa en la necesaria revitalización del Parlamento ya que en caso contrario éste:

quedará situado frente a los dirigentes de la administración como un poder enemigo; por ser considerado de esa manera, éstos sólo servirán el mínimo más indispensable de información, y no se le tendrá más que por un estorbo, por un corro de criticastrós y de sabihondos impotentes. Por su parte, la burocracia se convierte entonces fácilmente para el Parlamento y sus electores en una casta de trepacargos y esbirros serviles frente a los que está el pueblo en calidad de objeto de sus desagradables, y en buena parte, superfluas artes (1991:155).

Un primer cometido del Parlamento debe ser el control de la administración, a través de la exigencia de transparencia administrativa y de rendición de cuentas (1991: 175 y ss.). Su labor en este ámbito es esencial pero necesita, para ello, disponer de los medios suficientes, de la información precisa y de la formación de expertos que sean capaces de penetrar en el saber especializado tras el que se esconden los burócratas. Asimismo, la actuación parlamentaria requiere arbitrar mecanismos estables que permitan hacer de verdad efectivo ese control sobre la administración. Tarea en la que debieran implicarse también, como en el sistema político inglés analizado por Weber, la prensa y el pueblo demostrando cierto grado de madurez política.

Weber cree que el Parlamento debe ser, sobre todo, el lugar de selección de los dirigentes políticos y de la administración y que éste debe disponer, también, de amplias prerrogativas sobre la continuidad y la actuación de estos y no ser, únicamente, una institución caracterizada por el reparto de sus cargos en función de prebendas entre los militantes de los partidos políticos. Al mismo tiempo, se muestra partidario del sufragio universal igual que posibilita la expresión política de todos los alemanes. Ambas medidas conducían inevitablemente a la burocratización de los partidos políticos en este contexto de la democracia de masas:⁴²

42. Se sigue en esta parte el texto Abellán (1992).

Atendiendo a su estructura interna, y a medida que aumenta el grado de racionalización de las técnicas electorales, todos los partidos han ido pasando a lo largo de las últimas décadas a una forma burocrática de organización (1991:137).

Para Weber, por inevitable que sea también la burocratización de los partidos políticos, tiene sus consecuencias negativas ya que existe “el peligro del ‘espíritu burocrático’ en perjuicio de los auténticos líderes” (1991:227), de los funcionarios de partido que viven *del* partido y de la política frente a los auténticos líderes que viven *para* la política (1991:226).⁴³ Para evitar los efectos negativos de tales medidas recupera el concepto de carisma a través de la “democracia plebiscitaria del líder”. Un líder plebiscitario es el elegido por el pueblo, por lo tanto, está obligado a lograr el respaldo del mismo a través de la competición política. Cuando la consiga contará con una legitimidad directa del pueblo. Ello le sitúa por encima del Parlamento y le permite actuar con cierta autonomía y creatividad de las que tan necesitada está la sociedad burocratizada.⁴⁴

Sin embargo, en la propuesta de Weber la figura del líder plebiscitario también encuentra sus límites. Weber se muestra cuidadoso asignando una función de control tanto a las masas como al Parlamento. Así en su estudio del sistema político británico observa:

...el Parlamento garantiza en Inglaterra: 1) la continuidad, y 2), el control de su poder; 3), la conservación de las garantías civiles frente a aquél; 4) una forma regulada de los méritos políticos de los políticos que compiten por la confianza de las masas en su trabajo parlamentario, y 5), una forma pacífica de la eliminación del dictador cesarista, cuando éste pierde la confianza de las masas (1991:234).

En definitiva, como señala Abellán (1992: 453 y 454) “la concepción de la democracia, en Weber está referida a un modelo dualista y antagónico, en el que se acentúa la figura del líder carismático, plebiscitario, dentro de un sistema parlamentario, defendido por él fundamentalmente por su eficacia y por la funciones que realiza”.

43. La discusión sobre el concepto de democracia en Weber y la relación de ésta con el sistema de partidos puede verse en Breuer (1996: 171 y ss.). Acerca del concepto de democracia véase también Schroeder (1998).

44. Sobre el concepto de carisma en Weber ver Cavalli (1981), Eliaeson (2000) y Lassman (2000). Para un desarrollo del concepto de democracia plebiscitaria del líder y una síntesis de las críticas que ha recibido véase Mommsen (1981: 69 y ss).

VI. Conclusiones y perspectivas futuras de la investigación weberiana

La pretensión de este artículo ha sido realizar una aproximación a los estudios de Weber sobre burocracia y burocratización contemplando las diferentes facetas del fenómeno. Ello no puede hacerse sin prestar atención al contexto académico e intelectual de su época y al marco teórico y empírico, más amplio naturalmente, en que se desarrolla la reflexión weberiana.

Sería poco menos que un atrevimiento intentar decidir aquí cuál es el problema central en la obra de Weber. Tampoco ha sido el propósito de este trabajo encontrar el hilo de Ariadna que pudiera guiar al lector a través de la argumentación weberiana de su sociología política. Sin embargo, si interesa destacar que las aportaciones de Weber sobre la burocracia pertenecen a la parte de sus escritos que estudia el proceso de racionalización en el mundo Occidental. La burocracia es para Weber el resultado de un proceso de racionalización y a la vez una forma de racionalidad.

A través del estudio y del contraste entre los tipos ideales que forman parte de su Sociología de la dominación, Weber explica parte de ese proceso de racionalización peculiar del mundo Occidental: la parte referida al poder. La burocratización supone en Weber un avance en ese proceso que caracteriza al mundo moderno y, en el ámbito político, al Estado moderno. El Estado moderno presupone una racionalización de su aparato administrativo y de su sistema jurídico. La dominación legal racional y el aparato administrativo burocrático, tal y como son definidos por Weber, son parte de la esencia del Estado moderno.

Todo lo dicho obliga a completar pues el estudio de la burocracia que tradicionalmente ha sido transmitido a través de los libros de texto sociológicos. La burocracia no es solamente una forma moderna de organización sino también una intrincada maraña de relaciones de poder que penetra en todas las esferas de la vida en sociedad. Es cierto que como forma de organización, la burocracia es alabada con devoción por Weber, aunque, en contra de lo manifestado por algunos autores, éste también es capaz de observar ciertas paradojas que se producen en las organizaciones burocráticas. Pero no es menos cierto, que las loas weberianas a la burocracia se ciñen estrictamente a su precisión mecánica, a su carácter de máquina, y, en ningún caso, a cualquier otro aspecto. Quizá la razón de ello es que la preocupación de Weber lejos de centrarse en la

mayor eficacia de las organizaciones burocráticas, tiene mucho más que ver con la protección de la libertad individual o con la democratización de las instituciones.

Bien al contrario, se encuentran en Weber muchas más reflexiones críticas sobre “la otra cara de la burocracia”. Así, Weber observa con inquietud la tendencia de los funcionarios a usurpar un papel que no les corresponde o el implacable avance del proceso de burocratización en todos los órdenes sociales que pueden desembocar en la “envoltura férrea de la servidumbre futura”.

Weber sigue de actualidad. En cierto modo las preocupaciones que forman de las reflexiones académicas de vanguardia fueron formuladas ya por este gran pensador que fue capaz de adelantarse a su tiempo.⁴⁵ Aunque inevitablemente condicionado por su contexto político y social, Weber trataba temas tan necesarios y vigentes como la ética o el liderazgo político. Finalmente, en el ámbito concreto de la Ciencia de la Administración cabe decir que lo verdaderamente útil de las reflexiones weberianas acerca de la burocracia son sus valoraciones críticas, precisamente las menos conocidas, sobre aspectos tan necesarios como la transparencia administrativa, la rendición de cuentas o sus implicaciones democráticas

VII. Bibliografía

Abellán, Joaquín

- 1991 Estudio preliminar, en Max Weber. *Escritos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, pags. 7-59.
- 1992 “El pensamiento político de Max Weber”, en F. Vallespín (comp.) *Historia de la Teoría Política, 4. Historia, progreso y emancipación*, Madrid, Alianza Editorial, pags. 440-468.

Aguilar, Luis F.

- 1988 *Weber: la idea de ciencia social. Vol 2. La Innovación*, México D.F., Porrúa.

Albrow, Martin

- 1970 *Bureaucracy*, London, Macmillan.
- 1990 *Max Weber's Construction of Social Theory*, New York, St. Martin's Press.

45. Prueba de esa actualidad son trabajos actuales dentro el estudio comparativo de la administración y el estado con planteamientos y preguntas típicamente weberianas. Pueden destacarse como ejemplos los de Page (1985) que estudia el liderazgo político y el control burocrático en las democracias avanzadas y Silberman (1993), en su ambicioso estudio comparativo del surgimiento y evolución de las administraciones racionales.

- Baena del Alcázar, Mariano
2000 *Curso de Ciencia de la Administración*, Madrid, Tecnos, pags. 224-235.
- Barenstein, Jorge
1982 *El análisis de la burocracia estatal desde la perspectiva weberiana*, México, Centro de Investigación y Docencia Económica.
- Bauman, Zygmunt
1989 *Modernity and the Holocaust*, Cambridge, Polity Press.
- Beetham, David
1985 *Max Weber and the Theory of Modern Politics*, Cambridge, Polity Press.
1987 "Mosca, Pareto and Weber: A Historical Comparison", en W. Mommsen y J. Osterhammel (eds.) Pags. 139-158.
- Bendix, Reinhard
1960 *Max Weber, An Intellectual Portrait*, London, Methuen & Co. (traducción española 1979 *Max Weber*, Buenos Aires, Anorrortu)
- Bendix, Reinhard y Roth, Guenther
1971 "The Genesis of the Typological Approach", en R. Bendix y .G. Roth *Scholarship and Partisanship: Essays on Max Weber*, Berkeley, University of California Press, pags. 253-265.
- Bensman, Joseph
1979 "Max Weber's Concept of Legitimacy: An Evaluation", en A. J. Vidich y R. Glassman eds. *Conflict and Control. Challenge to Legitimacy of Modern Governments*, Beverly Hills, Sage.
- Blau, Peter M.
1963 *The Dynamics of Bureaucracy*, Chicago, University of Chicago Press
- Bobbio, Norberto
1981 "La teoria dello stato e del potere" en Pietro Rossi *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Torino, pags. 215-246.
- Breuer, Stefan
1991 *Max Webers Herrschaftssoziologie*, Frankfurt, Campus Verlag.
1993 "Max Webers Staatssoziologie", *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 2, pags. 199-219.
1996 *Burocracia y carisma. La sociología política de Max Weber*, Valencia, Edicions Alfons el Magànim.
1998 "The Concept of Democracy in Weber's Political Sociology", en R. Schroeder ed. *Max Weber, Democracy and Modernization*, London, MacMillan., pags. 1-13.
1999 *Georg Jellinek und Max Weber. Von der sozialen zur soziologischen Staatslehre*, Baden-Baden, Nomos.
- Cavalli, Luciano
1981 *Il capo carismatico. Per una sociologia weberiana della leadership*, Bolonia, Il Mulino.

- Clegg, Stewart R.
1990 *Modern Organizations. Organization Studies in the Postmodern World*, Londres, Sage.
- Collins, Randall
1986 *Weberian Sociological Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Du Gay, Paul
1999 "Is Bauman's Bureau Weber's Bureau?: a Comment", *British Journal of Sociology*, 50, 4, pags. 575-587.
- Eliacson, Sven
2000 "Constitutional Caesarism: Weber's Politics in their German Context", en S. Turner (ed.), pags. 131-150.
- Fariñas Dulce, María J.
1989 *La sociología del derecho en Max Weber*, Madrid.
- Freund, Julien
1986 *Sociología de Max Weber*, Barcelona, Península.
- Friedrich, Carl J.
1952 "Some Observations on Weber's Analysis of Bureaucracy", en R. Merton et al. (eds.) pags. 27-32.
- Fry, Brian R.
1989 *Mastering Public Administration. From Max Weber to Dwight Waldo*, New Jersey, Chatham House.
- García Madaria, José M.
1985 *Teoría de la organización y sociedad contemporánea*, Barcelona, Ariel.
- Giddens, Anthony
1995 *Política y sociología en Max Weber*, Madrid, Alianza Editorial.
- González García, José M.
1988 "Crítica de la teoría económica de la democracia", en J.M. González y F. Quesada (coords.) *Teorías de la democracia*, Barcelona, Anthropos.
1989 *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Frank Kafka*, Madrid, Visor.
- Gouldner, Alvin W.
1954 *Patterns of Industrial Bureaucracy*, Glencoe, The Free Press.
- Habermas, Jürgen
1999 *Teoría de la acción comunicativa. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Madrid, Taurus.
- Haferkamp, Hans
1989 "Individualismus und Uniformierung— Über eine Paradoxie in Max Webers Theorie der gesellschaftlichen Entwicklung", en J. Weib ed. *Max Weber heute. Erträge und Probleme der Forschung*, Frankfurt, Suhrkamp, pags. 461-498.

- Heins, Volker
1990 *Max Weber zur Einführung*, Hamburg, Junius.
- Hennis, Wilhelm
1983 "El problema central de Max Weber", *Revista de Estudios Políticos*, 33, pags. 49-99.
- Kalberg, Stephen
1994 *Max Weber's Comparative Historical Sociology*, Chicago, University of Chicago Press.
- Käsler, Dirk
1998 *Max Weber. Eine Einführung in Leben, Werk und Wirkung*, Frankfurt, Campus.
- Kieser, Alfred
1999 "Max Webers Analyse der Bürokratie", en Alfred Kieser (comp.) *Organisationstheorien*, Stuttgart, W. Kohlhammer, pags. 39-64.
- Lassman, Peter
2000 "The Rule of Man over Man: Politics, Power and Legitimation" en S. Turner (ed.). pags. 83-98.
- Lerner, Berta
1993 *Democracia política o dictadura de las burocracias: una lectura de Max Weber con miras al porvenir*, México, UNAM.
- Löwith, Karl
1982 [1932] *Max Weber and Karl Marx*, London, Allen & Unwin.
- Mayntz, Renate
1965 "Max Webers Idealtypus der Bürokratie und die Organisationssoziologie", *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 17, pags. 493-502.
- Merton, Robert K. et. al. eds.
1952 *Reader in Bureaucracy*, New York, The Free Press.
- Merton, Robert K.
1952 "Bureaucratic Structure and Personality", en R. Merton, Robert K. et. al. (eds.) *Reader in Bureaucracy*, New York, The Free Press, pags. 361-371.
- Mommsen, Wolfgang J.
1974 *The Age of Bureaucracy. Perspectives on the Political Sociology of Max Weber*, Oxford, Basil Blackwell.
1981 "Acerca del concepto de "democracia plebiscitaria de líder"", en W. J. Mommsen *Max Weber, Sociedad, Política e Historia*, Buenos Aires, Alfa, pags. 49-82.
1984 *Max Weber and German Politics 1890-1920*, Chicago, The Chicago University Press.
1987 "Robert Michels and Max Weber: Moral Conviction versus the Politics of Responsibility", en W. Mommsen y J. Osterhammel (eds.) pags. 121-138.
1989 "Max Weber on Bureaucracy and Bureaucratization: Threat to Liberty and Instrument of Creative Action", en W. Mommsen *The Political and Social*

Theory of Max Weber. Collected Essays, Cambridge, Polity Press, pags. 109-120.

Mommsen, Wolfgang J. y Osterhammel, Jürgen (eds.)

1987 *Max Weber and his Contemporaries*, London, Unwin Hyman.

Moya, Carlos

1972 *Burocracia y sociedad industrial*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

1984 "Poder y burocracia en la sociedad industrial avanzada: el sujeto en cuestión", en C. Moya *Señas de Leviatán*, Madrid, Alianza, pags. 174-210.

Nieto, Alejandro

1976 *La burocracia. I. El pensamiento burocrático*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos.

Page, Edward C.

1985 *Political Authority and Bureaucratic Power. A Comparative Analysis*, Brighton, Wheatsheaf Books.

Portinaro, Pier P.

1987 *Max Weber: la democrazia come problema e la burocrazia come destino*, Milano, Franco Angeli.

Rehbinder, Manfred

1989 "Recht und Rechtswissenschaft im Werk von Max Weber", en Johannes Weib ed. *Max Weber heute. Erträge und Probleme der Forschung*, Frankfurt, Suhrkamp, pags. 497-514.

Revelli, Marco

1992 *Teorie della burocrazia: da Hegel a Weber*, Pavia, Luculano.

Rheinstein, Max

1954 "Introduction", en *Max Weber on Law in Economy and Society*, Cambridge, Mass.

Ritzer, George

1993 *The MacDonalization of Society. An Investigation into the Changing Character of Contemporary Social Life*, Thousand Oaks, Pine Forge Press.

Rossi, Pietro (comp)

1981 *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Torino.

Roth, Guenther

1978 "Introduction", en *Max Weber Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*. Ed. por G. Roth y C. Wittich, 2 vols., Berkeley, University of California Press.

Rudolph, Lloyd I. y Hoerber Rudolph, Susanne

1979 "Authority and Power in Bureaucratic and Patrimonial Administration: A Revisionist Interpretation of Weber on Bureaucracy", en *World Politics*, vol. 31, 2, pags. 195-227. (traducción española en Oscar Oszlak (comp). *Teoría de la burocracia estatal: enfoques críticos*, Buenos Aires, Paidós, pags. 121-161).

- Rusconi, Gian E.
1981 "Razionalità, razionalizzazione e burocratizzazione", en Pietro Rossi (comp). *Max Weber e l'analisi del mondo moderno*, Torino, pags. 189-214.
- Schluchter, Wolfgang
1980 "Bürokratie und Demokratie. Zum Verhältnis von politischer Effizienz und politischer Freiheit bei Max Weber", en W. Schluchter *Rationalismus der Weltbeherrschung. Studien zu Max Weber*, Frankfurt, Suhrkamp, pags. 75-133.
1985 *Aspekte bürokratischer Herrschaft*, Frankfurt, Suhrkamp.
1998 *Die Entstehung des modernen Rationalismus. Eine Analyse von Max Webers Entwicklungsgeschichte des Okzidents*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Schroeder, Ralph (ed.)
1998 *Max Weber, Democracy and Modernization*, London, MacMillan.
- Senigaglia, Cristiana
1996 *Razionalità e politica. Fondamenti della riflessione di Hegel e di Weber sulla burocrazia*, Milán, Franco Angeli.
- Serrano Gómez, Enrique
1994 *Legitimación y racionalización. Weber y Habermas: la dimensión normativa de un orden secularizado*, Barcelona/ México, Anthropos.
- Silberman, Bernard S.
1993 *Cages of Reason. The Rise of the Rational State in France, Japan, The United States and Great Britain*, Chicago, University of Chicago Press.
- Sotelo, Ignacio
1990 "La idea del Estado en Max Weber", *Arbor*, pags. 29-51.
- Trubek, D. M.
1984 "Max Weber über das Recht und die Entstehung des Kapitalismus" en S. Breuer y H Treiber (ed.) *Zur Rechtssoziologie Max Webers. Interpretation, Kritik, Weiterentwicklung*, Opladen, Westdeutscher Verlag, pags. 152-198
- Turner, Stephen (ed.)
2000 *The Cambridge Companion to Weber*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Valdecantos, Antonio
1992 "Argumentos weberianos", *Claves de Razón Práctica*, 27, pags. 59-64.
- Weber, Marianne
1989 *Max Weber. Ein Lebensbild*, München, Piper.
- Weber, Max
1982 *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires. Anortortu..
1987a *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE (traducción de la cuarta edición alemana). [1922]
1987b *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial.
1988 *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik (Soziologie)*. Tübingen, Uni-TB.

- 1998 *Ensayos sobre sociología de la religión*. 3 vols., Madrid, Taurus.
- 1991 *Escritos políticos*, ed. Joaquín Abellán, Madrid, Alianza Editorial.
- 1998a "La ética económica de las religiones universales. Ensayos de sociología comparada de la religión", en *Ensayos sobre sociología de la religión I.*, Madrid, Taurus, pags. 233-562.
- 1998b "Excurso. Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo", en *Ensayos sobre sociología de la religión. I.*, Madrid, Taurus, pags. 527-562. [1915]
- Whimster, Sam y Lash, Scott (eds.)
- 1987 *Max Weber, Rationality and Modernity*, Londres, Allen & Unwin.

Max Weber: modernidad, racionalización y política

Rafael Romero*

Sumario

El autor nos presenta una lectura sugerente de la obra de Weber. Teórico de la modernidad, agudo indagador de sus causas y de sus consecuencias, Weber se nos presenta como un pensador riguroso y original, enfrentado a la tensión de una racionalidad que él contribuye a descifrarla, pero en la cual a menudo se siente atrapado; esta visión define al pensamiento de Max Weber como un seguro referente para entender los desenlaces de la modernidad tardía, y su expresión en los debates de la teoría social contemporánea.

Punto de partida

El mundo moderno nace a partir de un ejercicio continuo de crítica y aniquilación de la tradición: lo moderno se afirma en cuanto negación de un orden social cuyos fundamentos de corte irracional, tradicional o religioso impedían al hombre el ejercicio pleno de su libertad. La modernidad se presenta como afirmación de una experiencia histórica determinada: la destrucción del orden precedente. Modernidad que es, ante todo, crítica, destructiva, desencantadora. En la constitución de un sujeto racional, la modernidad encuentra su eje articulador. Será este sujeto quien, con las armas que la razón le proporciona, construirá un mundo de luz, libre de las sombras de la tradición. Es en el paso de la Sociedad Tradicional a la Sociedad Moderna, en donde este sujeto racional se

afirma históricamente y, por tanto, es en esta transición en donde encontramos las estructuras fundamentales del mundo moderno, de la cultura moderna. Max Weber, sociólogo alemán de finales del siglo XIX e inicios del XX, es quizá uno de los pocos pensadores que comprendió con sobriedad la constitución de la cultura moderna occidental a partir de esta transición, no sólo en su interpretación causal sino en las implicaciones que para la vida social, política y cultural tendría la consolidación de la sociedad moderna occidental.

El gran intento de Weber consiste en comprender a la sociedad occidental moderna a partir de su constitución histórica. Por ello, su énfasis particular en establecer las condiciones históricas, sociales políticas y culturales concretas que posibilitaron el surgimiento de la cultura moderna en occidente y no en otra parte. Será el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, es decir, el paso de un sistema o principio de organización social basado en valores y creencias míticas, religiosas o tradicionales hacia un sistema social cuyo principio de organización encuentre en la razón su valor fundamental, y las condiciones histórico sociales concretas que permitieron este paso, el centro de atención de las reflexiones weberianas. Ello nos conduce a reconocer una de clave de lectura frente a los escritos weberianos; escritos que en más de una ocasión se han percibido como refutaciones a las interpretaciones marxianas de la realidad histórico-social. Weber, de forma esquemática, ha sido calificado como el Marx burgués, cuando en realidad elaboró sus reflexiones en un continuo diálogo con Marx y el marxismo. Mirar a Weber como un refutador del marxismo a secas significa perder la riqueza de su pensamiento, pues sus reflexiones, más que argumentos en contra de las interpretaciones marxistas, resultan de un sobrio diálogo con Marx y el marxismo, pues “la principal característica de la obra total de su vida se modeló en sus polémica con Marx; y de los que recogieron el desafío de Marx, Weber fue quizá el más grande. [...] De lo que Weber se ‘apartó’ fue del marxismo vulgar y dogmático, como, en verdad, también Marx se apartó. La posición que aquí adoptamos (a la cual me suscribo) es que no debe interpretarse la obra de Weber como un repudio de los principios metodológicos de Marx, sino como un ‘redondeamiento’ y una complementación de su método”.¹

1. Irving, Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 1970, Quinta reimpresión, 1982, págs. 127-128.

Necesidad de una epistemología

En el esfuerzo por comprender la cultura occidental moderna, sus causas y consecuencias históricas y culturales, Weber construye no sólo una visión de la modernidad, sino una epistemología de las ciencias sociales que le permita fundamentar sus apreciaciones. De esta obligación de integridad intelectual nos dan cuenta los recuerdos de uno de sus discípulos, Paul Honigshem: “Weber me dijo una vez: ‘Muy bien, pero el hombre que desea ser llamado filósofo está obligado, cuando menos, a construir una epistemología como fundamento de sus afirmaciones: entonces se verá si es un filósofo o no’”.² Es necesario, por tanto, revisar algunos elementos claves de la epistemología weberiana; revisión que nos permitirá comprender con mayor amplitud las reflexiones de Max Weber en torno a la sociedad moderna occidental.

Uno de los grandes temas que atraviesa, no sólo la epistemología weberiana, sino el conjunto de su obra, consiste en la diferenciación entre actividad científica y actividad política. La ciencia no se encuentra llamada a justificar tal o cual valor sobre los demás, tampoco se encuentra en capacidad de apostar por un proyecto político definido. Esto es propio de la política y del político. Al contrario, la ciencia debe responder al principio de “neutralidad valorativa”, pues, al no estar en posibilidad de emitir juicios de valor, sino juicios de hecho, no puede decir lo que debemos hacer, pero sí puede mostrar las consecuencias de tal o cual acción: “Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué *debe* hacer, sino únicamente qué *puede* hacer y, en ciertas circunstancias, qué *quiere* hacer”.³ De esta forma, la sociología se constituye en “una ciencia [empírica] que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esta manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos”.⁴ La ciencia no busca legitimar posiciones éticas y políticas determinadas, sino descubrir el valor o los valores que informan al mundo, comprender los fenómenos histórico-sociales en sus causas y consecuencias y, al hacerlo, procura mantener la frialdad propia que exige el sentido de la “neutralidad valorativa”⁵ como componente de una ciencia empírica,

2. Paul Honigshem, *Max Weber, Apuntes sobre una trayectoria intelectual*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1977, pág. 35.

3. Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 1973, 4° reimpresión 1993, pág. 44.

4. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2° ed, 1964, 1° reimpresión, Colombia, 1997, pág. 5.

5. Cf. Max Weber, *Ensayos sobre...*, revisar el ensayo titulado: “El sentido de la neutralidad valorativa de las ciencias sociológicas y económicas” (1917).

que construye sus conceptos y generalizaciones a partir de datos histórico-sociales.

La realidad empírica se presenta, a los ojos de la epistemología weberiana, como caos empírico y politeísmo de valor. Vacía de sentido, la realidad empírica lo adquiere en cuanto el hombre le otorga valor. El mundo de la cultura es, por tanto, el mundo de la lucha de los hombres, no sólo por asegurar su supervivencia material, sino también social y cultural. El hombre busca asegurar su existencia al otorgar sentido y orden al mundo, y lo hace bajo condiciones histórico-sociales determinadas. No existe un sentido y una racionalidad única que subyace e informa las acciones y los productos humanos; la historia no es el despliegue de una razón universal, sino la afirmación de un sentido determinado gracias a condiciones históricas concretas. Cada momento histórico aparece como "una individualidad histórica, esto es, un complejo de conexiones en la realidad histórica que nosotros agrupamos conceptualmente en un todo, desde el punto de su significación cultural".⁶ No se trata, como muchos han querido ver, de un determinismo cultural de la realidad histórico-social. En su permanente diálogo con Marx, Weber reconoce la importancia de las acciones económicas, sin embargo, señala la necesidad de diferenciarlas de otro tipo de acciones: junto a procesos o instituciones económicos, en la realidad social nos encontramos con fenómenos económicamente pertinentes y fenómenos económicamente condicionados.⁷ Junto a ello, su constante revisión de la historia y la economía nos revela a un pensador que va más allá de un simple determinismo cultural.

De lo que se trata es de comprender que la realidad social se arma como un complejo de conexiones que en un momento histórico determinado posibilitaron una configuración histórica, social, política y cultural concreta y no otra. El que a este complejo de conexiones se los ordene conceptualmente desde el punto de vista de su significación cultural tiene que ver más con la elaboración de tipos ideales como instrumentos heurísticos para la comprensión de la realidad, que como reflejo de la misma; comprensión que se encuentra atravesada por la necesidad de indagar por el conjunto de condiciones, tanto históricas como sociales, económicas, culturales y políticas que la informan. De esta manera, Weber rechaza todo determinismo, pues la realidad histórico-social no tiene un elemento causal explicativo determinante, sino un conjunto de elemen-

6. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 13ª edición, 1994, pág. 41.

7. Cfr. Weber, *Ensayos sobre...*, op. cit., págs. 53 -54.

tos condicionantes. Las reflexiones de Weber sobre la cultura y la historia se hallan informadas por este multicausalismo epistemológico, a partir del cual logra comprender no sólo una individualidad histórica determinada gracias a sus condicionantes causales explicativas, sino que le es posible señalar los posibles desarrollos y consecuencias de un determinado proceso histórico-social. Es desde estas premisas básicas desde donde Weber piensa el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna y elabora una comprensión de la cultura occidental moderna, de sus instituciones y funcionamiento, y de sus posibles desarrollos y consecuencias.

Weber: modernidad y racionalización

El mundo moderno se levanta sobre un gran proyecto, cuyos inicios los podemos ubicar en el renacimiento italiano del siglo XIV y su formulación más clara en el llamado siglo de las luces, el XVIII. El hombre se presenta como el centro del mundo y como ser perfectible a través del uso de su razón. En el ejercicio de esta razón, el hombre logrará romper las cadenas que lo atan y alcanzar su completa libertad. La sentencia de Kant, según la cual la edad moderna significa el ingreso en la edad adulta de la humanidad, no es otra cosa que la exaltación de la razón como vehículo para alcanzar una vida social plena. De esta forma, la modernidad aparece como movimiento crítico, destructor de todas las instituciones que impiden al hombre vivir en libertad y que, por tanto, son irracionales. Es necesario hacer tabla rasa de todo lo anterior, de aquella situación de oscuridad que impedía al hombre ser dueño de su propio destino. Atrapado por fuerzas que le excedían, que le dominaban, el hombre logrará su liberación gracias al empleo de su razón. Sólo entonces podrá alcanzar su felicidad, salir de su situación de esclavitud hacia la libertad, de las sombras hacia la luz, de su infancia hacia la madurez.

El mundo moderno se presenta como el mundo del progreso y la razón. Se trata de una razón conquistadora, crítica e instrumental; una razón que coloniza la experiencia vital y pone al hombre en una nueva posición frente al mundo: el dominador. El hombre moderno se alimenta de la voluntad de comprender el comportamiento y funcionamiento del mundo para dominarlo, pues el saber le brinda la posibilidad de control: saber es poder. Se forja el sujeto moderno: un sujeto que conoce a un objeto para controlarlo. Fragmenta y diferencia la realidad social: economía, política, cultura. En su *Discurso del Método*, Descartes delinea esta nueva actitud del hombre frente al mundo: un sujeto que conoce y

que para conocer, analiza, descompone el todo en sus partes, para luego volver a armarlo, reconstruirlo, devolverle su totalidad; pero ya no se trata de una totalidad vivida, sino conocida, sujeta, atrapada por la razón; inteligible, clara y distinta de otras totalidades; es el juego del análisis y la síntesis, de la descomposición y la composición; es el rompecabezas. Su deleite está en la autopsia de los cuerpos, en su manipulación, en su control, en el poder que ejerce sobre ellos. La naturaleza ya no se presentará más como un conjunto de fuerzas que lo determinan, dejará su lugar de dominante para pasar a ser dominada, controlada y orientada en beneficio del hombre, de su libertad y felicidad: "La modernidad ha dejado de ser cambio puro, sucesión de acontecimientos; es difusión de productos de la actividad *racional*, científica, tecnológica, administrativa".⁸

Para Weber, la constitución del mundo moderno se encuentra informada por un proceso de "intelectualización y racionalización crecientes [que] *no* significan, pues, un creciente conocimiento general de las condiciones generales de nuestra vida. Su significado es muy distinto; significa que se sabe o se cree que en cualquier momento en que se *quiera* se *puede* llegar a saber que, por tanto, no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser *dominado mediante el cálculo y la previsión*. Esto quiere decir simplemente que se ha excluido lo mágico del mundo. [...] Tal es, esencialmente, el significado de la intelectualización".⁹ Se trata, por un lado, de la posibilidad de controlar y organizar al mundo a través la razón, del cálculo y la previsión, y, por otro lado, de la expulsión de lo mágico, un desencantamiento del mundo, una secularización continua. Estos dos procesos implican un tercero: el establecimiento de nuevos valores que rigen al mundo, valores que giran alrededor de la razón como fundamento de la acción humana. Así, el mundo moderno se genera a partir de estos procesos de racionalización y secularización crecientes, procesos que no se hallan separados sino que se implican el uno con el otro. Frente a este mundo que se organiza a partir de una razón que todo lo atrapa y lo domina, que exige el incesante cambio y la innovación, Weber se pregunta por su sentido: "cabe preguntarse si todo este proceso de desmagificación, prolongado durante milenios en la cultura occidental, si todo este 'progreso' en el que la ciencia se inserta como momento

8. Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2ª edición, 1993, pág. 23.

9. Max Weber, *El científico y el político*, Trad. Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial, 1967, págs. 199-200.

integrante y fuerza propulsora, tiene algún sentido que trascienda de lo puramente práctico y técnico”.¹⁰ Es en la respuesta a este cuestionamiento en donde Weber se mostrará como crítico de la cultura occidental moderna, pues verá que su desarrollo generará una suerte de “jaula de hierro” que conducirá a este sujeto dominador y constructor de su propio destino, en esclavo de sus obras, en simple reproductor de procedimientos: dejar de ser sujeto constructor para pasar a ser sujeto sujetado, sin espíritu ni corazón.

Estos procesos de racionalización y secularización crecientes se concretizan históricamente en Occidente bajo la forma capitalista: “el pensamiento de Weber corresponde, pues, no a una definición general de la modernidad, sino al *capitalismo*, forma económica de la ideología occidental de la modernidad, concebida como ruptura y tabla rasa”.¹¹ El desarrollo del capitalismo racional será el rasgo específico de la modernidad occidental, pues se presenta “como un aspecto de un proceso histórico mucho más amplio y general de Occidente: la racionalización”.¹² Uno de los nudos temáticos que marcan la obra de Weber gira en torno a la pregunta del por qué aquí y no en otra parte se desarrolló el capitalismo racional, tal como él lo entendía, es decir, como una forma de organización económica racional y lucrativa, que establece y exige de “una organización racional del trabajo”, “la supresión de las barreras existentes entre economía interior y exterior [...], la penetración del principio mercantil en la economía interior y la organización del trabajo sobre esa base” y “la organización empresarial del trabajo”,¹³ lo que lo llevó a comprender los rasgos que informan y caracterizan a la cultura occidental moderna y que, en un momento histórico determinado, posibilitaron el surgimiento del capitalismo moderno: la presencia de un Estado en el moderno sentido de la palabra; el derecho moderno racional, es decir, calculable; la constitución del ciudadano; la ciencia y técnica racional; una ética racional de la existencia; separación de los medios de producción del trabajador; contabilidad racional del capital; libertad mercantil, libertad de tráfico; fuerza de trabajo libre como mercancía.

El capitalismo racional moderno, propio de Occidente, al ser la concretización histórica de un proceso mucho más amplio, de carácter

10. Ibid., pág. 200.

11. Alain Touraine, op. cit., pág. 44.

12. Irving Zeitlin, op. cit., pág. 157.

13. Max Weber, *Historia económica general*, trad. Manuel Sanchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, págs. 265-266.

cultural, no se reduce a una forma de reproducción económica, sino que exige de la imposición de nuevas normas de conducta social. La acción que permitirá el funcionamiento del sistema, es una acción de tipo racional, es decir, que “sopese racionalmente los medios con los fines, los fines con las consecuencias implicadas y los diferentes fines entre sí”.¹⁴ Se trata de la exigencia de una razón que esté en capacidad de proporcionar al actor un cálculo de las posibilidades reales de alcanzar sus fines a través de los medios más adecuados y de prever las posibles consecuencias de sus acciones. Acompaña a esta razón de tipo instrumental, una ética de la responsabilidad que “ordena tener en cuenta las *consecuencias* previsibles de la propia acción”,¹⁵ frente a una ética de la convicción. La racionalización de la conducta como soporte para el funcionamiento de la forma de producción capitalista no se limita a ella, sino que la excede, es un proceso cuyas implicaciones no se restringen al ámbito de la economía, sino que se extiende y abarca a todas las esferas de la vida social, tal como Anthony Giddens nos lo recuerda a propósito del pensamiento de Weber: “El carácter esencial del capitalismo se encontraba no en la relación de clase entre el trabajo asalariado y capital, sino en la orientación racional de la actividad productiva. El proceso de ‘separación’ del trabajador de los medios de producción constituía únicamente una instancia del proceso de racionalización de la conducta que avanzaba en todas las esferas de la sociedad moderna. Este proceso, que daba lugar a la especialización burocrática, era un proceso irreversible”.¹⁶

La racionalidad creciente que informa la constitución del capitalismo racional moderno, y de la misma cultura occidental moderna, encuentra su impulso en una fuerza de carácter irracional. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Weber rastrea la influencia de la ética protestante, de forma particular la calvinista, en la generación del capitalismo. Muchos han querido ver en ese estudio una visión idealista, culturalista, de la génesis del capitalismo, en oposición a una visión de corte materialista. Frente a ello, el mismo Weber nos recuerda, al final de su obra, que “nuestra intención no es tampoco sustituir una concepción unilateralmente ‘materialista’ de la cultura y la historia por una concepción contraria de unilateral causalismo espiritualista. Materialismo y espiritualismo son interpretaciones igualmente posibles, pero como

14. Max Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 21.

15. Max Weber, *El político y el científico*, op. cit., pág. 164.

16. Anthony Giddens, *Política, sociología y teoría social*, Trad. Carles Salazar Carrasco, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1° edición, 1997, págs. 44-45.

trabajo preliminar; si, por el contrario, pretenden constituir el término de la investigación, ambas son igualmente inadecuadas para servir a la verdad histórica".¹⁷ Para Weber, la ética protestante dio un impulso irracional, al provenir de convicciones de naturaleza religiosa, a las formas de conducta racional ligadas a la generación del capitalismo: "la importancia del calvinismo y de otras ramas del protestantismo ascético, tal y como Weber dejó bien claro en *La ética protestante*, no radica en el hecho de que 'causaran' la aparición del capitalismo moderno, sino en que proporcionaron un ímpetu *irracional* a la búsqueda disciplinaria de beneficios monetarios en el marco de una 'vocación' especificada; y por tanto dejaron las puertas abiertas al desarrollo posterior de diferentes tipos de racionalización de las actividades estimuladas por la voraz expansión del capitalismo".¹⁸ Frente a la predestinación propia del protestantismo, el único signo que el hombre tenía para estar seguro de su salvación, era su obrar constante. El trabajo constituía la fuente de certeza de si se está predestinado o no a la salvación. Esta misma ética se mantiene en el capitalismo, pero vaciada de contenido: impulsa la racionalidad exigida por un trabajo eficiente, pero ya no es signo de salvación. El hombre moderno se entrega al trabajo como a su vocación específica; es el trabajo continuo y eficiente lo que definirá la actuación en el mundo del hombre moderno, que ya no podrá detenerse ni descansar, sino es para reponer sus fuerzas desgastadas en el proceso productivo. Pero ya no verá en el trabajo el signo de su salvación, sino su sentido de ser, su condena: el trabajo por el trabajo.

La racionalización que informa la constitución de la modernidad adopta en occidente una forma muy específica que se extiende, no sólo a nivel de la economía y la política, sino a todos los ámbitos de la realidad social. La búsqueda de la eficiencia a través del cálculo y la previsión posibilitan, en el campo de la economía, la generación de un capitalismo racional moderno propio de Occidente que se fundamenta, no sólo en la separación del trabajador, considerado éste como fuerza de trabajo, como mercancía, de los medios de producción, sino también en la diferenciación entre el empresario, el cuadro administrativo y el proceso productivo mismo. Este cuadro administrativo será el encargado de ordenar, dirigir y controlar los procesos productivos con el fin de hacerlos cada vez más eficientes. Esta situación propia del capitalismo racional moderno se configurará como la condición para el surgimiento de una nueva rama del saber, ya no vinculado de forma exclusiva a la esfera públi-

17. Max Weber, *La ética...*, op. cit., págs. 261-262.

18. Anthony Giddens, *Política, sociología ...*, op. cit., pág. 51.

ca, sino a la de los intereses privados; aparecen, entonces, las ciencias administrativas y el administrador profesional. Una nueva elite: los tecnócratas. Pero este proceso no se circunscribe a lo económico, sino que encuentra su correlato en lo político.

El Estado racional moderno

En “El científico y el político”, Weber describe este proceso como concomitante al surgimiento del Estado Racional Moderno. El Estado Moderno, como una organización política, se caracteriza por ser “una empresa de dominación”¹⁹ que reclama para sí el uso legítimo de la violencia física como medio específico. Esta empresa requiere, para su funcionamiento, de un cuadro administrativo, de una burocracia. Bajo estas condiciones, Weber diferencia entre el político que vive para la política y el que vive de la política, el funcionario. El primero se entrega a una causa, apuesta por un proyecto político, por un ideal; el segundo, capacitado en base a un saber profesional especializado, responde a los requerimientos de las tareas burocráticas, administrativas, propias del Estado o de los partidos políticos.

A partir del concepto de dominación, Weber da cuenta de los mecanismos que regulan el orden social. En Weber, poder y dominación no son dos conceptos equivalentes: el primero consiste en la “posibilidad de imponer la propia voluntad sobre la conducta ajena”, mientras que “la dominación puede presentarse en las formas más diversas”.²⁰ La dominación aparece como un concepto más preciso que hace referencia a “la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos [...] No es, por tanto, toda especie de probabilidad de ejercer ‘poder’ o ‘influyo’ sobre otros hombres”.²¹ La dominación requiere de “un determinado mínimo de *voluntad* de obediencia, o sea de *interés* (externo o interno) en obedecer [y de] un *cuadro* administrativo”.²² Toda relación de dominio implica el ejercicio de la autoridad por parte del dominador y de la obediencia por parte de los dominados, quienes han asumido como máxima de su conducta el contenido de los mandatos. Pero toda relación de dominio se fundamenta en un conjunto de creencias que legitiman una determinada forma de dominación.

19. Max Weber, *El científico y el político*, op. cit., pág. 87.

20. Max Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 696.

21. Ibid., pág. 170.

22. Ibid., pág., 170.

Estos principios de legitimidad condicionarán el tipo de obediencia, la estructuración del cuadro administrativo requerido para la dominación y el ejercicio de la dominación misma.

Weber diferencia tres tipos puros de dominación legítima: la dominación racional-legal, que se fundamenta en la legalidad de las ordenaciones estatuidas y en los derechos de mando de quienes ejercen la autoridad otorgados por estas ordenaciones; la dominación tradicional, que se apega a la santidad de la tradición, y la dominación carismática, que se entrega a la creencia en la santidad, heroísmo y ejemplaridad de una persona concreta: el caudillo, calificado carismáticamente, junto con las ordenaciones creadas o reveladas por él. La forma específicamente moderna de dominación consiste en la dominación legal con administración burocrática. Es necesario recalcar que Weber realiza un análisis de los tipos ideales, puros conceptualmente, de las formas de dominación, no siempre presentes de forma pura en la realidad. Por ello, más que una realidad histórico-social concreta, la dominación racional con administración burocrática debe ser vista como una tendencia, como una posibilidad de desarrollo de los procesos de racionalización que informan a la vida social, política y cultural moderna.

La cultura occidental moderna promueve el ejercicio de la dominación racional y la formación de una estructura administrativa burocrática necesaria para este ejercicio. Si bien las estructuras burocráticas no son exclusivas de la modernidad occidental –su presencia se registra también en formaciones socioeconómicas de Oriente anteriores a la modernidad, como en Egipto y China–, lo que se registra como propio del Occidente Moderno es la articulación de burocracias racionales que mantienen y regulan los ordenamientos sociales. El Estado Moderno será un Estado Racional Burocrático cuyos principios de legitimidad, es decir, de aceptación del dominio de la autoridad legal, consisten en:

1. “que todo derecho, ‘pactado’ u ‘otorgado’, puede ser *estatuido* de modo racional [...] con la pretensión de ser respetado, por lo menos, por los miembros de la asociación”;
2. “que todo derecho según su esencia es un cosmos de *reglas* abstractas, por lo general instituidas intencionalmente; que la judicatura implica la aplicación de esas reglas al caso concreto”;
3. “que el soberano legal típico, la ‘persona puesta a la cabeza’, en tanto que ordena y manda, obedece por su parte al orden impersonal por el que orienta sus disposiciones”;

4. "que [...] el que obedece sólo lo hace en cuanto *miembro de la asociación* y sólo obedece 'al derecho'";
5. "que los miembros de la asociación, en tanto que obedecen al soberano, no lo hacen por atención a su persona, sino que obedecen a aquel orden impersonal; y que sólo están obligados a la obediencia dentro de la *competencia* limitada, racional y objetiva, a él otorgada por dicho orden".²³

Será la creencia en la superioridad de la razón y del derecho racional abstracto, en su objetividad e impersonalidad en la regulación de los conflictos, en su capacidad de establecer ordenamientos sociales racionales, frente a otras fuentes de legitimidad como la tradición y el carisma, lo que informará y fundamentará la validez y legitimidad del dominio racional burocrático propio del Occidente Moderno.

La "jaula de hierro": metáfora de la burocracia moderna

La formación de una burocracia racional se presenta como el instrumento más eficaz en el ordenamiento de una sociedad que no sólo se dilata de forma cuantitativa y extensiva, sino que responde a las "crecientes exigencias administrativas motivadas por la complicación cada vez mayor de la cultura";²⁴ la burocratización se impone como necesaria frente a la complejización creciente de la vida social, económica, política y cultural. La burocracia racional se configura bajo la rúbrica de la modernidad occidental, producto de esa racionalización y secularización crecientes que la alimenta; nos muestra a ese sujeto moderno que en el uso de su razón constituye los mecanismos necesarios para la administración de su vida, liberándose así de aquellas fuerzas de tipo irracional, míticas, religiosas, tradicionales o carismáticas, que ordenaban su vida y su destino.

La razón decisiva para el progreso de la organización burocrática consiste en su superioridad técnica sobre otras formas de organización, pues presenta las mismas ventajas de una máquina frente a los procesos no mecánicos de producción; se trata de un instrumento de precisión que puede ponerse al servicio de los más variados intereses, por lo que se presenta no sólo en la organización de la estructura del Estado Moderno, sino en la empresa capitalista y en cualquier asociación de finalidad

23. Ibid. págs. 173-174.

24. Ibid. pág. 729.

utilitaria. Esta “máquina” burocrática, como muchas veces Weber la presentó, supone una distribución fija y metódica de tareas, ordenadas de forma jerárquico–funcional, que implica un sistema de puestos y cargos, y un funcionamiento continuo en base a reglas abstractas, objetivas, impersonales. Quien participa en la burocracia, el funcionario, accede a cada uno de estos puestos, a través de un contrato y en base a una calificación de su capacidad profesional especializada, pues cada tarea exige de un saber técnico-especializado. El cargo se convierte para el funcionario en su profesión y lo ocupará bajo la aceptación de un deber específico que tiene que cumplir de forma disciplinada, sin pretender un derecho de posesión del mismo. A cambio recibirá una remuneración fija en relación a sus funciones determinadas y, muy eventualmente, por el tiempo de duración en el cargo, con la posibilidad de ascenso en los cargos ordenados de forma jerárquica, por ello hace de la burocracia su carrera. El hecho de que el funcionario sea aceptado a ejercer un cargo en la maquinaria burocrática a partir de su saber técnico–profesional, nos hace ver que la burocratización impulsa la nivelación estamental, una nivelación jurídica que expulsa todo privilegio; sin embargo, al participar de la burocracia como estructura de dominación, el funcionario moderno, tanto público como privado, pretende y disfruta, frente a los dominados, quienes no son parte de la estructura burocrática, de una estima estamental específicamente realzada que llega a compensar su anhelo de superación económica.

La norma, la finalidad, el medio, la impersonalidad objetiva, dominan la conducta de la burocracia moderna convirtiéndola en la forma más racional de ejercer dominio gracias a su precisión y continuidad, disciplina y rigor, confianza y calculabilidad, intensidad y extensión en el servicio, aplicabilidad formalmente universal y susceptibilidad técnica de perfección. Así, la burocracia, “su peculiaridad específica, tan bienvenida para el capitalismo, la desarrolla en tanto mayor grado cuando más se ‘deshumaniza’, cuanto mas completamente alcanza las peculiaridades específicas que le son contadas como virtudes: la eliminación del amor, del odio y de todos los elementos sensibles puramente personales, de todos los elementos irracionales que se sustraen al cálculo”.²⁵

Esta racionalización de la conducta se extiende a todas las esferas de la vida social y se presenta como progreso del racionalismo. En las reflexiones de George Simmel sobre el tercer a priori de la vida social,²⁶

25. Ibid. pág., 732.

26. Revisar: Georg Simmel, *Sociología 1*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

sobre aquellas condiciones dadas en virtud de las cuales es posible la sociedad, señala que la sociedad se presenta a la experiencia, fuera de sus contenidos históricos, como una estructura de puestos y funciones que son ocupados por los individuos; el individuo logra vivir en sociedad cuando encuentra su "puesto" en esta totalidad funcional. Esta relación entre el individuo y la sociedad encuentra su mayor expresión en la categoría moderna de profesión, marcada por la diferenciación personal y la división racional del trabajo. Así, ve en las estructuras burocráticas el reflejo de la sociedad: "Esta imagen de la sociedad encuentra una analogía en miniatura, infinitamente simplificada, y por decirlo así, estilizada, en la burocracia, que consiste en un orden determinado de 'puestos', de funciones, que independientemente de quien en cada caso las desempeñe, producen una conexión ideal; dentro de ésta, cada relación llegado halla un sitio claramente demarcado, que, por decirlo así, le estaba esperando, y con el cual tiene que armonizar sus aptitudes".²⁷ Estas consideraciones nos llevan a ver en la burocracia racional moderna un espejo, reflejo de la sociedad y la cultura que la produjo: la sociedad moderna occidental.

Los procesos de racionalización y secularización, de diferenciación y especialización que informan y dan vida a la sociedad y la cultura moderna de occidente, que han organizado la vida social e impuesto un nuevo orden, fundamentado en la legitimidad racional, han encontrado en la burocracia, no sólo uno de sus mayores productos, sino un espejo de la sociedad que promocionan. Sin embargo, pareciera que la modernidad occidental se devora a sí misma. En la búsqueda de mecanismos de producción, ordenamiento y control social que logren la administración racional de un mundo cada vez más complejo, la burocracia se presenta como el instrumento más eficaz y, al mismo tiempo, paradójico, pues exige para su funcionamiento de una razón que niega su mismo principio de constitución, razón que Ross Poole llama jurídica, que no busca ya la eficacia, sino la consistencia, "que exige la aplicación, consistente e imparcial, de los principios legales generales a los casos particulares",²⁸ que niega la innovación y creatividad en busca de un funcionamiento permanente y seguro. La máquina se presenta como el gran paradigma de la vida social, pero si bien, de un lado, la máquina se configura como el instrumento más eficaz en el desarrollo y administración de los procesos productivos que aseguran la reproducción social,

27. Ibid., pág. 53.

28. Ross Poole, *Moralidad y modernidad, El porvenir de la ética*, Barcelona, Herder, 1993, pág. 68.

por otro lado, exige de un funcionamiento continuo y sistemático. Cada parte debe cumplir con una determinada función en beneficio del todo. El hombre moderno se encuentra encerrado en esta “jaula de hierro”, llamado a encontrar su “puesto” en ella, condenado a la reproducción incesante de roles. La medida de lo humano se reduce a la capacidad de ejecución de procedimientos técnicos. Su búsqueda ya no es la del “sentido de su vida”, sino de su puesto en una totalidad social que lo atrapa y que reduce sus horizontes.

La modernidad, al expulsar lo mágico del mundo, excluyendo así cualquier finalismo de tipo mítico, religioso y tradicional, condujo al hombre moderno a una suerte de esquizofrenia. En “Las formas elementales de la vida religiosa”, Durkheim se pregunta por las condiciones de vida del hombre moderno, cuando las grandes agregaciones de sentido que articulaban la vida social, generadas en la experiencia de lo sagrado, se han retirado para dar paso a una razón que organiza lo social desde el frío cálculo de la razón instrumental. Nuevas formas de significación del mundo, expresadas en los particularismos de tipo religioso, étnico, cultural, de género, aparecen hoy frente a esta deshumanización que acompaña a los procesos de racionalización y especialización crecientes, frente a un mundo que ha desencantado su propio desencantamiento, al decir de Vattimo. La emergencia de nuevos actores y nuevos sentidos desafían el totalitarismo del proyecto de las luces que reduce al hombre a un ser abstracto, libre de pasiones; a ese hombre encerrado en un “estuche [que] ha quedado vacío de espíritu, quién sabe si definitivamente”.²⁹ La “jaula de hierro” weberina, metáfora del mundo moderno, de una vida social que se resuelve en la disciplina y el cumplimiento de expectativas y comportamientos establecidos, de un hombre marcado por la ética de la responsabilidad, nos da cuenta de un mundo vacío, sin horizontes, pues ya “nadie sabe quien ocupará en el futuro el estuche vacío, y si al término de esta extraordinario evolución surgirán profetas nuevos y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas o ideales; o si, por el contrario, lo envolverá todo una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos. En este caso, los ‘últimos hombres’ de esta fase de la civilización podrán aplicarse esta frase: ‘Especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón: estas nulidades se imaginan haber ascendido a una nueva fase de la humanidad jamás alcanzada anteriormente’”.³⁰ En su ejercicio académico, Weber no mostró salidas, sino posibles desarrollos; ahora, frente a las nuevas condiciones sobre

29. Max Weber, *La ética protestante...*, op. cit, pág. 259.

30. *Ibid.*, págs. 259-260.

las que se desarrolla la vida social y cultural, nos toca a nosotros descubrir esos posibles desarrollos.

Una segunda modernidad

Las reflexiones weberianas muestran que el desarrollo de la vida social, económica, política y cultural occidental moderna se produce bajo la lógica de la acumulación, propia de mundo capitalista. La creciente complejización de la realidad social exige de un conjunto de dispositivos cada vez más especializados que permitan la reducción de la complejidad: descomplejización por complejización. Este hecho hace que se desplace el sentido de la política como apuesta subjetiva, construcción valorativa y proyección societal hacia el ejercicio de la política como mera actividad administrativa: la política se reduce a la tecnocracia, el poder de la técnica. La actividad política se circunscribe al ejercicio administrativo dentro de un aparato burocrático cada vez más abultado. Esta acumulación de los recursos técnicos-administrativos de dominación frenará las posibilidades de innovación propias del proyecto moderno y de la política misma. En este sentido, cabe arriesgar una tesis: la modernidad no ha muerto, se ha detenido; la carga que arrastra le impide seguir adelante. Para sobrevivir, la modernidad recurre a su propia estrategia: la diversificación.

Esta estrategia de sobrevivencia de la modernidad no constituye sólo la respuesta a su propio proceso de acumulación, sino también a la entrada en crisis del sujeto racional abstracto en el que se fundamenta y a la emergencia de nuevas irracionalidades que no logran ser atrapadas por los dispositivos burocráticos modernos. Para poder avanzar, la modernidad se diversifica a través de un diálogo con estas nuevas irracionalidades que exigen su puesto en el mundo. Se configura así un nuevo sujeto fruto del diálogo entre racionalización y subjetivización. En este contexto, la relectura sobre la modernidad de Touraine³¹ y las propuestas de Vattimo³² adquieren pleno sentido: una segunda modernidad, presente también en los planteamientos agrupados bajo la rúbrica de "otras modernidades".³³

31. Cfr. Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2ª edición, 1993

32. Cfr. Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 1990.

33. Ejemplo de ello lo constituyen Néstor García Canclini y Bolívar Echeverría.

Lejos de agotarse, tenemos modernidad para rato. Una segunda modernidad que ha superado el pesimismo de una de las corrientes del pensamiento postmoderno que vaticinaba el declive definitivo del proyecto moderno, o la espera habermasiana de una modernidad que no logra completarse. Se abre así un nuevo escenario para el ejercicio de la política en su sentido más profundo: el de acontecimiento, irrupción de sentido, construcción valorativa. Nuevos sujetos y actores pueblan el escenario político actual, cada uno portador de un proyecto socio-político propio, fruto del diálogo entre sujeto y razón: mujeres, niños, ancianos, homosexuales, gays, negros, indios, ecologistas, levantan sus voces en exigencia de reivindicaciones que van más allá de las meras demandas de corte económico. Se abre la posibilidad de un ejercicio del poder carismático como fuente de renovación social. Lo que sí no podemos admitir son aquellas formulaciones que, en un rechazo a raja tabla de la modernidad, recuperan sentidos ligados a la añoranza de una comunidad fundamental: seductor neorromanticismo político que busca devolvernos a las ataduras de lo mítico, lo tradicional o lo religioso.

Bibliografía

Giddens, Anthony

1997 *Política, sociología y teoría social*, Trad. Carles Salazar Carrasco, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1° edición.

Honigshheim, Paul

1977 *Max Weber, Apuntes sobre una trayectoria intelectual*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

Poole, Ross

1983 *Moralidad y Modernidad, El porvenir de la ética*, Barcelona, Herder.

SimuncL, Georg

1986 *Sociología I*, Madrid, Alianza Editorial.

Touraine, Alain

1993 *Crítica de la modernidad*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2° edición.

Vattimo, Gianni

1990 *La sociedad transparente*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona.

Weber, Max

1973 *Ensayos sobre metodología sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 4° reimpresión 1993.

Weber, Max

1964 *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2° ed., 1° reimpresión, Colombia, 1997.

Weber, Max

1967 *El científico y el político*, Trad. Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial.

Weber, Max

1994 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 13ª edición.

Weber, Max

1942 *Historia económica general*, trad. Manuel Sanchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica.

Zeitlin, Irving

1982 *Ideología y teoría sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 1970, Quinta reimpresión.

Weber en la interpretación del populismo en América Latina

Nicanor Jácome*

Sumario

El autor nos presenta la obra de Max Weber como la fuente de importantes referentes para la comprensión de los fenómenos políticos en América Latina. Varios autores se han servido de la utilización de conceptos weberianos como los de poder, dominación y legitimación, para indagar uno de los fenómenos más salientes de la política latinoamericana como es el del populismo; el autor recorre esa utilización y establece claras diferencias entre el populismo de los años 40 y el de los años 90; al concluir su análisis permanece el interrogante sobre la real magnitud de esa utilización, y la sospecha de que un uso mayormente sistemático de los mismos, podría seguramente dar claves para comprender de mejor forma esas diferencias y la misma caracterización de la política latinoamericana.

I. Introducción

La reinstitucionalización de los regímenes democráticos en América Latina, ha creado en las ciencias sociales un espacio para la reflexión y el análisis sobre la naturaleza de las democracias que se han instaurado en la región desde inicios de los años ochenta, así como sobre los avances y limitaciones en el proceso de democratización.

De manera correlativa, en el plano de la discusión en el campo de la ciencia política ha ganado especial importancia la priorización del empleo de cierto tipo de conceptos a través de los cuales se intenta interpretar más adecuadamente la realidad política de nuestros países. Por ejemplo, conceptos, entre otros, como democracia, democratización,

* Profesor de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador

democracias de baja intensidad, democracias delegativas, democracias híbridas, democracias condicionadas, politicidad, Estado de Derecho, sociedad civil, legitimidad, gobernabilidad, liderazgo, decisionismo, corrupción, ética política, movimientos sociales, derechos humanos, participación ciudadana, seguimiento y rendición de cuentas, descentralización, autonomías.

En el presente artículo, nos interesa analizar los conceptos de “legitimidad” y de “tipos de dominación legítima” que se hallan presentes en la sociología política de Max Weber, a fin de relacionarlos con las interpretaciones que se han hecho y se realizan sobre el fenómeno político del populismo en nuestro medio. El carácter de la democracia “real” y las dificultades que ésta tiene para consolidarse plenamente en nuestros países, preocupa a investigadores sociales, quienes en los estudios e investigaciones en el ámbito de la política utilizan recurrentemente conceptos desarrollados por Weber.

II. Los conceptos de “poder”, “legitimidad” y “dominación”

Especial interés pone Weber en la caracterización de la política como una actividad específica que se diferencia de otros tipos de “acciones sociales”, por ejemplo, la ciencia. Sostendrá que entrar en política es “participar en conflictos en los que se lucha por el poder: el poder de influir sobre el Estado y, a través de él, sobre la colectividad” (Raymond Aron, 1994, 36). La relación entre la política y la ciencia, muchas veces es conflictiva, no siempre la práctica de la academia es compatible con la práctica de la política, pues “la vocación de la ciencia es incondicionalmente la verdad. El oficio del político no siempre permite decirla” (Raymond Aron, 1994, 42).

A partir de este punto de vista sobre la política, Weber aborda específicamente lo que es la “actividad política”. Al respecto, la define como aquella “actividad que reivindica para la autoridad establecida sobre un territorio el derecho de dominación, con la posibilidad de emplear en caso de necesidad la fuerza o la violencia, ya para mantener el orden interno y las oportunidades que de él se derivan, ya para defender la comunidad contra las amenazas interiores” (Julien Freund, 1967, 197). En síntesis, la política consiste en el juego que intenta incesantemente formar, desarrollar, entorpecer, desplazar o trastocar las relaciones de dominación.

La presente definición implica tres aspectos: *territorio* delimitado, lo que separa lo interior de lo exterior; formación de la *comunidad social* hacia el interior y la necesidad de defender su particularidad; y, finalmente, el medio para la actividad política es *la fuerza y en ocasiones la violencia*. Es cierto que se utilizan otros medios para llevar adelante los fines del Estado, pero en caso de debilitamiento de los otros procedimientos la fuerza es su medio específico. Esto conducirá a algunos autores a sostener que la dominación está en la médula de lo político.

La concepción de Weber sobre la actividad política crea la necesidad de definir lo que es para este autor el “poder”, y lo que entiende por “dominación”, tomando en cuenta que estos dos conceptos son claves en su sociología política y, posiblemente, son los conceptos que más han trascendido y que en mayor medida se utilizan en diferentes autores.

El “*poder*” es la oportunidad de un individuo de hacer triunfar en el seno de una relación social su propia voluntad contra todas las resistencias (M. Weber, 1984, 43). En otros términos, se trata de la probabilidad con que un agente podrá realizar sus propios objetivos aun frente a la oposición de otros con los cuales se encuentra en relación social (Anthony Giddens, 1977, 259). Como manifiesta este autor, esta definición es muy amplia, pues todo tipo de relación social es, hasta cierto grado y en ciertas circunstancias, una relación de poder.

La “*dominación*”, en cambio, se define como la “probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas” (M. Weber, 1984, 43). Como lo plantea Giddens, la aceptación de tal dominio puede basarse en motivos completamente diferentes, desde el puro hábito hasta la cínica promoción de las propias prerrogativas, la posibilidad de obtener recompensas materiales y de asegurarse la consideración social son las formas con que más frecuentemente se vinculan a un líder sus seguidores. Con todo, cabe destacar que ningún sistema estable de dominación se basa puramente en el hábito automático o en el atractivo del interés personal: su principal apoyo es la creencia por parte de los subordinados en la *legitimidad* de su subordinación (A. Giddens, 1977, 259).

Como lo plantea el mismo Weber, la dominación no radica en toda especie de probabilidad de ejercer el “poder” o “influjo sobre otros hombres”. Ante todo, en toda relación auténtica de autoridad, se destaca el aspecto de un determinado mínimo de voluntad de obediencia, o sea de interés interno o externo en obedecer (M. Weber, 1984, 170).

Un concepto complementario a los dos anteriores es el de "*comunidad*". Este es entendido por Weber como una relación social que en la acción social se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes para la construcción de un todo (Weber, 1984). De manera general, la comunidad es normalmente, por su sentido, la contraposición radical de la "lucha", aunque esto no quita que incluso en comunidades más íntimas exista el conflicto. En todo caso, este concepto de comunidad nos remite al significado y al sentido de pertenencia, de adscripción, de identidad.

De esta forma de conceptualizar el poder se desprende en Weber una particular y especial teoría del "*liderazgo*", como una realidad necesaria en la práctica política. En efecto, desprendiendo de la realidad política de Alemania a finales del Siglo XIX, Weber constataba que la burguesía no estaba cumpliendo con su papel de eje rector y de conductora del desarrollo del pueblo, de la Nación alemana, y en este sentido se mostraba poco optimista sobre la pertinencia de la tesis clásica de la democracia "directa", en la que la masa de la población participa de las decisiones. Por esto sostenía que en el "Estado moderno, el liderazgo debía ser la prerrogativa de una minoría" (A. Giddens, 1997, 30). El liderazgo es asumido como un fenómeno propio de la esfera del poder social y, al igual que ellos, está sujeto a una doble determinación, comprendida a partir del fenómeno teleológico (metas y aspiraciones que otorgan el sentido al obrar humano) y del principio causal (determinaciones objetivas) (J. Ramírez y B. Lozano).

Se ha dicho que la probabilidad de encontrar obediencia en el ejercicio del poder tiene que ver con la aceptación de la autoridad por parte de quienes obedecen en tanto en cuanto se reconoce que dicha autoridad es legítima. Esto nos conduce a especificar este concepto en los términos plateados por Weber. El concepto de "orden legítimo" interviene como consecuencia de la idea de relación regular, ya sea que provenga de una costumbre, de la convención o del derecho.

La "*legitimidad*" trata de un orden social que puede provenir de las siguientes fuentes: del carácter sagrado de la tradición; de las creaciones conscientes de un orden nuevo; del reconocimiento del derecho natural; o la forma más extendida en la actualidad, de la creencia en la legalidad: la obediencia a preceptos jurídicos positivos estatuidos según el procedimiento usual y formalmente correctos (M. Weber, 1984, 30). El concepto de orden legítimo interviene como consecuencia de la idea de relación regular. Este orden como se ha señalado, puede ser, a veces,

únicamente el resultado de la costumbre, pero también pueden aparecer factores suplementarios: la “convención” y el “derecho”.

III. La dominación y el poder carismático

En la sociología de Weber son importantes los conceptos de “racionalidad” y de “dominación”. El primer concepto hace referencia a dos aspectos: la ampliación de los ámbitos sociales que quedan sometidos a los criterios de la decisión racional ; y, en segundo lugar, el proceso de industrialización del trabajo social y a través de ello, la extensión de la racionalidad en relación a fines al resto de facetas o niveles en los cuales se desarrolla la vida social (J. Ramírez y B. Lozano). En ambos casos se trata de la imposición de un mismo tipo de acción basada en la razón instrumental.

En esta parte, interesa referirse a los tipos de dominación legítima formulada por Weber. Existen tres principios o motivos de legitimidad:

1. Racional: se cree en las leyes estatuidas y la autoridad que de allí surge (autoridad legal). Se obedecen las ordenaciones impersonales, y las personas designadas por esas ordenaciones.
2. Tradicional: desde tiempos lejanos y en las personas que mandan según esas tradiciones (autoridad tradicional).
3. Carismática: se obedece a una persona con características fuera de lo común (autoridad carismática). Se obedece al caudillo por razones de confianza personal (Weber, <http://>)

De estos tres tipos de dominación, interesa destacar y ampliar algunas características de la “dominación carismática”, por considerar que esta concepción, posiblemente, es la que en mayor medida ha influenciado en distintos análisis que se han realizado sobre la realidad sociopolítica de los países de América Latina.

El poder carismático está situado fuera de lo habitual y pertenece a lo extraordinario. Precisamente, Weber entiende el carisma como “la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas”

(M. Weber, 1984, 193). Quienes están sujetos a la autoridad carismática prestan obediencia en tanto la legitimidad del poder se basa en la posesión de aquellas características extraordinarias, que se ejercen en contextos legales reconocidos por la autoridad, aunque no siempre este tipo de poder sea afecto a enmarcarse plenamente en los marcos de la legalidad del momento.

El carisma es una fuerza creativa, impetuosa, que se agita en medio de las normas establecidas, sean tradicionales o legales, que gobiernan un orden existente. El carisma es particularmente importante como fuerza revolucionaria dentro de los sistemas tradicionales de dominio, en los cuales la autoridad está vinculada a antecedentes desde el pasado de una forma relativamente invariable (A. Giddens, 1977, 267).

El individuo carismático es aquel que los demás creen que posee facultades notablemente no comunes, que a menudo se creen son de tipo sobrenatural, y lo colocan aparte de lo ordinario. Ahora bien, la dominación carismática puede surgir en los contextos históricos y sociales más variados, de modo que las figuras carismáticas pueden ser caudillos políticos o profetas religiosos cuyas acciones influyen en el curso del desarrollo de las civilizaciones (A. Giddens, 1977, 265). Esta apreciación no quita la presencia de muchos demagogos inferiores en todos los aspectos de la vida, que han logrado que cierto número de personas las siguieran por un tiempo.

El dominio carismático busca la satisfacción de aquellas necesidades que escapan a las exigencias planteadas por la cotidianidad (se dirá es una dominación extracotidiana e irracional). Este poder extraordinario se basa en la consagración personal y en la autoridad ejercida por jefes "natos" en tanto portadores de carisma. En general, el carisma no presenta ninguna estructura ni procedimientos sistemáticos ni ordenados, conoce solamente determinaciones internas y límites propios. El portador del carisma abraza su cometido que le ha sido asignado y exige obediencia y adhesión en virtud de su misión (J. Ramírez y B. Lozano).

Generalmente, el poder carismático es inestable ya que el portador puede perder su carisma, ya sea porque sus dones excepcionales desaparecen o porque los acontecimientos extraordinarios se extinguen (vuelve la rutina de lo cotidiano), o debido a que el reconocimiento fáctico de la misión personal, por parte de los dominados, es negativo en tanto que las personas que le obedecen no perciben ventajas en esta adhesión, por lo que la misión desaparece (J. Ramírez y B. Lozano).

IV. Explicación de los sistemas nacional-populares de América Latina y la influencia de Weber

En América Latina, los gobiernos políticos surgidos luego de la crisis del poder de las oligarquías entre las décadas de los años treinta y cuarenta –por ejemplo, el peronismo en Argentina, el getulismo en Brasil, el cardenismo en México–, han sido denominados tradicionalmente como gobiernos populistas, y más recientemente en las ciencias sociales ha ganado terreno el concepto de regímenes “nacional-populares”.

Varios investigadores latinoamericanos han tratado de explicar el complejo y difícil problema del populismo en Latinoamérica. En términos generales, se analiza esta realidad política como un medio para lograr el proceso de modernización. El populismo, en varios de los países de la región, es la alternativa política para lograr los cambios y la modernización de las sociedades, a falta de viabilidad y del espacio necesario para el asentamiento y funcionamiento de las democracias liberales.

La presencia de un “líder” político carismático que encarna en su persona el imaginario del bienestar del “pueblo”, que en su persona concentra la idea del bien de la “nación” y de la integración social, son los ingredientes constantes en el análisis de los regímenes nacional populares. Dos son los rasgos comunes de las explicaciones de este tipo de regímenes. Por un lado, la idea de modernización del organismo social; y, por otra, la “acción” del político que posee cualidades de visión, de intuición de los problemas nacionales, actitud de mando y de conducción, que se destacan claramente por encima de la media del comportamiento de los otros políticos.

En el sentido de la modernización, por ejemplo, se nota con claridad este enfoque en Gino Germani, para quien los movimientos populares, o nacional populares, serían fenómenos socioculturales y políticos fundamentales y característicos de la época de transición de la sociedad tradicional a la sociedad urbano-industrial. Para este autor, estos movimientos combinan elementos heterogéneos. Por un lado, representan una discordancia en el curso de formación del régimen democrático; por otra, movilizan e incorporan políticamente a las capas sociales marginadas. Estos fenómenos expresarían la forma *sui generis* asumida por el proceso de secularización de la cultura y el comportamiento en América Latina. Esta singularidad sería la consecuencia de la “simultaneidad de los no contemporáneos”, ya que las sociedades latinoamericanas están

permeadas de asincronías sociales, culturales, políticas y otras (Octavio Ianni, 1975, 36).

Para Torcuato Di Tella, el populismo es un “movimiento político” con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clase no obreras con importante influencia en el partido, y sustentador de una ideología anti *statu quo*.

Alain Touraine interpreta el populismo latinoamericano como el resultado de una crisis estatal, donde el populismo es una alternativa frente a la desregulación del bloque dominante combinado con una activación de masas. El populismo es la identificación del movimiento con el Estado (Touraine, 1987, 170). El populismo es visto por este autor como una política nacional-popular, expresión que une la referencia al pueblo como esencia, a la nación como colectividad amenazada por la dominación externa y al Estado como agente de cambio, pero también de expresión y defensa de la unidad nacional.

Estas formas de interpretación del populismo participan del punto de vista de Weber sobre uno de los caminos de la modernización de las sociedades latinoamericanas. El populismo es el proceso a través del cual se hace posible la incorporación de los grupos sociales emergentes a la sociedad (masas marginales urbanas, los grupos obreros, nuevas capas medias). Este régimen político posibilita el tránsito de las sociedades desde la situación tradicional a la modernidad. Como lo plantean Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola, el populismo “constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular a base de la distinción entre ‘amigo’ y ‘enemigo’” (Portantiero e Ipola, 1988, 204).

En las interpretaciones anteriores se puede observar el uso de los conceptos de modernización y de dominación carismática. Algunos análisis del fenómeno del populismo enfatizan en el aspecto relacionado con la presencia del “líder” carismático que “hipnotiza” a las masas y posibilita su control a través del discurso, y en general de la fuerza magnética que emana de la persona del político populista.

A falta de una clase social que dirija el proceso, los análisis señalados coinciden en que el “líder” carismático, en un proceso de unidad con el Estado y el “pueblo”, marchan hacia la modernización de la sociedad,

superando la dominación ejercida por las clases tradicionales. El ideal era convertirse en democracias políticas liberales autónomas e independientes de la influencia de las potencias extranjeras. De este punto de vista participa, entre otros, Agustín Cueva, que al tratar de explicar el velasquismo en el Ecuador sostiene que las estructuras entran en crisis, permitiendo la formación de grupos sociales que escapan al poder tradicional (A. Cueva, 1981, 96).

En los estudios sobre el populismo, los autores atribuyen una especial importancia al discurso del "líder", como catalizador de las inquietudes y preocupaciones que agitan a las "masas", y por otro lado, el discurso será el medio a través del cual se convoca al pueblo a la unidad, a integrarse a las tareas de la construcción de la Nación y la independencia nacional en lucha permanente contra las oligarquías y el peligro de fuerzas externas. El discurso y la acción del "líder" es invocador a la defensa de la identidad nacional frente a una dominación externa.

Otra de las concepciones de Weber que se halla presente en el análisis de los regímenes nacional-populares es la incorporación de las categorías de análisis de la acción política tales como "estado", "masa-pueblo-nación". Esta recurrencia a estos conceptos es explicable por cuanto el análisis del populismo clásico ha sido interpretado como el mecanismo para la incorporación a la política de los nuevos grupos sociales (clases medias, obreros, población marginal urbana, campesinado) que habían aparecido en América latina desde mediados del Siglo XIX y que el modelo de dominación oligárquico había impedido o limitado el acceso de las "masas" a la participación política.

La constatación de la presencia de una sociedad que se diversifica y que intentaba en los años 1930 a 1950 instaurar como sistema político la democracia liberal condujo a investigadores a incorporar en sus análisis la orientación de la sociología política de Weber. Esta posición es explicable porque como bien se anota:

Weber es uno de los primeros autores que capta las transformaciones que impone la democracia de masas y la masificación de la política, que comprende el hecho de que la transformación de la política de clases en política de competencia entre partidos no sólo supone un cambio de forma sino también un cambio decisivo del contenido. Las sociedades modernas son fundamentalmente sociedades de masas que, en la visión weberiana, ahogan cada vez más la posibilidad de una vida individual, la participación en la vida democrática y la posibilidad de go-

zar y ejercer las libertades individuales. La expansión de la burocracia como cuerpo administrativo de la dominación legal-racional constituye el cerco dentro del cual queda aprisionado el individuo..... Es en su desesperanza frente al avance de los mecanismos burocráticos que impone la democratización, que Weber rescata, con escepticismo, (y) como única posibilidad.... fundamentalmente, al líder carismático (S. Respuela, <http://>).

Si bien ya se explico la cuestión del “líder” y la especificidad y contenido del carisma, conviene hacer referencia al concepto de “pueblo”. El “pueblo” es considerado como el sujeto político. No es una clase sino una “comunidad”. Por lo tanto, se constata una visión policlasista, una composición heterogénea pero articulada alrededor de los objetivos del Estado como expresión de la salvaguarda de la identidad nacional, y de defensa de la iniciativa nacional-popular, en contraposición a una situación nacional-estatal.

Por ejemplo, el primer gobierno de Perón se plantea como principios de acción política la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. Sobre estas tres ideas fuerza, según sus mentores, deberá asentarse el perfil nacionalista y popular de la “Nueva Argentina”, en contraposición al capitalismo a ultranza de la llamada por el peronismo “Argentina oligárquica”. A la vez, esta línea de acción política es la base y sustento de la “comunidad organizada” en que se ha transformado el pueblo (N. Girbal, 1997).

Igualmente, esta idea de pueblo como comunidad en lucha puede evidenciarse en la carta testamento de Getulio Vargas en la cual manifiesta, entre otros aspectos lo siguiente:

Una vez más, se coordinan la fuerza y los intereses contra el pueblo y se desencadenan sobre mi... He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una presión constante, incesante... Nada os puedo dar sino mi sangre... Cuando os humillaren sentiréis mi alma sufriendo a vuestro lado... Era esclavo del pueblo y hoy me libero para la vida eterna. Pero ese pueblo de quien fui esclavo ya no será esclavo de nadie. Mi sacrificio quedará para siempre en su alma y mi sangre será el precio de su rescate... Luché contra la expoliación de Brasil. Luché contra la expoliación del pueblo... Yo os di mi vida. Ahora ofrezco mi muerte (W. Altman, 1983, 79).

V. El análisis del populismo en la época reciente

El apareamiento en América Latina de líderes políticos en la década de los noventa caracterizados como "populistas" ha renovado el interés por esta temática. De hecho, se habla del "regreso del líder" para referirse a una directa correlación entre la fragmentación y la generalizada seguridad colectiva, y la confianza depositada en figuras carismáticas a las que se considera capaces de poner un remedio a la "situación de emergencia" que viven nuestros países (M. Novarro, 1996, 90).

De hecho, la presencia de figuras políticas como Carlos Menem en Argentina, Alberto Fujimori en el Perú, Collor de Mello en Brasil, Rafael Caldera y Hugo Chávez en Venezuela, Abdalá Bucaram en el Ecuador, llaman la atención en el ámbito de las ciencias sociales, pues surge la interrogante de si estos líderes tienen rasgos en común con los que los precedieron hace algunas décadas. Es legítimo preguntarse si los gobiernos presididos por estas políticos pueden ser denominados como "populistas", al menos en el sentido clásico del concepto.

Como se dejó sentado arriba, los populismos clásicos giran alrededor de los conceptos de "pueblo" y de "nación". El imperativo al que respondían esencialmente los regímenes populistas era incorporar a la vida política a aquellos sectores sociales en ascenso, en el contexto de sistemas institucionales y partidos que se mostraban incapaces de canalizar ordenadamente su incorporación al orden instituido, en el proceso de construcción del Estado nacional con autonomía y soberanía propias.

La interrogante que, por ejemplo, se plantea Marcos Novaro es si un imperativo similar es el que anima a los actuales políticos que se denominan o se les identifica como populistas. Se explicita que:

lo más curioso de los líderes "neopopulistas" (es) que emergen contemporáneamente a la disolución o fragmentación del "pueblo" como sujeto político, al debilitamiento de la capacidad de agregar demandas por parte de organizaciones de intereses integrados de un modo u otro a los "movimientos", especialmente de los sindicatos, y al agotamiento de la funcionalidad y legitimidad de las instituciones estatales creadas por los populismos durante su etapa clásica" (M. Novaro, 1996, 92).

Las circunstancias han cambiado. En efecto, con el proceso de globalización es difícil la constitución del Estado nacional en los términos formulados por el populismo clásico. Difícilmente se puede sostener que los Estados actuales de los países de América Latina se planteen

como cuestión central la incorporación de las “masas” a la política en el contexto de un proyecto de la construcción de la nación, y de la integración social de la población. Desde los años ochenta se constata una profunda crisis del Estado surgido en las décadas anteriores en el marco de una interpretación y de una estrategia nacional desarrollista, donde el Estado estaba llamado a cumplir un rol central.

Frente a la constatación de los cambios económicos frente al proceso de globalización y a la implementación de las medidas de ajuste en los países de la región, Novaro plantea la hipótesis de que “la desaparición de las condiciones estructurales que habían sido esenciales para el populismo clásico, acaecida a partir de una muy amplia transformación del orden social, política e institucional en la región, determina que el formato de las identidades y liderazgos hoy denominados ‘populistas’ difiera sustancialmente del de los movimientos populistas históricos” (M. Novaro, 1996,93).

Es interesante analizar y desarrollar esta hipótesis. En efecto, se constata que la actual crisis política es diferente que aquella del populismo clásico. Según Touraine, la crisis se expresa más bien como una desarticulación de los tradicionales “actores representables”. Y por lo tanto, más que una presión excesiva sobre las instituciones, el problema es la desconexión real o potencial entre ellas y la sociedad.

En esta perspectiva, los líderes populistas se presentan a la vez como “personificación del orden”, de la capacidad de gobernar y tomar decisiones, y como “protectores” paternales del pueblo, que velan por sus representados, a quienes protegen del rigor de los técnicos, y frente a un mundo descarnado e insensible a los sufrimientos humanos, a sociedades donde la competencia y las desigualdades del mercado han ido agudizando y generalizando la sensación de incertidumbre e inseguridad personal. En otros términos, prometen un lugar a los más débiles, por más subordinado que sea, en el orden que resultará de la consolidación institucional y la modernización económica (M. Novaro, 1996, 102).

Como se puede ver esta posición difiere en mucho de las posiciones del populismo clásico. En Argentina, Brasil, México de los años treinta a los años cincuenta se realizaron nacionalizaciones de bienes y servicios como un medio para fortalecer la economía nacional y como un símbolo de la soberanía de la Nación. En cambio, en el modelo predominante en la actualidad, se minimiza la acción y el ámbito del Estado, se privatizan las empresas públicas. En este sentido, el Estado responde al orden del

capital internacional y a los fines de la globalización, debilitando los alcances y muchas de las fortalezas del Estado-nación.

Por estas razones, con mucha razón, se sostiene, que actualmente puede hablarse únicamente de liderazgos y partidos populistas, o neopopulistas, pero en un sentido mucho más limitado el que se otorgaba al término décadas atrás (M. Novaro, 1996, 101). Anibal Quijano plantea que los populismos clásicos no pueden reducirse a los populismos actuales, pues los primeros tenían en común que “ya sea en el discurso, en el movimiento, partido o régimen políticos, juntos o por separado, está presente una cierta perspectiva antioligárquica y antiimperialista (democrática, nacionalista y popular)” (A. Quijano, 1998, 178).

En el momento actual, a criterio de este autor, el concepto de populismo ha sido vaciado de estos contenidos. Del término “populismo” se excluye cualquier significado vinculado a la experiencia nacional-democrática-popular, y por esto explicita que:

...las palabras “pueblo” y “popular” adquieren una connotación más bien irónica y no pocas veces directamente peyorativa. Ahora se refiere exclusivamente a: 1) todo discurso político que se pronuncie sobre los problemas “populares” o se dirija al pueblo; 2) al liderazgo que logre seguidores “populares” y en especial al que utilizando la nueva escena pública levantada por los mass-media pueda manipularlos y controlarlos. Así, ese nuevo concepto reduccionista de “populismo”, sirve ahora a los neoliberales, según las necesidades políticas de cada caso (A. Quijano, 1998, 176).

Frente a los cambios que ha experimentado la economía de América Latina, ante la poca fortaleza de la sociedad civil, la falta de consolidación del mercado, y el desenvolvimiento errático del Estado, no es raro encontrar que ha reverdecido la idea de la necesidad de dirigentes políticos adornados de una alta capacidad de liderazgo, para hacer posible la realización de los cambios que exige la modernización. De hecho, el papel que desarrollan o han cumplido los gobiernos de Menem, Fujimori, Chávez, ponen nuevamente en la escena el papel del “líder”, o lo que ha dado en llamarse la “vuelta del líder”. Como se anota, frente a la situación de incertidumbre y de desorden social, que afecta negativamente a las condiciones de vida de las masas, éstas “aparecen confundidas y sin capacidad de resistencia” (A. Quijano, 1998, 186), y a la postre terminan votando en las elecciones por aquel “líder” que tiene un discurso directo y que ofrece resolver de una vez por todas y en un tiempo récord

los problemas sociales más sentidos por las masas explotadas y oprimidas. En todo este proceso juega un papel de alta importancia la acción de los medios de comunicación, y de manera especial la influencia y peso específicos de la televisión.

La realidad política que viven varios países de América Latina en el sentido de que no termina de estabilizarse y de crear los efectos pertinentes enunciados de la economía de mercado que autoregule el funcionamiento de dichas sociedades, los conceptos weberianos de modernización, de dominación carismática, de legitimidad política, la concepción de pueblo se hallan presentes en los análisis especializados de las ciencias sociales, claro está, con las adecuaciones y adaptaciones que las circunstancias lo exigen.

Varios análisis realizados respecto de los gobiernos de Menem, de Fujimori, de Abdalá Bucaram reiteran el uso de los conceptos del carisma del "líder", o también se ha discutido sobre la legitimidad o no de sus gobiernos. Por ejemplo, al comparar a Menem con el presidente De la Rúa, en Argentina, se afirma que "Contrariamente a Menem, De la Rúa es discreto y sobrio. Casi taciturno....su gobierno tendrá una profunda marca personal, pero de ninguna manera será populista" (Identidad, 1999).

Si bien los estudios políticos recientes se inclinan más por el análisis institucional, varios autores se han preguntado, por ejemplo, si el gobierno de Menem ha estimulado la participación de los ciudadanos en la vida política. Igualmente, se han interrogado si existe continuidad o ruptura entre el peronismo y Menem.

Al respecto existen posiciones diferentes. En el libro de Vicente Palermo y Marcos Novaro (1996), *Política y poder en el gobierno de Menem*, destacan la posición personal del "hombre político", y ponen en duda las interpretaciones de acuerdo a las cuales el gobierno de Menem representó la subordinación de los actos de gobierno a los dictados del mercado como ente autónomo. Muy por el contrario, de acuerdo con estos autores, el gobierno de Menem respondió a las decisiones políticas de los gobernantes. Lo que existió es una persistente ambición de poder y un cabal conocimiento del mecanismo por el cual se puede manejar a los gobernados (M.F. Arias, 1998). En este caso, se observa la inclinación de los autores a un enfoque del dirigente o del líder por sobre los aspectos estructurales e institucionales.

Novaro, en su artículo "Menemismo y Peronismo" (1995), sostiene la continuidad del menemismo respecto del peronismo. Esta afirmación la realiza basado en la constatación de que "como en el caso del peronismo existió una concentración de poder en el gobernante, que es visto como líder carismático" (M.F. Arias, 1998). La diferencia radica en que en el menemismo, la relación entre el gobernante y el gobernado fue más directa que en el populismo clásico. Las agencias gubernamentales prestadoras de servicios sociales fueron sustituidas por otras estructuras dependientes directamente de la presidencia. Por otro lado, la movilización producida por este populismo no es una movilización activa, como fue la de los populismos clásicos, sino de "imágenes", de escenificación de la política a través de los medios masivos de comunicación (M.F. Arias, 1998).

Para Atilio Borón, el menemismo es una recomposición conservadora del poder capitalista argentino en detrimento de las conquistas sociales en épocas anteriores. Lo que a simple vista parecería una ruptura con el peronismo clásico, en tanto fue estatista y desarrolló políticas distributivas, pasa a ser sólo un cambio de forma en la defensa de la burguesía económica argentina. Para este autor, el peronismo es antes y es ahora, una forma de conservadurismo que movilizó a las masas, siempre y cuando los intereses burgueses quedaran a salvo. Perón con el intervencionismo estatal y Menem con las políticas privatistas son dos caras de una misma moneda: la defensa de los intereses económicos con gran movilización en el primer caso y desmovilización en el segundo. Por esto sostendrá el autor que el menemismo es una estrategia política continuadora del peronismo, en tanto en cuanto son movimientos burgueses que defienden el *status quo* (M.F. Arias, 1998).

En el presente caso, el término revolución se presta a ambigüedades. Al señalar que no fue revolucionario el gobierno de Menem, posiblemente se refiere a la constatación de que los detentadores del poder económico y político son los mismos, y de que la riqueza nacional no se ha modificado.

Otra de las explicaciones del populismo actual radica en la explicación de que el populismo es un resultado de la "informalización" de la política. Esta situación se crea por la debilidad de las instituciones democráticas, en el sentido de que la mayoría de las prácticas y discursos de los individuos corre fuera del orden institucionalizado. La realización de la política en nuestros países, se argumenta, se ha vuelto una actividad de una elite cada vez más reducida que actúa dentro de los límites de las

instituciones (A. Naranjo, 2001). En esta situación, es necesario la mediación política por parte de un líder ya que la mediación política que deberían realizar los partidos políticos en un sistema democrático se halla debilitada, cuando no tergiversada.

En el caso de Abdalá Bucaram, una de las explicaciones sostiene que en un momento en que se planteaba impulsar el recorte del tamaño del Estado y que se postulaba la redefinición de su papel en la sociedad y en la economía, se crearon las condiciones para incrementar una mayor mediación personalista entre los sectores civiles y políticos. Los diferentes actores sociales actuaron como grupos de presión que vieron en Bucaram la posibilidad de proveer cierta eficacia e incidencia a las negociaciones políticas con y entre las elites (A. Naranjo, 2001). Se trataría más bien de un "populismo económico".

Este tipo de análisis se inclina por considerar al populismo en América latina ubicado "dentro de un contexto de crisis y despolitización acentuada de las fuerzas sociales" (A. Naranjo, 2001). Bajo este punto de vista, se afirma que: "En sociedades bastante heterogéneas y segmentadas como las latinoamericanas, la diferenciación entre los grupos económico, político y la sociedad, además de la creciente influencia de los grupos de presión, ha convertido el aparato estatal en una arena para la negociación y particularmente para la disputa" (A. Naranjo, 2001).

En este tipo de análisis se constata el énfasis en los aspectos estructurales del sistema político, donde frente a la disfuncionalidad del mismo entonces aparece la pertinencia del líder populista que medie entre las elites y las masas. Nuevamente se observa que a pesar del enfoque más estructural del análisis existe la necesidad de entender al "personaje" populista, que se desenvuelve en "una sólida red clientelística que facilita el acceso a los recursos del Estado" (A. Naranjo, 2001).

En conclusión, del presente artículo, una cuestión importante a tomar en cuenta en el análisis del populismo será si este tipo de dirección política incorpora a las masas a la política, o más bien sirve de freno, de control y de medio desmovilizador para secuestrar a las masas fuera de la acción de la política, y de la presencia viva de éstas en la toma de decisiones sobre los aspectos más trascendentes de la cotidianidad de la vida económica y social de nuestros países. Por otro lado, a diferencia de varios estudios anteriores sobre el fenómeno del populismo que han enfatizado en gran medida en la comprensión del "líder", parece conveniente abordar la temática a la luz de la comprensión de los aspectos

institucionales y la relación con los actores y su dinámica, donde el fenómeno del populismo pueda ser entendido de forma más adecuada.

VI. Bibliografía

Altman, Werner

- 1983 "Cárdenas, Vargas y Perón, una confluencia populista", en, Werner Altman y Otros, *El populismo en América Latina*.

Aron, Raymond

- 1994 "Introducción", en, Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial.

Arias, María Fernanda

- 1998 *Aproximaciones al estudio del menemismo*, ensayo bibliográfico, <http://www.tau.ac.il/eial/LX-2/mansilla.html>

Cueva, Agustín

- 1981 *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Quito, Edit. Alberto Crespo Encalada.

Durand, Francisco

- 1996 "El fenómeno Fujimori y la crisis de los partidos", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 58, N. 1, enero-marzo 1996.

Freund, Julien

- 1966 *Sociología de Max Weber*, Barcelona, Ediciones Península.

Giddens, Anthony

- 1977 *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Edit. Labor.

Girbal-Blacha, Noemí

- 1997 *Historia y cultura en la construcción del discurso político peronista (1946-1955)*, Ponencia presentada al Congreso de Americanistas realizado en Quito.

Ianni, Octavio

- 1975 *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Edit. ERA.

Identidad, Revista digital para un mundo real

- 1999 diciembre, año II, N. 14, <http://www.identidadvirtual.com>.

Naranjo, Alexis

- 2001 "Neopopulismo y neoliberalismo: ironías y paradojas de la democracia ecuatoriana: el caso de Bucaram", *Cuadernos sociológicos*, N.2, Departamento de Sociología y Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador -PUCE-.

Novaro, Marcos

- 1995 "Menemismo y peronismo. Viejo y nuevo populismo" citado en María Fernanda Arias (1998), *Aproximaciones al estudio del menemismo*, ensayo bibliográfico, <http://www.tau.ac.il/eial/LX-2/mansilla.htm>

- 1996 "Los populismos latinoamericanos transfigurados", Revista *Nueva Sociedad*, N. 144.
- Palermo, Vicente y Novard, Marcos
1996 *Política y poder en el gobierno de Menem*, Grupo Editorial Norma. Citado en María Fernanda Arias (1998), Aproximaciones al estudio del menenismo, ensayo bibliográfico, <http://www.tau.ac.il/eial/LX-2/mansilla.html>
- Portantiero, Juan Carlos y de Ipola, Emilio
1988 "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes", en, Juan Carlos Rubenstein, *El Estado periférico latinoamericano*, Bogotá, EUDEBA-Tercer Mundo.
- Quijano, Anibal
1998 "Populismo y Fujimorismo", en Felipe Burbano (Editor), *El fantasma del populismo, aproximación a un tema (siempre) actual*, Caracas, Edit. Nueva Sociedad.
- Ramírez, Jaime y Lozano, Bertha
s/f *La modernización coactiva y la globalización: elementos básicos para la elaboración de un marco teórico en torno al fenómeno de liderazgo*, <http://www-azc.uam.mx/gestion/num8/doc8.htm>
- Respuela, Sofía
s/f ¿Democracia delegativa?. Apuntes críticos al concepto de Guillermo O'Donell, <http://www.fsoc.uba.ar/publicaciones/sociedad/Soc08/respuela.html>
- Touraine, Alain
1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC.
- Touraine, Alain
1997 *De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales*, <http://lasa.international.pitt.edu/touraine.htm>
- Weber, Max
1984 *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

La comicidad del desastre

Una conversación entre el Premio Nobel de literatura Guenter Grass y el sociólogo francés Pierre Bourdieu*

Pierre Bourdieu: Señor Grass, Ud. dijo que existe una tradición europea o alemana que es a la vez una buena tradición francesa: la de abrir la boca. Es eso lo que quiero hacer aquí conjuntamente con Ud.

Guenter Grass: En la experiencia alemana, no es nada usual que se junten un sociólogo y un escritor. Donde nosotros, los filósofos suelen reunirse en un rincón, los sociólogos en otro y los escritores se disputan en la trastienda. Desgraciadamente nuestro tipo de comunicación se da muy poco. Pero si pienso en su libro *La miseria del mundo* o en mi último libro *Mi Siglo*, hay algo que compartimos en nuestro trabajo: Contamos nuestras historias desde abajo. No hablamos mirando la sociedad desde arriba, no hablamos desde la posición del vencedor, estamos de lado de los perdedores como algo inherente a nuestras profesiones.

En *La miseria del mundo*, Ud. y sus colaboradores lograron apostar todo sobre el concepto de la comprensión sin transmitir la idea de que lo saben todo y lo saben mejor. Es una visión de la situación social en Francia que puede ser transferida a otros países sin mayor dificultad. A mí, como escritor, sus historias me atraen como materia prima. Por ejemplo la descripción de los obreros metalúrgicos, muchas veces de tercera generación, que se quedaron sin empleo y con ello prácticamente excluidos de la sociedad. O el estudio de una mujer joven del campo que

* Traducido del alemán por Birte Pedersen a partir de la traducción del francés realizada por Stephan Egger. *Die ZEIT* del 2 de diciembre de 1999.

se instala en París y que trabaja por la noche clasificando cartas. En la descripción de su puesto de trabajo se observan los problemas sociales sin que tengan que ser anunciados con grandes titulares. Esto me gustó mucho.

Qué bueno sería tener este tipo de libro sobre las condiciones sociales en todos los países. La única pregunta que se me plantó tiene que ver con la sociología como disciplina: No hay humor en este tipo de libros. Falta la cómica del fracaso que desempeña un rol importante en mis historias, al igual que las absurdidades resultado de determinadas confrontaciones. ¿A qué se lo debe?

Bourdieu: Si son las personas afectadas que le cuentan este tipo de experiencias, el efecto es bastante desesperante y es casi imposible mantener la distancia necesaria. Terminamos por sacar varios testimonios del libro porque eran demasiado conmovedores.

Grass: ¿Me permite interrumpir? Cuando dije cómico me refería al hecho de que la tragedia y la comedia no se excluyen mutuamente, que hay una transición fluida entre lo uno y lo otro.

Bourdieu: A fin de cuentas queríamos confrontar nuestros lectores con la absurdidad brutal de la vida sin caer en efectos baratos. Al escribir, uno está muchas veces tentado de “dorar” el drama humano. Pero nosotros optamos por relatar las historias de la manera más cruda posible para devolver el lado violento a la realidad. Lo decidimos debido a consideraciones científicas y también literarias. Sin embargo, no nos quisimos volver “literarios” para poder ser literarios de otra manera. Evidentemente hubo también motivos políticos. Sentimos que la violencia de la acción actualmente ejercida por la política neoliberal es tan grande que no se la puede enfrentar únicamente con análisis teóricos. La reflexión crítica no está a la altura del impacto generado por esta política.

Grass: Para formular mi pregunta debo empezar de más lejos. Ud. como sociólogo y yo como escritor somos hijos de la cultura de la Ilustración, una tradición que ahora se está cuestionando en todas partes – por lo menos en Alemania y Francia – como si el proceso de la Ilustración europea hubiera fracasado. Yo discrepo. Veo tendencias erróneas en el proceso de la Ilustración, por ejemplo la reducción de la razón a lo técnicamente factible. Sólo tengo que pensar en Montaigne, para poder afirmar que muchos aspectos se han perdido en el transcurso de los siglos. Entre ellos el humor. “Candide” de Voltaire o “Jacques le Fataliste”

de Diderot son, por ejemplo, libros de una época de condiciones horribles pero se observa la capacidad humana de surgir como figura cómica y en este sentido victoriosa en medio del dolor y fracaso.

Bourdieu: Pero esta sensación de que estamos perdiendo la tradición de la Ilustración tiene que ver con una inversión de toda la cosmovisión impuesta por el neoliberalismo actualmente predominante. Tomando el ejemplo de la revolución neoliberal aquí en Alemania, puedo recurrir a esta comparación porque se trata una revolución profundamente conservadora, en el sentido de la definición de una revolución conservadora de la Alemania de los años treinta. Este tipo de revolución es un asunto sumamente raro: Devuelve los derechos al pasado a la vez que se autodenomina progresista, tildando de retrógradas a las personas que combaten el regreso a la situación anterior. Tanto Ud. como yo experimentamos frecuentemente que se nos trata de anticuados: en Francia somos considerados “viejos trastos”.

Grass: Dinosaurios...

Bourdieu: Exactamente. Ahí está, el gran poder de las revoluciones conservadoras, de las restauraciones “progresistas”. Inclusive el argumento presentado por Ud. puede ser interpretado de esta manera. Se nos acusa de no tener sentido de humor. Pero los tiempos no son para bromear. No hay motivo para la risa.

Grass: No afirmé que estamos viviendo en una época alegre. La risa infernal que desencadenamos por medio de la literatura es también una protesta contra la situación reinante. Lo que hoy se vende como neoliberalismo es el renacimiento de los métodos del liberalismo de Manchester del siglo 19. Tan reciente como en los años 70, se intentó en toda Europa y con relativo éxito, civilizar el capitalismo. Suponiendo que tanto el socialismo como el capitalismo son hijos genialmente malogrados de la Ilustración, no podemos olvidar que se controlaron el uno al otro. Inclusive el capitalismo tenía que asumir ciertas responsabilidades. En Alemania esto se llamaba la economía social de mercado y hasta en el partido conservador hubo consenso que nunca más se debería dar una situación como en la República de Weimar. Este consenso se rompió en los años ochenta. Desde el desmoronamiento de las jerarquías comunistas, el capitalismo piensa que puede permitirse cualquier cosa. Ya no hay quien le controle, no hay opositor. Ahora hasta los pocos capitalistas responsables levantan el dedo a manera de advertencia porque se dan cuenta que están perdiendo el control de sus instru-

mentos, que el neoliberalismo está repitiendo los errores del comunismo por quererse convertir en ideología infalible.

Bourdieu: Pero el poder del neoliberalismo es tan avasallador que lo promueven inclusive las personas que se autodefinen como socialistas. Schroeder, Blair o Jospin, todos invocan el socialismo para hacer su política neoliberal. Esto dificulta enormemente el análisis y la crítica porque todos los lados están invertidos.

Grass: Una capitulación ante la economía.

Bourdieu: Al mismo tiempo resulta sumamente difícil desarrollar una posición crítica a la izquierda de estos gobiernos socialdemócratas. En Francia hubo la gran ola de huelgas de 1995 que movilizó gran parte de los obreros, empleados y también intelectuales. Luego se dio el movimiento de los desempleados, la marcha europea de los desempleados, el movimiento de los inmigrantes sin permiso de residencia – una especie de agitación permanente que obligó a los socialdemócratas en el poder a llevar un discurso socialista aunque sea sólo por las apariencias. Sin embargo, en la práctica, este movimiento crítico es muy débil, en parte porque se mantiene dentro de las fronteras nacionales. Una posición eficaz y viable a la izquierda de los gobiernos socialdemócratas debe ser construida a nivel internacional. Por ello me pregunto: ¿Qué podemos nosotros, los intelectuales, aportar a este tipo de movimiento para una “Europa” social? El poder de los gobernantes no se limita a lo económico, abarca también lo intelectual y mental. Por eso “hay que abrir la boca” para restablecer una utopía común porque una de las capacidades de los gobiernos neoliberales es la de matar las utopías, hacerlas aparecer como obsoletas.

Grass: En parte, los partidos socialistas o socialdemócratas creyeron que el desmoronamiento del comunismo implica también la desaparición del socialismo. Perdieron la confianza en el movimiento obrero, existente desde mucho antes del comunismo. Despedirse de su propia tradición es darse por vencido. En Alemania se dieron apenas unos pocos intentos para organizar a los desempleados. Desde hace años trato de decir a los sindicatos: No es posible que sólo se ocupen de los trabajadores mientras que tengan trabajo para dejarles caer al vacío en el momento que se quedan excluidos del mundo laboral. Deben crear un sindicato europeo de desempleados. Nos quejamos de que la unificación europea se limita a lo económica pero falta el esfuerzo de los sindicatos de superar los marcos nacionales para crear un tipo de organiza-

ción y acción más allá de las fronteras. Tenemos que enfrentar el neoliberalismo global con contrapropuestas. Pero lo que sucede es que muchos intelectuales se tragan cualquier cosa. Y tragar y tragar provoca úlceras estomacales, nada más. Por ello tengo mis dudas y no creo que podamos confiar únicamente en los intelectuales. Mientras que en Francia – es por lo menos mi impresión – se sigue hablando de “los intelectuales”, mis experiencias alemanas me demuestran que es un error pensar que intelectual equivale a izquierda. La historia del siglo 20 hasta el nacionalsocialismo comprueba lo contrario: Un hombre como Goebbels era un intelectual. Ser intelectual no es para mí una garantía de calidad. Justamente su libro “La Miseria del Mundo” muestra que la gente trabajadora, organizada en sindicatos, dispone de mucho más experiencia en temas sociales que los intelectuales. Hoy en día, esta gente está desempleada o jubilada y parece que ya nadie les necesita. Su fuerza es desaprovechada.

Bourdieu: La “Miseria del Mundo” es un intento para conferir un tarea modesta, pero muy útil a los intelectuales: El escribano público, figura conocida en los países de Africa del Norte, es una persona que pone sus conocimientos al servicio de los demás para que documenten lo que saben. En este sentido, los sociólogos se encuentran en una posición bastante especial. Son personas generalmente – aunque no siempre – capaces de escuchar, personas que descifran lo que se les dice, que lo traducen y transmiten. Puede ser que tenga una visión demasiado gremial pero me parece importante que los intelectuales participen en este trabajo.

Grass: Pero esto implica un llamado a los intelectuales cercanos al neoliberalismo. Entre ellos hay personas que comienzan a dudar y que se preguntan si no se debería protestar contra todo este dinero que circula sin control por el mundo, contra esta locura que se desencadenó al interior del capitalismo. Pienso en las fusiones sin objetivo y sentido que dejan a 5000, 10000 personas en el desempleo. Lo único que importa en la bolsa de valores es la maximización del lucro.

Bourdieu: Desgraciadamente no se trata sólo de oponerse a la opinión dominante. Si se quiere tener éxito, hay que difundir un discurso crítico, hacerlo público. En este momento estamos conversando con la idea de llegar más allá del pequeño círculo de intelectuales. Me gustaría romper un poco el muro del silencio – justamente porque no es simplemente un muro del dinero. La televisión es un medio muy ambiguo: Es un instrumento que nos permite hablar a la vez que nos obliga a callar. La opi-

nión dominante nos avasalla y somete sin parar. En su gran mayoría, los periodistas son cómplices inconscientes del discurso dominante tan difícil de romper. A excepción de unas pocas personalidades muy renombradas, la gente en Francia no puede dirigirse al público. Pero desgraciadamente, mucha gente que se ha hecho famosa ha enmudecido y son muy pocos los que aprovechan su capital simbólico para hablar y para transmitir los mensajes de los que carecen de palabras.

Grass: Al igual que todas las grandes instituciones, la televisión se creó su propia superstición: Se trata de la sintonía a cuyo dictado hay que someterse. Por ello, las conversaciones como la nuestra prácticamente no son emitidas por las cadenas grandes. En el mejor de los casos son transmitidas por el canal Arte. Nunca participo en los así llamado talkshows. Su forma me parece inaceptable porque no transporta nada. En estas habladurías se impone la persona que más habla o que mejor ignora a los otros participantes. Otra razón por la cual no se logra nada con este tipo de programas son las interrupciones del moderador que corta siempre cuando la cosa se podría volver interesante y álgida. Ambos recurrimos a la disputa, una tradición que nació en la Edad Media. Dos personas, dos opiniones diferentes, dos experiencias que se complementan: esto puede dar resultados si nos esforzamos un poco. Podría ser una recomendación para este monstruo de la televisión: recurrir a formas de diálogo comprobadas como la disputa que aguza el tema tratado.

Bourdieu: Desgraciadamente se tienen que dar circunstancias especiales para que los productores del discurso, los escritores, artistas, investigadores puedan reapropiarse de sus medios de producción. Es a propósito que empleo esta terminología un poco anticuada del marxismo. Paradójicamente, el hombre de hoy, el hombre de la palabra, ha perdido el control de los medios de producción y vías de distribución; no le queda más que retirarse a diferentes nichos, andar por desvíos.

Grass: Para no caer en el lamento: Siempre hemos sido minoría y lo que sorprende cuando analizamos la historia es lo mucho que se puede lograr a partir de esta minoría. Obviamente hay que desarrollar tácticas para hacerse escuchar. En mi calidad de ciudadano debo, por ejemplo, romper con una de las reglas de oro del escritor que dice ¡"por favor, nada de repeticiones!". En la política hay que actuar casi como un loro, hay que repetir la tesis que resultó útil y esto cansa porque siempre se escucha también el eco de la voz propia. Pero parece ser necesario si uno quiere ser escuchado en un mundo tan cacofónico.

Bourdieu: Lo que admiro en su obra es su búsqueda de expresiones que logran transmitir al gran público un mensaje crítico, subversivo. Sin embargo, creo que la situación actual difiere mucho de las condiciones reinantes en la época de la Ilustración. La Enciclopedia fue un arma, un medio de comunicación contra el oscurantismo. Ahora tenemos que luchar contra fenómenos completamente nuevos del oscurantismo.

Grass: Pero otra vez desde la minoría.

Bourdieu: Sólo que en ese entonces las fuerzas opuestas eran mucho más débiles. Hoy nos enfrentamos a las multinacionales poderosas de la comunicación y apenas nos quedan unas pequeñas islas. Por ejemplo, la publicación de libros críticos o de lectura difícil resulta cada vez más difícil. La importancia que otorgo a nuestra conversación tiene que ver con mi deseo de encontrar nuevas formas para generar y transmitir mensajes. En vez de dejarnos utilizar por la televisión tenemos que convertirla en una herramienta de comunicación al servicio de lo que queremos decir.

Grass: El margen de maniobra es limitado. Y hay algo más que me sorprende a mi mismo: Nunca me hubiera imaginado que llegaría el día en que tendría que exigir más Estado. En Alemania siempre hubo un exceso de Estado, sobre todo de Estado regulador. Pero ahora hemos caído en el extremo opuesto. Sin tener ninguna afinidad ideológica, el neoliberalismo adoptó el ideal del anarquismo, la abolición del Estado. ¡Abajo con el Estado, ya nos arreglamos sin él! Si hoy en día se quiere realizar algún cambio por la vía de la reforma, sea en Alemania o en Francia, se requiere el visto bueno de la industria, de la economía. Los anarquistas soñaban con este derrocamiento del Estado y yo, al igual que Ud. supongo, me encuentro ahora en una situación bastante curiosa. Me veo obligado a exigir que el Estado vuelva a asumir sus responsabilidades e intervenga como ente regulador.

Bourdieu: Ya también me refería a esta inversión de las cosas. ¿Pero podemos contentarnos con exigir "más" Estado? Para no quedar atrapados en las trampas de la revolución conservadora habría que reflexionar sobre la invención de un Estado diferente.

Grass: Para que no haya malentendido: Obviamente, el neoliberalismo sólo quiere sacar del Estado lo que le interesa económicamente. Y el Estado puede seguir asumiendo la policía y representar la fuerza del orden. Pero si se le quita esta fuerza del orden para las capas sociales

marginales, es decir no sólo para la gente que depende de su ayuda, sino también los niños y personas mayores que dejaron de trabajar o todavía no comienzan su actividad económica, es decir que si se impone una economía que esquivo toda responsabilidad y se refugia en algún globalismo, entonces es el Estado, la sociedad a través del Estado, que debe asumir la prevención y atención. La falta de responsabilidad es el principio determinante del sistema neoliberal.

Bourdieu: En su libro "Mi Siglo" evocó una serie de eventos, por ejemplo la historia del niño que es llevado a una manifestación de Liebknecht y que orina en la espalda de su padre. No sé si se trata de un recuerdo personal pero de todos modos es una manera muy particular de descubrir el socialismo. O lo que dijo a propósito de Juenger y Remarque: Entre líneas se puede leer mucho sobre el rol de los intelectuales que se convirtieron en cómplices de acontecimientos trágicos. También me gustó lo que escribió a propósito de Heidegger cuyo retórica es el tema de uno de mis libros muy críticos.

Grass: Esto es por ejemplo algo que me divierte: La fascinación de los intelectuales franceses con Juenger y Heidegger, porque invierten todos los clichés que existen de Alemania con respecto a Francia y viceversa. Es absurdo que en Francia se admire todo lo oscuro que tuvo consecuencias fatales en Alemania.

Bourdieu: Me encontré bastante solo con mi profundo rechazo de la mística de Heidegger. No es muy agradable ser un francés en la línea de la Ilustración en un país que se somete a un oscurantismo tan modernista. Heidegger y Juenger.. Un Presidente de la República francesa condecoró a Juenger, qué cosa más terrible.

Grass: Esta historia con Liebknecht. Lo que me interesó fue por un lado la juventud motivada por Karl Liebknecht – un movimiento progresista se pone en marcha en nombre del socialismo – y por otro lado el padre que en su entusiasmo no se da cuenta que el niño quiere bajarse de sus hombros. Cuando el hijo orina en sus espaldas, el padre le da una paliza. Como consecuencia de este comportamiento autoritario, el hijo acude como voluntario a la Primera Guerra Mundial, una decisión que contradice precisamente la advertencia de Liebknecht. Y con respecto a Juenger y Heidegger: Podría ser más útil que los intelectuales franceses interesados tomen conciencia de los filósofos alemanes de la Ilustración. No solo hubo un Diderot y un Voltaire, sino también un Lessing, Lichtenberg,

este último con un sentido de humor muy agudo más afín a los franceses que Juenger si no me equivoco.

Bourdieu: Ernst Cassirer como gran heredero de la Ilustración no tuvo mucho éxito mientras que su oponente Heidegger generó muchísima atención. Muchas veces surge esta impresión angustiante que por alguna perfidia de la historia los franceses adoptan las peores cosas de los alemanes y viceversa.

Grass: En "Mi siglo" describo a un profesor que durante su seminario del miércoles reflexiona sobre sus reacciones cuando era estudiante en 1966/67/68. En ese entonces era producto de la filosofía de lo sagrado de Heidegger y termina por volver a ella. En el intermedio tiene impulsos muy radicales y pertenece a la gente que trata de acabar a Adorno en pleno escenario público. Esto es una línea biográfica muy típica de esta época. En los años sesenta fui parte de todos estos acontecimientos. La protesta estudiantil fue una necesidad y su impacto mucho más importante de lo que quieren admitir los portavoces de la pseudo-revolución de 68. Es verdad que la revolución no tuvo lugar, carecía de base, pero la sociedad sí cambió. En mi libro "Diario de un caracol" describo la reacción feroz de los estudiantes cuando dije: El progreso es un caracol. Obviamente pueden dar el gran salto verbal —manejaban bien las enseñanzas de Mao— pero la fase omitida, es decir la sociedad subyacente, no se apura. La reacción de la sociedad les sorprende y la llaman contra-revolución, todo formulado con la terminología de un comunismo que ya en este entonces estaba perdiendo importancia. Pero hubo poca comprensión.

Bourdieu: En 1964 publiqué un libro llamado "Los herederos" donde describo las diferencias en la contratación de estudiantes de origen pequeño burgués y burgués. Entre los estudiantes burgueses, el radicalismo político era mucho más pronunciado. Entre los estudiantes pequeño burgueses y de origen obrero fue más reformista y conservador.

Grass: Los hijos de buena familia como les solía llamar para provocar transfirieron el conflicto con el padre a la sociedad. Su miedo de enfren-
tar al padre que les hubiera cortado la mesada les motivó en sus protes-
tas sociales.

Bourdieu: En 1968 se dio una revolución muy ostentativa, sobre todo simbólica y artística que parecía ser muy radical. Por otro lado hubo gente con propuestas moderadas que quiso cambiar el sistema educati-

vo, el acceso a las universidades. En ese entonces fueron acusados de reformistas y ridículos por las personas que hoy son conservadoras.

Grass: En Alemania y Suecia de los años setenta surgió la conciencia sobre la destrucción del ambiente como efecto de una explotación ilimitada de los recursos por parte de la economía. Nació el movimiento ecológico. Pero los partidos socialistas y socialdemócratas sólo se concentraron en el viejo tema social. No dieron importancia a la ecología o la consideraron como un elemento hostil y en parte lo siguen haciendo hasta el día de hoy. Si esperamos que los neoliberales usen su potencial intelectual para entrar en razón, lo mismo se aplica a la izquierda. Se debe, por fin, entender que el tema de la ecología no puede ser separado del tema laboral: Todas las decisiones deben pasar la prueba de la ecocompatibilidad.

Bourdieu: Todos estos pseudo-términos como socialliberalismo, blairismo son eufemismos utilizados por el poder dominante para aplacar a los dominados. En el fondo, los europeos están avergonzados de su civilización y han perdido la confianza. Comienza muy evidentemente en la economía pero se expande poco a poco al ámbito cultural, tienen vergüenza de sus tradiciones culturales. Los europeos viven en una especie de estado pecaminoso percibido y juzgado como defensa de tradiciones retrógradas – a nivel de cine, literatura etc.

Grass: En Alemania, los seguidores del Canciller Schroeder se autodefinen como modernistas y juzgan a los demás como tradicionalistas, una generalización absurda. Los neoliberales se mueren de la risa cuando observan como los socialdemócratas y socialistas de Alemania y otros países se autodestruyen con estas definiciones que no llevan a nada.

Bourdieu: Para tomar el tema de la cultura: Su Premio Nobel me dio mucha alegría porque honra a un excelente escritor europeo que “abre la boca” y defiende un tipo de arte que ciertas personas consideran pasado de moda. La campaña contra su novela “El cuento largo” se llevó con el pretexto de que es una novela literariamente obsoleta. De igual manera se juzgan los logros formalistas de la vanguardia. En Francia hay un verdadero debate sobre el arte contemporáneo y lo que se discute en el fondo es la autonomía del arte frente a la economía.

Grass: A propósito del Premio Nobel: Logré vivir bastante bien sin él y espero poder hacer lo mismo con él. Algunos dijeron: “¡Por fin!” o “de-

masiado tarde” pero estoy contento de haberlo recibido a la edad avanzada de más de 70 años. Si un autor joven recibe el Premio Nobel, debe ser una carga porque las expectativas crecen demasiado. Hoy, yo puedo manejarlo con ironía y también sentir la alegría. Pero con ello quiero concluir este tema en lo que a mi respecta.

Creo que tenemos que hacer ofertas que no se pueden eludir. Los grandes canales de televisión tampoco saben cómo manejar su falsa creencia en la dictadura de la sintonía. Hay que ayudarles. Lo mismo sucede con la relación de vecindad entre Alemania y Francia que se combatieron hasta desangrarse, cuyas heridas siguen doliendo y que están haciendo esfuerzos retóricos con el fin de aproximarse. Y de repente uno se da cuenta: No es únicamente una frontera lingüística, hay dimensiones intermedias que no son percibidas. Lo mencioné anteriormente; no estamos siquiera capaces de reconocer el proceso común de la Ilustración europea. Eso era mejor en la época en la cual los estados nacionales no eran aún tan dominantes. Los franceses se percataron de lo que sucedía en Alemania y viceversa, había correspondencia entre los dos grupos que lucharon como minorías y empujaron el proceso de la Ilustración a pesar de la censura.

Este hilo debe ser retomado porque no tenemos nada más que las enseñanzas del proceso de la Ilustración europea y también de sus fracasos. Con razón nos quejamos de la nueva dominancia del neoliberalismo y de su poder e irresponsabilidad en tantos ámbitos. Pero también deberíamos pensar ¿dónde fallamos en el transcurso de la Ilustración europea? De alguna manera tenemos que lograr que el capitalismo y el socialismo, ambos hijos de la Ilustración, vuelvan a sentarse en la misma mesa.

Bourdieu: Puede ser que Ud. sea demasiado optimista en este asunto. Creo que las fuerzas económicas y políticas del neoliberalismo pesan tanto sobre Europa que constituyen una verdadera amenaza para los logros de la Ilustración. El historiador francés Daniel Roche está escribiendo un libro en el cual demuestra que la tradición de la Ilustración fue interpretada de manera muy diferente en Francia y Alemania. Con “Ilustración” no se entendía de ninguna manera lo que los franceses querían expresar con “lumières”. Estas diferencias deben ser superadas si se quiere parar la destrucción de todo lo que es para nosotros la Ilustración – es decir el progreso de la ciencia y tecnología y la domadura del progreso. Se trata de inventar un nuevo utopismo que se siente a gusto en el seno de las fuerzas sociales. Aunque exista el peligro de que

sea percibido como un paso atrás, un paso hacia un pensamiento político obsoleto, se trata de viabilizar nuevos movimientos sociales. En su forma actual, los sindicatos se han vuelto anacrónicos. Tienen que cambiar, redefinirse, internacionalizarse, racionalizarse y recurrir a las ciencias sociales para que les ayuden a hacer un buen trabajo en las tareas que les incumben.

Grass: Esto significa una reforma profunda del movimiento sindicalista y conocemos la poca agilidad de este aparato.

Bourdieu: Si, pero podemos asumir un cierto papel. Por ejemplo, en los últimos años los movimientos sociales fueron mucho más exitosos que, por razones históricas, en el pasado. Las tradiciones del movimiento obrero francés fueron siempre muy descomedidas, hasta hostiles con los intelectuales, por lo menos en parte. Hoy, en tiempos de crisis, el movimiento obrero está mucho más abierto y mucho más sensible a nuestras objeciones. Se ha vuelto más pensativo y más dispuesto a escuchar nuevas formas de crítica. En mi opinión, estos movimientos sociales, críticos y reflexivos, son el futuro.

Grass: Soy más escéptico. Estamos en una edad que nos permite asegurar que seguiremos abriendo la boca si nuestra salud lo permite, pero nuestro tiempo está limitado. No sé como esto se da en Francia –no es mejor, creo– pero entre los literatos jóvenes observo poca disposición e interés de seguir con la tradición de la Ilustración, la tradición de abrir la boca, de entrometerse. Si esto no retoña para que alguien tome la posta, perderemos también esta parte de una buena tradición europea.